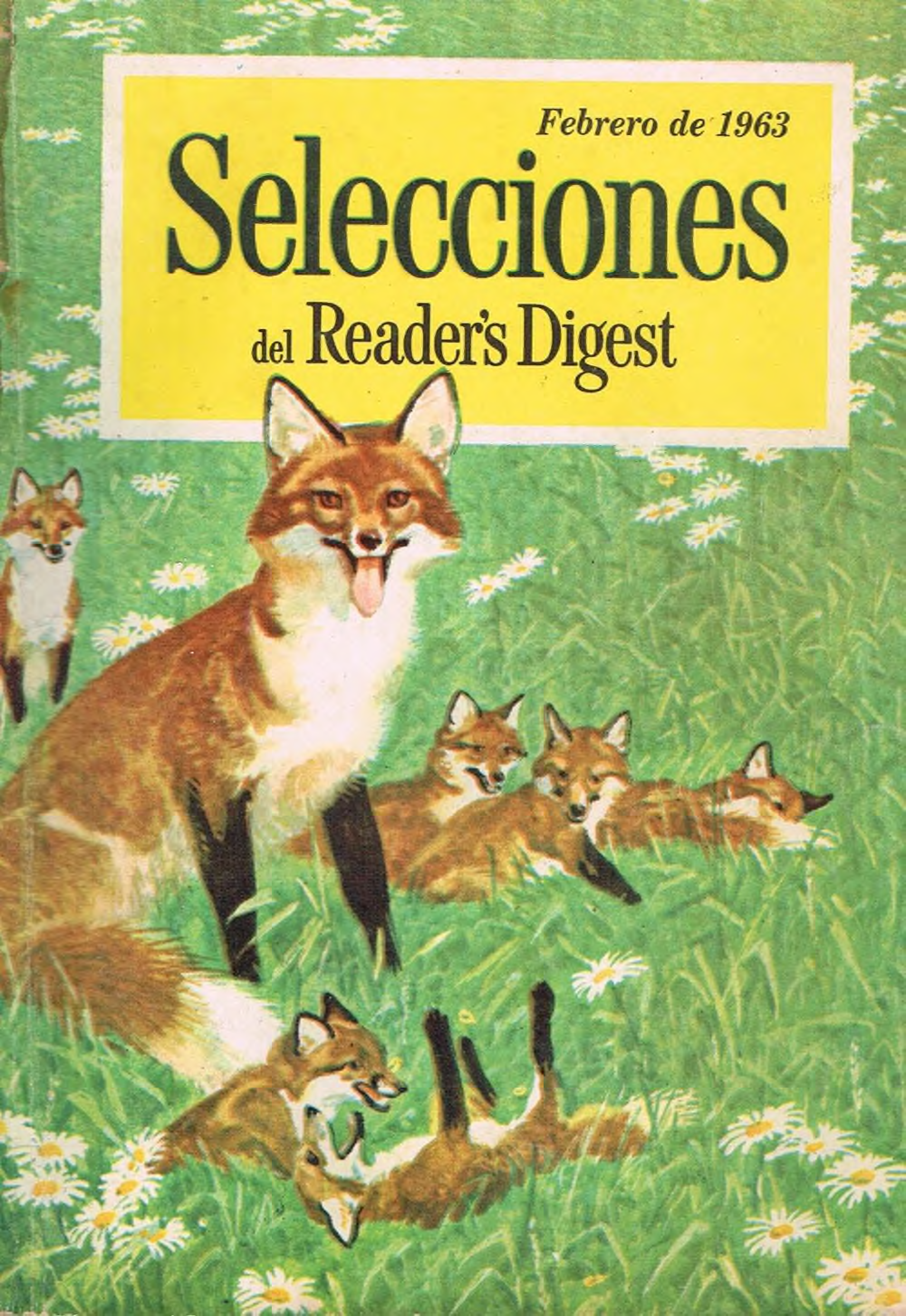

Febrero de 1963
Selecciones
del Reader's Digest

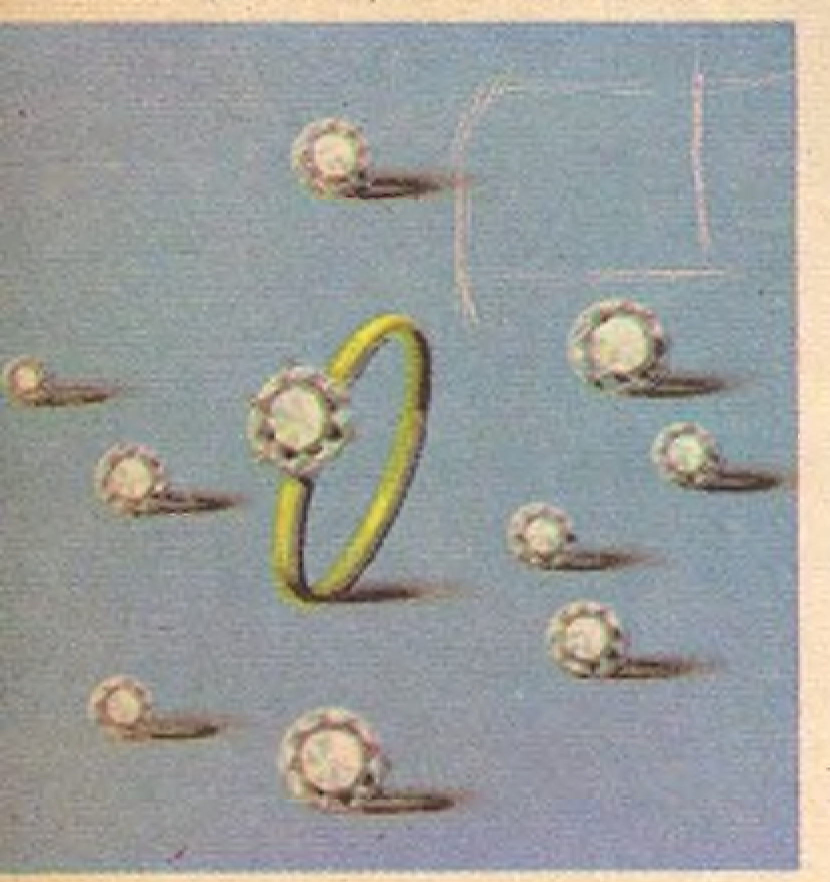

¡Cuide la belleza de los DIENTES SANOS!

El brillante del anillo de compromiso

dice lo que significa su amor

Los destellos del brillante en un anillo de compromiso reflejan la dicha que sólo el corazón es capaz de experimentar, porque la más bella entre todas las gemas es el símbolo del amor. Ofrecida para señalar su compromiso matrimonial, pregonará el comienzo de su amor, y su tierno significado, durante toda su vida de casada. Expresará su felicidad a todo el mundo y dirá que se han realizado sus sueños.

Sea cual fuere su tamaño, su brillante de compromiso, montado en un anillo, hablará para siempre de amor. Selección de diamantes desde 10 puntos hasta un quilate

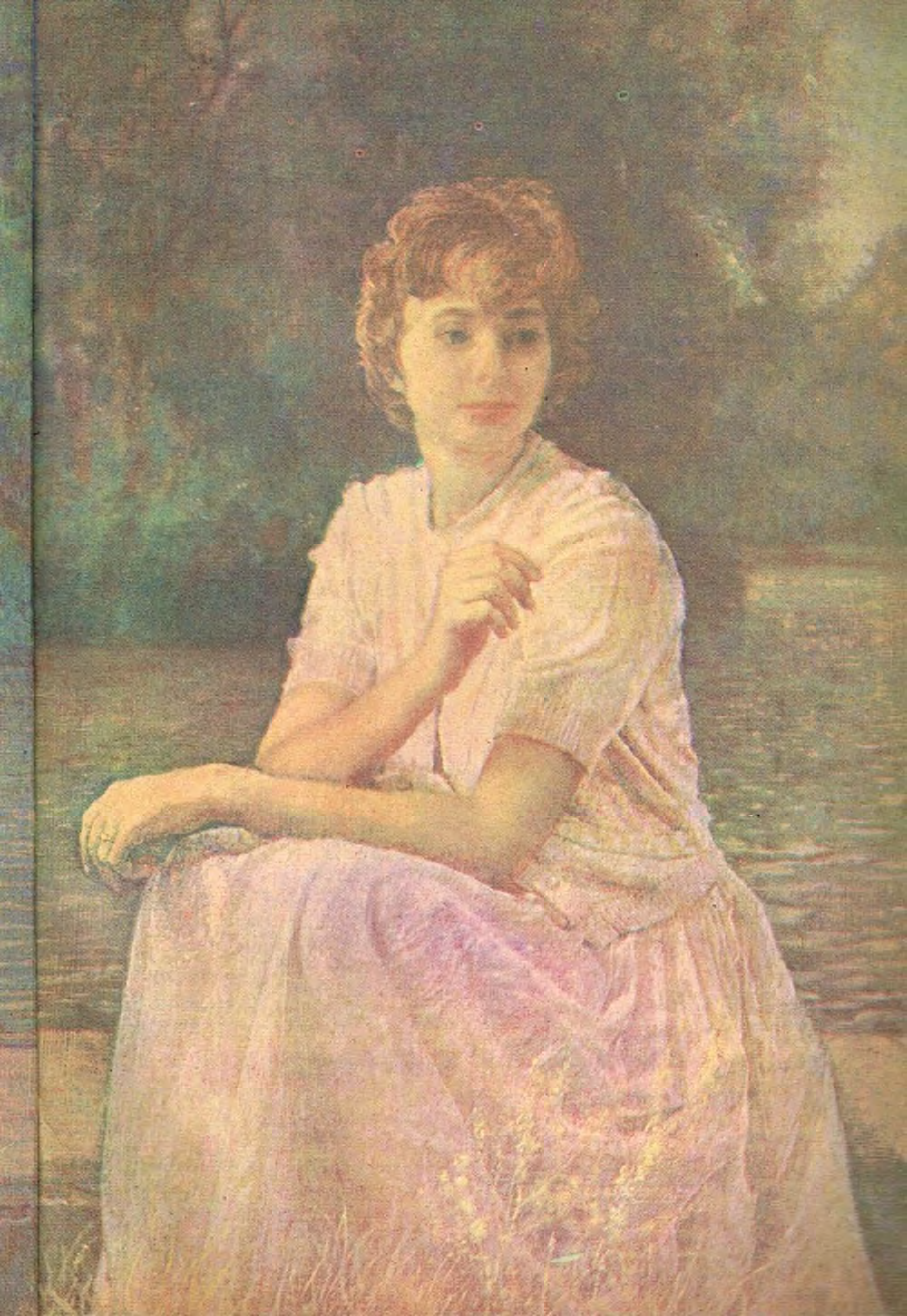


COMO SE COMPRA UN BRILLANTE

Lo primero y más importante es dirigirse a un joyero digno de confianza y pedirle su consejo en cuanto a color, diafanidad y talla—porque éstos determinan la calidad de los diamantes y contribuyen a su belleza y valor. Elija una piedra fina, y siempre sentirá orgullo de poseerla, sea cual fuere su tamaño. El tamaño de los diamantes se mide por su peso en puntos y quilates. Un quilate tiene 100 puntos.

Un brillante es para siempre

De Beers Consolidated Mines, Ltd. Cuadro pintado para la Colección De Beers por Richard Frooman





SELECCIONES
del Reader's Digest

Tomo XLV Nº 267 Febrero de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Director . . . . Jorge Cárdenas Nannetti
Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*, Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 25,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia (Bs. 2500,00*) — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Cuba (20 cts.*) — Agencia de Publicaciones Madiedo, Consulado 108, La Habana.
Chile (Eº 0,30*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,00*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 30,00*)—Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,50*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,00*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLV, Nº 267, February 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

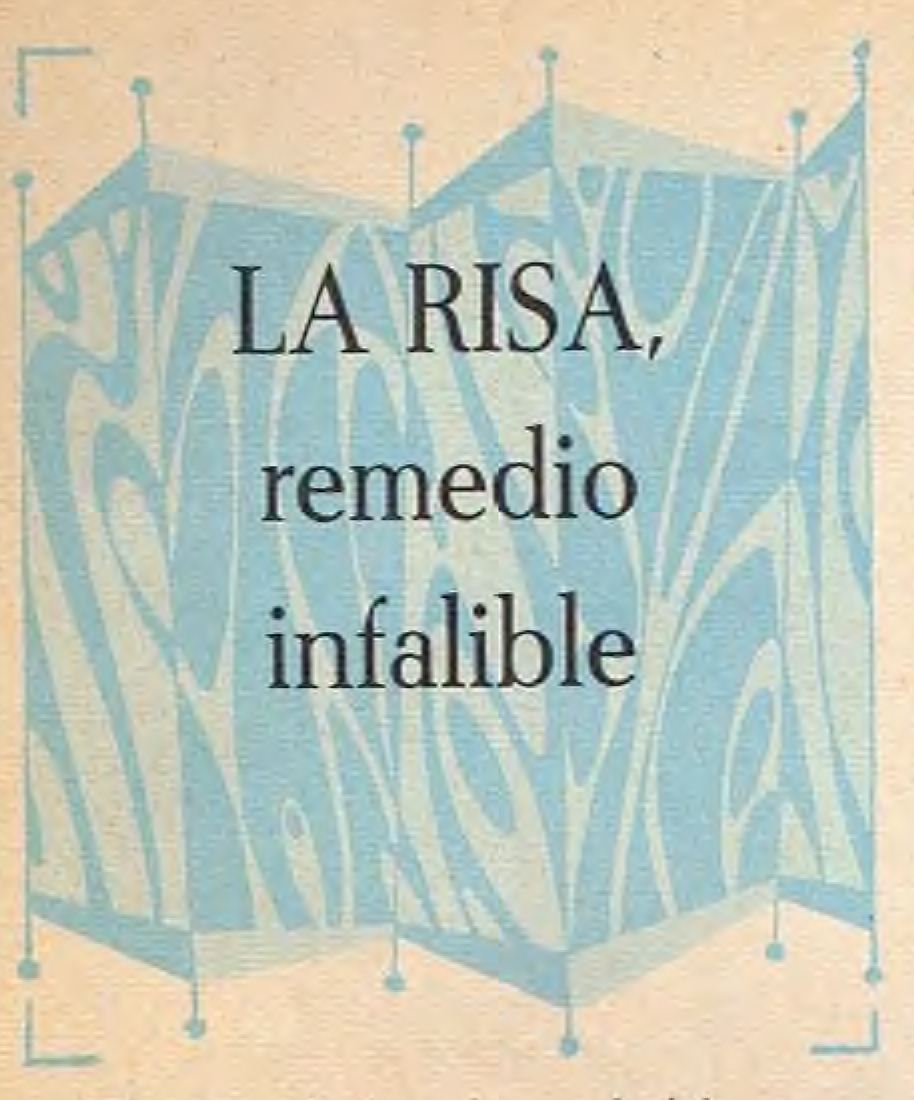
CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



Los platos rápidos para esta época - sabrosos. sanos y económicos - están en la "lista" que le ofrece la selecta linea de productos envasados **LIEBIG**. Pruebe **LIEBIG**.

PATE DE FOIE • PATE DE FOIE CON TRUFAS • PICADILLO DE CARNE • FIAMBRE DE HIGADO • PECHO VACUNO • MATAMBRE ARROLLADO • MATAMBRE ARROLLADO ADOBADO • LENGUA E VACUNO • CORNED BEEF • TUCO DE CARNE • CONDIMENTO • EXTRACTO DE CARNE

CALIDAD LIEBIG CALIDAD DE EXPORTACION



LA RISA, remedio infalible

EL JEFE de bomberos había perorado durante una comida del Club Rotario. Al terminar, esperaba que le hicieran las preguntas del caso cuando uno de los comensales se puso de pie diciendo:

—Me explico que los bomberos acudan a toda prisa para sofocar un incendio; pero ¿por qué regresan tan apresuradamente al cuartel una vez acabada su tarea?

A lo que respondió el orador:

—Deben darse prisa para que no se les olvide si eran bastos o eran oros los triunfos en la partida de baraja que se vieron obligados a suspender. — R. L.

EN AUCKLAND (Nueva Zelandia), un empleado de cierta fábrica donde se daban compensaciones especiales a los trabajadores cuyas familias hubieran aumentado, solicitó una de esas recompensas en vista de que su señora había tenido un bebé.

—Llene usted este impreso —le dijo el oficinista.

—Pero esto —protestó el padre del niño— es para solicitar indemnización por algún accidente.

—Es verdad —asintió el de la oficina— pero, como no tenemos solicitudes impresas para indemnización por nacimiento de bebés, llene el espacio donde dice "Accidentes en el hogar"; eso es lo que hacen todos los demás. — H. L. R.

UNA ESTRELLA teatral estaba de visita en Hollywood y, durante la charla en casa de unos amigos, surgió el inevitable tema de la siquiatría.

—Creo firmemente —dijo una de las amigas de la actriz— que mi sicoanalista es el mejor del mundo. No te imaginas lo acertado que estuvo siempre conmigo. ¿Por qué no vas a verlo?

—Yo no necesito sicoanálisis. Soy perfectamente normal; no tengo ningún problema.

—Pero es que este señor —insistió la amiga— es de veras excepcional . . . ¡Verás cómo te encuentra algo raro!

— Revista de la Asociación Médica Norteamericana

UNA JOVEN ostra regresó de su primera cita amorosa con un cangrejo y, hablando de su aventura a otra ostra, amiga suya, le contaba:

—Estuvo magnífico. Primero, me lanzó una mirada profunda; después me estrechó entre sus brazos y . . . ¡Ay, mis perlas! —exclamó horrorizada al ver que ya no las tenía.

— *Reveille*, Londres

Modelo J-2717 "El Presidente" 59 cm. (23")

Sin circuitos impresos, el Nuevo ZENITH 23
de mesa, presenta el **SINTONIZADOR**
"GUARDIAN DE ORO" exclusivo de ZENITH
que asegura la captación de las señales má
débiles, largo uso y claridad de imagen
aún sobrepasando las zonas marginales



Modelo J-3310 con Comando Supersónico 59 cm. (23")

UNICAMENTE LOS TELEVISORES ZENITH está
equipados con el SINTONIZADOR GUARDIAN DE OR
Con 104 contactos de oro 16. kilates

En venta en las agencias autorizadas



Fabricados, Distribuidos y Garantizados por
TELESUD S. A.
Sarmiento 1870—Tel. 40-4840 y 4875—Buenos Aires

ZENITH

Respaldado por 43 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente

DE LA VIDA REAL



Estando con mi tía en la iglesia entró un caballero de edad que se sentó a nuestro lado. Las dos lo saludamos con inclinaciones de cabeza y sendas sonrisas.

—Me parece que nos conocemos —dijo el recién llegado, dirigiéndose a mi tía.

—Cómo no. Fue usted quien me hizo el puente dental hace unos 10 años.

—¡Sí, es verdad! —exclamó el dentista—. Nunca olvido una sonrisa. — S. D. D.

Cierto vaquero de nuestro pueblo se ufanaba, no sin razón, de su abundante cabellera negra, que llevaba al estilo del Lejano Oeste. Un día el peluquero le dijo en son de broma:

—Apuesto que, si te cortara esas patillas, nadie te reconocería.

—Es muy posible —repuso el *cowboy*— pero tampoco a ti te reconocerían después. — M. W.

En la Pinacoteca Nacional de Washington estuve buscando en vano las pinturas de dos famosos maestros holandeses. Al fin resolví preguntarle a un empleado.

—Lo siento, señora —me dijo—. No conozco los cuadros por sus nombres, pero si usted me los describiera . . .

Le dije que representaban escenas familiares, tales como bodas, bautizos, fiestas, grupos de gente joven en la taberna del pueblo, y agregué: "Todos los personajes que figuran en esos cuadros parecen divertirse".

En tono confidencial me dio entonces ciertos informes que resultaron fidedignos: "Vaya usted a los salones número 46 y 47. ¡Ahí tienen una parranda de las buenas!". — K.

Varias amas de casa nos encontrábamos en clase de gimnasia cuando oímos en la calle un fuerte chirrido de frenos. Corriendo a la ven

El nuevo MGB 1800 de BMC viene equipado con bujías Champion plateadas.

La British Motor Corporation selecciona las bujías Champion como equipo de fábrica para los nuevos MGB. ¿La razón? Su rendimiento, comprobado tras años de usar las bujías Champion en los autos Austin, Austin-Healey, MG, Morris, Riley y Wolseley. Por la misma razón, más del doble de todos los fabricantes de autos del mundo instalan en éstos bujías Champion. ¿Por qué conformarse con algo inferior en su auto?



Las bujías favoritas en tierra, mar y aire



CHAMPION SPARK PLUG COMPANY: INGLATERRA · E.U.A · CANADA · AUSTRALIA · IRLANDA · FRANCIA · BRASIL · MEXICO

tana vimos que un señor se apeaba de un automóvil convertible a inspeccionar los daños que había causado a uno de los coches allí estacionados, y luego anotaba algo en una libreta. El auto averiado resultó ser de una de nuestras compañeras. Entre tanto, el sujeto aquel había desaparecido. Pasamos el resto de la mañana comentando sobre esa gente que ocasiona accidentes y sale huyendo, y expresándole a la amiga nuestro pesar por su abollado guardabarros.

El culpable, no obstante, resultó ser hombre honrado (aunque en forma muy propia de su sexo). Esa tarde nuestra amiga recibió una llamada telefónica: una voz masculina le informó que había obtenido su nombre del registro de vehículos, y que deseaba pagarle los daños causados esa mañana ... *por su mujer.*

—N. S. M.

JORGE, el empleado de la lavandería, gran aficionado al ajedrez, me cuenta de una partida que está jugando con un contrincante desconocido. Dice que un día llamó por teléfono un nuevo cliente, quien pidió que recogiesen la ropa sucia y entregasen la limpia todos los miércoles, mientras él estaba en el trabajo. La llave de la casa se encontraría bajo la alfombrilla de la puerta.

En su primera visita Jorge observó sobre la mesa un tablero de ajedrez, en el que aparentemente se estaba desarrollando una partida. No pudo resistir a la tentación de adelantar un peón negro un escaque. Durante su próxima visita notó que el dueño había contestado la jugada. Y así, sucesivamente, ha proseguido el juego durante dos años: los dos oponentes, que jamás se han visto, llevan a cabo su partido de ajedrez a razón de una jugada por semana.

—B. G. G.

MI HERMANO es sacerdote y a menudo le toman fotografías con motivo de bautizos, bodas y confirmaciones, fotografías que luego aparecen en los periódicos. Durante mucho tiempo yo había venido observando que no pocas de ellas estaban bastante mal y mostraban a mi hermano con la boca abierta y cierta expresión de disgusto. Al fin me decidí a preguntarle:

—¿No eres acaso capaz de acordarte de decir "¡chispas!" cuando te toman una foto? Con pronunciar esa palabra, tu expresión facial mejoraría notablemente.

—¿"Chispas", dices? —exclamó él, asombrado—. Yo siempre he creído que la palabra que debía decir era "rayos".

—C. H. R.

HABLÁBAMOS mi madre y yo, de mujer a mujer, acerca de las virtudes que debía yo buscar en el hombre que fuera mi esposo. Mi madre insistía en que marido y mujer han de ser tan semejantes en educación y aspiraciones como sea posible. Yo comenté que a menudo los polos opuestos se atraen.

—Hija mía —replicó ella rotundamente— ¡con sólo ser hombre y mujer ya son polos opuestos!

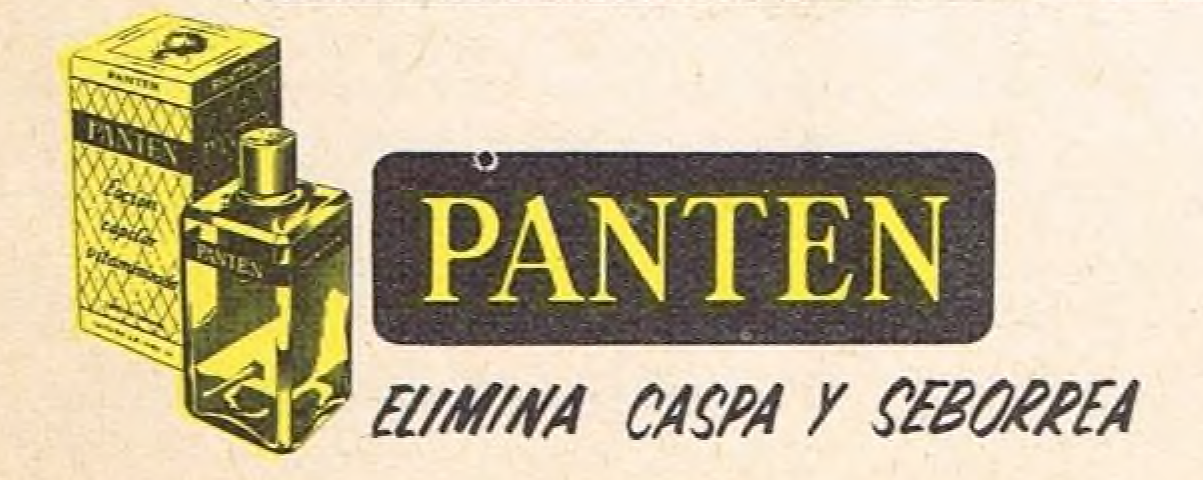
—D. R.

También Ud. puede lucir



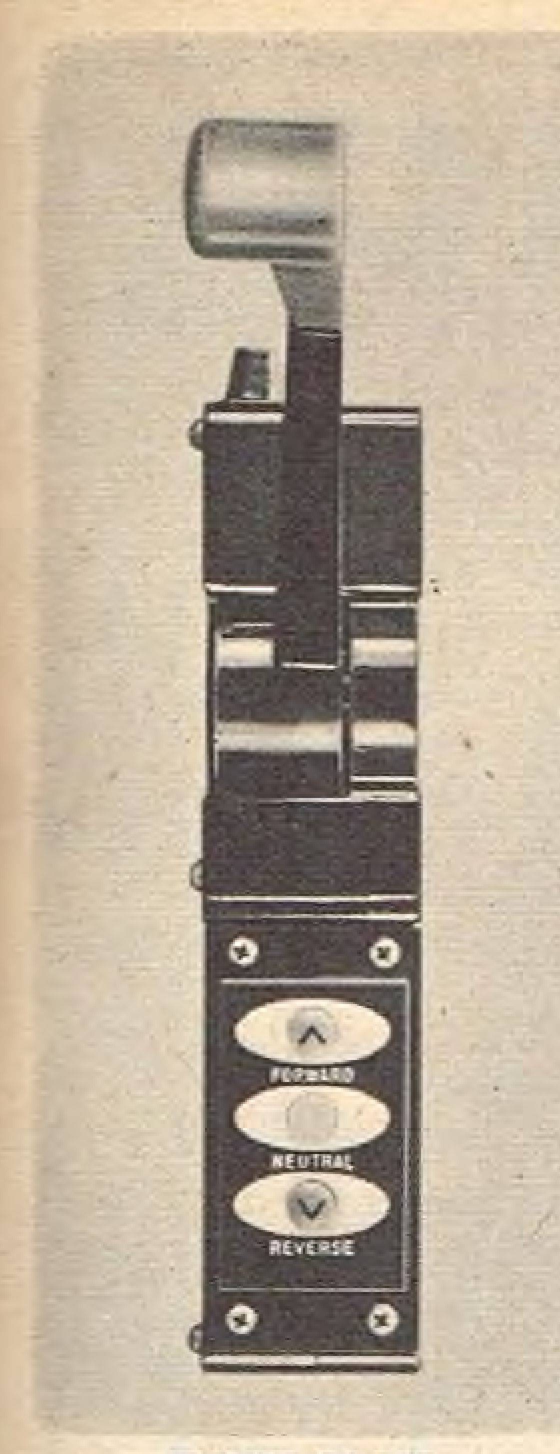
CABELLO SANO Y ABUNDANTE

PANTEN contiene la vitamina específica para el cabello, descubierta y fabricada por los mundialmente famosos Laboratorios Hoffmann - La Roche de Basilea. Suiza. PANTEN penetra hasta la raíz del cabello.



LOCION CAPILAR
VITAMINIZADA

En 3 tipos: para cabellos grasosos, secos y canosos







EMPUJE

Cambio de marcha Selectric Shift de botón pulsador. Exclusivo! Instantáneamente: marcha adelante, neutro y contramarcha—pero siempre independiente del acelerador.

POTENCIA

Obtenga el motor exacto que necesita. Desde el Starflite 75 hasta el Lightwin 3—brío y fuerza de motores seguros y confiables de 2 ciclos.

PLACER

Diviértase—con toda seguridad. ¿Qué es lo que prefiere al navegar? Puede tenerlo exactamente con un seguro y adaptable Evinrude.

Evinrude le ofrece todo esto—porque es el motor fuera de borda de las "Ventajas Técnicas Adicionales"!



STARFLITE 75 — BIG TWIN 40 — LIGHTWIN 3

Para obtener el motor más adecuado a sus necesidades, diríjase al distribuidor local de Evinrude. El tiene detalles completos de todo el surtido, y le ayudará con el mayor placer.

Evinrude le da 54 años de experiencia técnica en todo—desde los fornidos "músculos" de 2 ciclos en las entrañas del motor, hasta el duradero acabado exterior. Le da SILENCIO, con una cubierta de fibra de vidrio. CONTROL Soberbio. La facilidad de navegar sin peligro sobre obstáculos. FUNCIONAMIENTO DE ARRANQUE TAN SENCILLO como jamás lo hubiera creído posible. Y muchas más "ventajas técnicas adicionales".

EVINRUDE



OUTBOARD MARINE INTERNATIONAL S.A.
Dept. E 47-2 Box 830 · Nassau, Bahamas

Goffre, Carbone & Cia.
Viamonte 1549
Buenos Aires

HUMORISMO MILITAR

Durante la guerra chino-japonesa en 1937, el buque de guerra norteamericano *Mindanao* viose forzado, a resultas de un bloqueo, a permanecer anclado en el río frente a Cantón por espacio de seis meses. Los tripulantes que montaban guardia sobre cubierta tenían la consigna de anotar las condiciones del tiempo en el diario de navegación. Uno de esos asientos rezaba que el cielo estaba despejado, con la sola excepción de una nube que pendía directamente sobre el barco. De ahí en adelante todos los asientos que se hicieron durante varios meses fueron sencillamente una repetición de éste. Lo que los tripulantes no sabían era que los libros de navegación iban a parar a Washington.

El capitán recibió un día un pliego sellado con órdenes del cuartel general naval. Rasgó el sobre con gran emoción esperando encontrar una orden importante, pero lo que leyó fue lo siguiente: "Avance 500 metros río arriba y quítese esa maldita nube de encima, ¡caramba!"

—K. L.

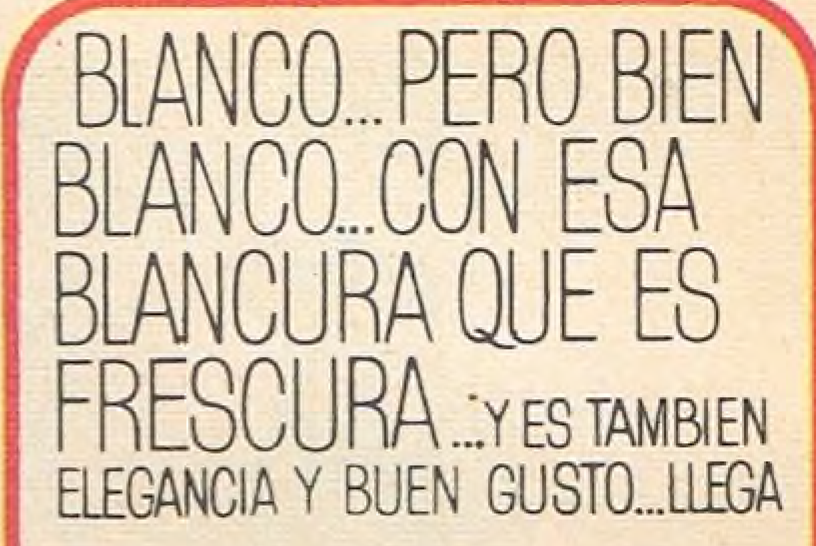
A los muchachos de la compañía que yo mandaba en Corea se les concedió permiso para colgar en las tiendas de campaña los retratos de sus novias. A poco cada uno de ellos tenía enmarcada una fotografía de la chica que había dejado allende el mar . . . menos un nostálgico chico campesino, que había preferido colgar la foto de su tractor. —D. H. H.

Como oficial escribiente en nuestra base de operaciones, tenía yo la obligación de cuidar de que los cuartos de baño estuvieran bien arreglados y que no faltaran toallas de papel en los toalleros. Una tarde se abrió la puerta marcada OFICIALES y el comandante de la base avanzó hacia mí. Traía las manos goteando agua, señal inequívoca de que yo había descuidado mi deber. Sin decir palabra me cuadré y esperé el chaparrón. Fulminándome con la mirada, el coronel se me acercó por detrás, me sacó la falda de la camisa y se enjugó las manos. —J. R. W.

En el servicio militar nunca falta pretexto para echar una cana al aire. Cierta noche, estando mi esposo acantonado en Hawaii, el batallón dio una gran fiesta para despedir al coronel. Fue toda una función de gala en la playa, con bailarinas de "hula" y un hermoso regalo de despedida. Terminada la celebración, pregunté a mi marido a qué lugar habían destinado al coronel.

—A otro edificio del cuartel —me respondió. —T. M. D.





Wichita®

¡un pantalón de gran clase!

Ahora también en color

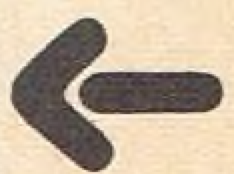
"blanco blanco"

Y recuerde que viene también en gris si lo prefiere.

Es otro producto creado para usted por FABRICA ARGENTINA DE ALPARGATAS S.A.I.C.

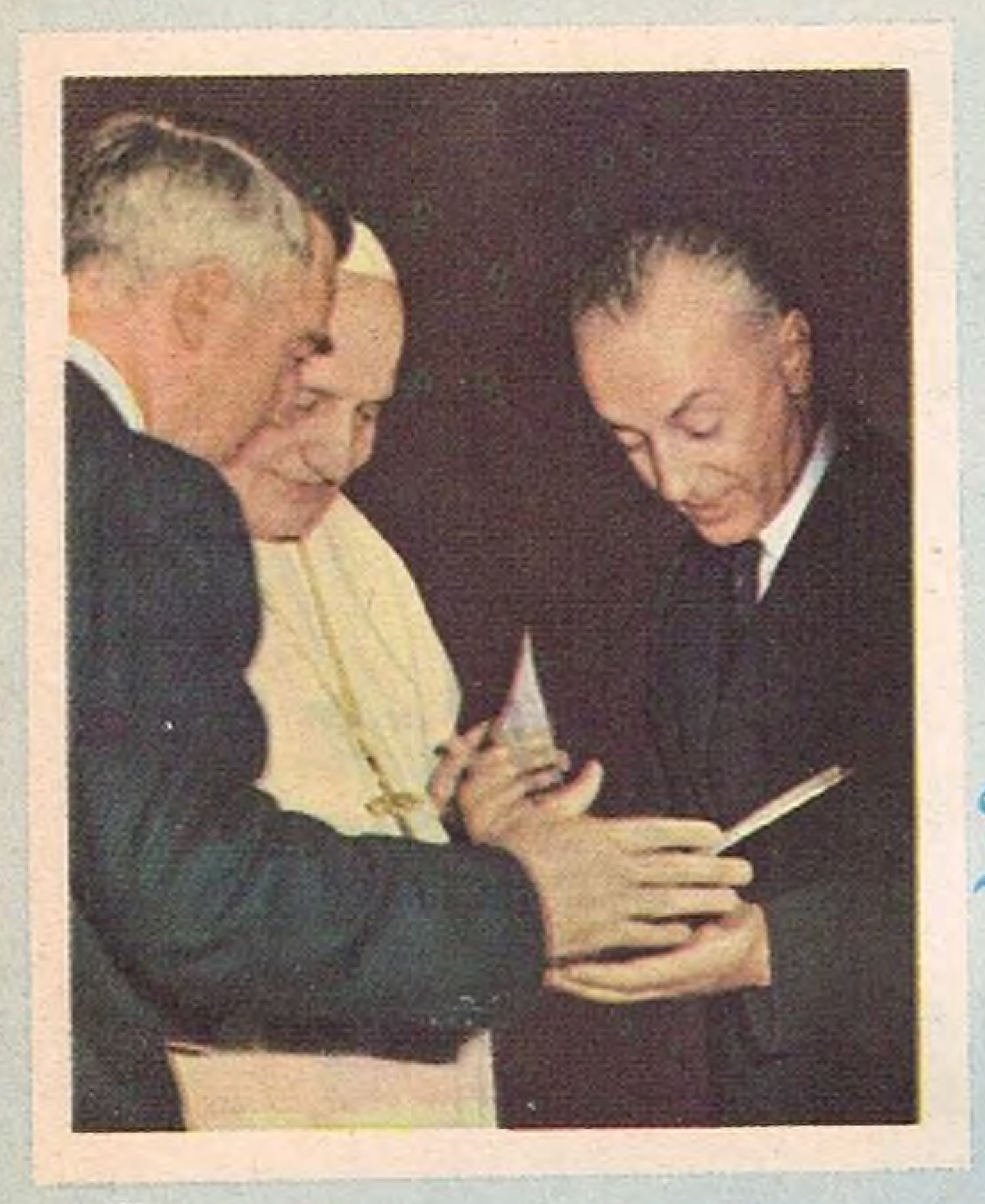
® Marca Registrada - Puro algodón
Industria Argentina





Fíjese que cada prenda lleve la etiqueta con la marca WICHITA®.





Su Santidad Juan XXIII

Su Santidad el Papa Juan XXIII durante la audiencia que concedió al Dr. Luigi Fiocca, gerente de la oficina del READER'S DIGEST en Roma (a la izquierda, en la foto) y a Barrett McGurn, autor del artículo *S.S. Juan el Bueno*. Este relato de la carrera del Papa fue publicado en todas las ediciones internacionales de esta revista.

Los visitantes pusieron en manos del Papa un volumen que contiene 13 distintos ejemplares de dicho artículo en otros tantos idiomas, ejemplares tomados de las ediciones internacionales del READER'S DIGEST. Su Santidad, después de haberlo hojeado, expresó su satisfacción por la "amplia resonancia" alcanzada por la publicación de ese trabajo. Y agregó:

La labor que hacen ustedes es importante y noble. Muchas son las dificultades a que deben hacer frente, pero les exhorto a considerar cuán reconfortante no les será, al acercarse el fin de su terrena existencia, el poder decirse: Hemos servido a la verdad.

TOMO XLV
No. 267

Selecciones
del Reader's Digest

FEBRERO
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

El Concilio Ecuménico
y su significado para el mundo católico

Por Clarence Hall

Es muy posible que de esta asamblea salgan reformas internas que afecten a los cristianos de todo el mundo.



l Segundo Concilio Ecuménico Vaticano en Roma, actualmente en receso, es el congreso religioso más grande de la historia y posiblemente el más significativo. Mucho más impresionantes que el esplendor oriental de su inauguración, en octubre pasado, son sus fines, realmente revolucionarios: una reforma y una renovación tan completas de la Iglesia Católica Romana que, de llevarse a cabo, afectarían la vida y la disciplina de los 500 millones de católicos que hay en el mundo; y una "atenta invitación" a toda la cristiandad, dividida desde hace siglos, para "buscar y encontrar (según lo ha expresado el Papa) esa unidad por la cual tan fervientemente imploró Jesucristo a Su Padre Celestial".

Nunca, desde la Reforma protestante, se había propuesto un programa tan osado. "El Concilio", ha dicho el Dr. Carlos Malik, ex-presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, "bien pudiera ser el suceso más importante del siglo XX, y hasta de varios siglos".


VNA FIDES

Considérese, ante todo, lo que representa para la propia Iglesia Católica. La burocracia y los hábitos de aislamiento que se han venido incrustando en ella al amparo de normas dictadas hace 400 años en el Concilio de Trento, la incapacitan, a juicio del Papa, para cumplir adecuadamente la misión que le compete en nuestra era del espacio. Lo que el Concilio se propone, a juzgar por lo que ahora se oye por doquier en Roma, es "preparar a la Iglesia para el mañana".

Esto implica el estudio de las siguientes reformas internas, para no mencionar más que unas pocas: descentralización administrativa, para disminuir el actual poder excesivo de la Curia Romana, órgano de gobierno del Vaticano; nuevo trazado de los límites diocesanos y reestructuración de las diócesis para compensar las regiones en que abundan (como Italia, donde hay 260 diócesis para no más de 48 millones de católicos) con las que tienen muy pocas (cual es el caso de Alemania Occidental, con solo 21 diócesis para unos 23 millones); medidas para lograr una mejor distribución de sacerdotes, a fin de rectificar situaciones como la que existe en Iberoamérica, donde no hay más que un cura de almas por cada 10.000 fieles, siendo así que en los Estados Unidos corresponde uno por cada 800; y simplificación de la liturgia para que puedan entenderla y percibir mejor su significado los feligreses, permitiéndose adaptar el bautismo, el matrimonio y las ceremonias fúnebres a los idiomas, costumbres y prácticas religiosas locales.

Muchas de estas reformas tropezarán con fuertes barreras de oposición. Hay bloques poderosos en la Curia (compuesta principalmente de ancianos cardenales italianos, notoriamente adversos a todo cambio) y también entre los prelados de Italia, España y América Central y Meridional, que no ven la necesidad de "reformas" en la Iglesia. Los italianos en el Concilio son 430, de un total de 2700 prelados con derecho a voto.

Contra los tradicionalistas se alza un grupo de progresistas, que se dice tienen unos 400 votos. Son, en general, los llegados del norte, donde nació la Reforma protestante: Alemania, Austria, Suiza, Holanda, Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Escandinavia . . . Uno de ellos hizo la siguiente observación: "Nos proponemos demostrar que la reforma no es una exclusiva de los protestantes". Entremedias, y quizás manteniendo el equilibrio entre ambas tendencias, se encuentran los prelados de los Estados Unidos, en número de 240.

Y el Papa, que posee el poder de veto sobre las decisiones del Concilio, ¿qué posición asume? El hecho de que haya calificado la finalidad del Concilio como una "actualización" de la Iglesia lo sitúa definitivamente en el campo de los reformistas. Durante los tres años de intensos preparativos del Concilio, puso insistente interés en que figurasen en el temario todas las cuestio-

nes que agitan la conciencia católica (y hasta la no católica). Consta, desde su primera encíclica, publicada en junio de 1959, que es partidario de la libre expresión de los criterios divergentes; considera de utilidad que "del choque de varias opiniones surja una nueva luz".

El objetivo más fervientemente buscado por el Pontífice es, en realidad, la creación de un ambiente en que haya más sentimiento de amistad y sentido de colaboración entre católicos y no católicos; el logro, en última instancia, de la reconciliación de toda la cristiandad. Uno de sus primeros actos después de consagrarse Papa fue la creación de un Secretariado para la Unión de los Cristianos. Al frente de ese Secretariado colocó a una de las figuras más atrayentes de la Iglesia: el docto y persuasivo cardenal Agustín Bea, un jesuita de nacionalidad alemana.

Virtualmente en cada una de sus manifestaciones públicas desde su elección, Juan XXIII ha insistido en que uno de los principales objetos de la reforma y la renovación eclesiástica es apartar los obstáculos existentes entre la Iglesia y "sus hermanos en Cristo separados". Al dar la bienvenida a un grupo de 28 jefes protestantes y de la Iglesia Ortodoxa de Oriente que acudían al Concilio como "delegados observadores", dijo con visible emoción: "Vuestra presencia me depara un especial consuelo. Arde en mi corazón el propósito de esforzarme hasta el sufrimiento para apresurar la hora en que se haya cumplido para todos los hombres la plegaria de Jesucristo en la Última Cena".*

El impulso hacia la unidad cristiana, como lo reconoce el propio Pontífice, no es obra de un solo hombre. Dentro de la Iglesia Católica es una tendencia que se ha hecho muy evidente en los últimos lustros y que proviene de muy distintos orígenes; mientras que en el seno del protestantismo el fenómeno más notorio de los últimos años ha sido el debilitamiento del espíritu separatista.

Especialmente notables son las uniones protestantes que han tenido lugar en muchos países, como los Estados Unidos, Canadá, Alemania, India, Japón, Filipinas, Indonesia, Nigeria, Gana y Rodesia. Y, de todos los pasos que han dado los protestantes "de la divergencia a la convergencia", el más impresionante ha sido la constitución del Consejo Mundial de Iglesias. Organizado formalmente hace menos de 15 años bajo el lema "el mundo es demasiado poderoso para una Iglesia dividida", el CMI ha atraído a su "federación fraternal" 201 colectividades eclesiásticas de 90 países, que representan unos 300 millones de protestantes y ortodoxos.

Los católicos reconocen francamente que esta tendencia del protestantismo ha tenido "el efecto concreto de acendrar y concentrar" su propio anhelo de unidad. Han surgido grupos católicos tan importantes como *Unitas*, los *Monjes de la Expia-*

---

*"Que todos sean una misma cosa" — S. Juan, XVII:21.

ción y el movimiento *Una Sancta,* de Alemania, para trabajar abiertamente a fin de conseguir mejores relaciones entre cristianos de todo género. "De ambos lados se hace notar un deseo general de unidad", ha comentado el cardenal Paul Emile Leger, de Montreal.

Cada vez son más frecuentes las invitaciones hechas a los teólogos católicos para que dirijan la palabra a grupos protestantes, y a la inversa. En Europa Occidental son ya comunes los "seminarios ecuménicos" en que figuran católicos y protestantes. Por tanto, como señaló el arzobispo John Heenan, de Liverpool (Inglaterra), "el diálogo ha sustituido a la diatriba".

Este espíritu de cordialidad ha dado buenos resultados, ya que, además de borrar la vieja hostilidad, ha revelado cuánto se han acercado el uno al otro los dos credos, sin saberlo. El Dr. Hans Küng, profesor católico de teología en la Universidad de Tubingen (Alemania), dice en su libro, *El Concilio: reforma y reconciliación:* "Repetidamente, católicos y protestantes, a medida que van conociéndose mejor entre sí, se dan cuenta, con asombro, de cuán parecidos han llegado a ser, pese a las diferencias que aún persisten".

Para probar su aserto, cita la atención creciente que se presta a las Escrituras en la Iglesia Católica; la adopción de cierto número de himnos protestantes; una notoria disminución de los sentimientos antiprotestantes; la frecuencia con que los teólogos católicos debaten la doctrina del "sacerdocio de todos los creyentes" y, lo más notable de todo, "el aprecio católico de la Reforma como un fenómeno religioso, y la admisión de que, en un sentido relativo, era necesaria"; de que ambas partes pueden repartirse las culpas.

El Concilio no se ha mostrado reacio a discutir algunas de las creencias y prácticas católicas que más desorientan a sus "hermanos en Cristo separados" (tales, por ejemplo, como las rígidas normas eclesiásticas que regulan los matrimonios mixtos). También se están promoviendo intensamente otras medidas de particular atracción para los no católicos: la expresión de un nuevo criterio acerca de la libertad religiosa, con matices sutilmente enderezados a países profundamente católicos, como España, donde no se ha hecho notar la tolerancia hacia las minorías protestantes; una clara interpretación de la vieja sentencia: "fuera de la Iglesia, no hay salvación"; y una revaluación del estado, la misión y la responsabilidad del laicado.

Pero los católicos entienden por "unidad" la *unidad orgánica* bajo la autoridad de Roma; y el Papa, en esto, no se anda con rodeos. Por eso asoman grandes obstáculos en cuanto se trata de discutir la verdadera reconciliación.

Especial dificultad ofrecen las prácticas y creencias católicas que, por estar fundadas en el dogma, son inmutables: por ejemplo, la enorme importancia que se concede últimamente a la devoción a la Virgen

María. En el sentir de los protestantes, el culto mariano, juntamente con la exagerada veneración de los santos, le resta importancia a Jesucristo.

Un reparo todavía mayor es el que se hace a la doctrina de la infalibilidad y primacía del Papa, convertida en dogma sólo en 1870. El patriarca Atenágoras, en nombre de las iglesias ortodoxas orientales, ha dicho sin rebozo que "el primer paso hacia la unidad entre los cristianos" debe ser la buena disposición de los católicos romanos a admitir que se reduzca el papel del papado. La actitud de los protestantes, en general, la expresó el arzobispo de Canterbury, quien dijo recientemente: "Yo estaría dispuesto a reconocer al Papa como un obispo rector, *primero entre iguales* (*primum inter pares*), pero no como infalible".

Los prelados progresistas no tratan de disimular tales obstáculos, pero ponen todo su empeño en alcanzar aquellas formas de unidad y colaboración que, dada la buena voluntad puesta de manifiesto por ambas partes, son prontamente realizables. Haciendo hincapié en "la trascendencia que tendría el hecho de que 900 millones de cristianos estuvieran completamente de acuerdo en las cuestiones de las armas nucleares, el desarme y la paz", el cardenal Bea mencionó también la labor social, las actividades misionales y la vida familiar y cívica, que señaló como campos en los que una colaboración diligente puede dar magníficos resultados.

Sin embargo, la consideración de si la "unidad" puede llevarse todavía más lejos es cosa que los católicos ecuménicos prefieren dejar al arbitrio divino. Entre tanto, dicen los miembros progresistas del Concilio, hay avances importantes hacia la reforma que deben lograrse antes de hablar de unidad. En Roma se escuchan estos días incitaciones como ésta, formulada por el Dr. Küng:

"No podemos conformarnos con actitudes modestas; una renovación, en los actuales momentos, requiere actos trascendentales: El Concilio no puede llevarnos hasta la unidad misma; pero para que no constituya una enorme decepción sino el cumplimiento de una gran esperanza, será preciso que nos permita dar *un gran paso* hacia adelante.

"La consideración primordial no es que nos hallemos en posición más o menos favorable a juicio de protestantes y ortodoxos, sino que nuestra actitud sea satisfactoria a los ojos de Nuestro Señor Jesucristo".

Un amigo ha enseñado a su perro *boxer* a perseguir el haz de luz de una linterna de bolsillo. Ahora se sienta junto a una ventana y mueve de un lado a otro la linterna; así el perro, corriendo tras la luz, hace en el patio su diario ejercicio. —D. V.

Disección de la crisis cubana

Crónica de lo que acaso fue uno de los momentos decisivos de la historia

Condensado de "Time"

Ya que resultaba tan peligroso permanecer inmóvil como avanzar, resolví que la política más prudente aconsejaba correr los riesgos que acompañan a lo segundo.

—James Monroe
a Thomas Jefferson (1822)

HACIA LAS postrimerías del pasado mes de octubre, un presidente de los Estados Unidos hubo de hacer frente, a edad más temprana que James Monroe, al mismo peligroso dilema con que éste se encaró. Es muy posible que las generaciones futuras hayan de considerar la decisión tomada por John Kennedy como uno de los momentos decisivos del siglo XX, ya que el Presidente norteamericano resolvió actuar pese a todos los riesgos. Y al verse ante tamaña determinación, el belicoso Primer Ministro de la Unión Soviética, Nikita Kruschef, se replegó.

Durante varias semanas, fuentes informativas y refugiados cubanos habían venido insistiendo en que la Unión Soviética estaba pertrechando a su satélite en el Caribe con proyectiles teledirigidos, manejados por rusos, que podrían ser utilizados en la destrucción nuclear de los Estados Unidos. El 10 de octubre se recibieron en Washington filmes aéreos que mostraban señales en verdad alarmantes. Esas películas revelaban que se estaban abriendo caminos en ciertas boscosas regiones de Cuba y que en los más apartados lugares de la isla surgían cobertizos levantados por los rusos. Se

ordenó que se tomasen películas de Cuba entera, montaña por montaña, campiña por campiña; metro a metro, si era posible.

Volando incluso a menos de 70 metros de altura, diversos aviones norteamericanos efectuaron una serie de reconocimientos sobre Cuba, haciendo funcionar sus cámaras cinematográficas. Regresaron, pues, provistos de millares de fotografías... Fotografías que revelaban que Cuba se había convertido, casi de la noche a la mañana, en amenazadora base de proyectiles nucleares. Según cálculos prudentes, la Unión Soviética debe haber estado preparando tal operación durante un año por lo menos y empleado cerca de mil millones de dólares en su decidida empresa.

¿Por qué? Tal era la pregunta que el presidente Kennedy se hacía insistentemente. Demasiado bien sabía éste que de tiempo atrás la Unión Soviética había mantenido pendiente sobre los Estados Unidos la espada de Damocles de los proyectiles nucleares intercontinentales de que aquélla dispone en el suelo mismo de Rusia. Así pues, había escasa necesidad, al parecer, de llevar a cabo tan enorme esfuerzo en Cuba. Con todo, a resultas de las reflexiones del presidente Kennedy y de sus conversaciones con los más destacados conocedores de la política rusa (entre ellos, Llewellyn Thompson y Charles Bohlen, otrora embajadores norteamericanos en Moscú), comenzaron a hacerse patentes algunas de las respuestas apropiadas a la cuestión. En el ánimo de Kennedy fue haciéndose más y más firme la convicción de que la crisis cubana estaba relacionada con la inminente crisis de Berlín... y con una total tentativa de Kruschef para trastornar todo el equilibrio de fuerzas en la guerra fría.

Charles Bohlen, que estaba a punto de salir para París en su calidad de embajador de los Estados Unidos en Francia, aportó un indicio significativo. Hablando con Kennedy, trajo a colación un adagio de Lenin que Nikita Kruschef gusta de citar: Cuando un hombre ataca con la bayoneta y da en blando, empuja la hoja hacia adentro; pero cuando topa con la frialdad del acero, se repliega.

La aventura de Kruschef en Cuba parecía constituir precisamente un sondeo de este tipo. Confiaba Kruschef en presentar a los Estados Unidos un *fait accompli*, resultado de una maniobra ejecutada mientras este país se hallaba preocupado (así, al menos, lo supondría Kruschef) con las cercanas elecciones. Si lograba salirse con la suya, podría presumir que el gobierno de Kennedy era tan endeble y medroso que el líder ruso podría apoderarse de Berlín impunemente.

Decisión. El presidente Kennedy adquirió la certidumbre de que, así considerada, la situación resultaba perfectamente clara: no quedaba a los Estados Unidos otro camino que desmantelar las bases de proyectiles nucleares que los Soviets levanta-

ban en Cuba. ¿Cómo, empero? En prolongadas y angustiosas discusiones con Robert McNamara, secretario de la Defensa, Dean Rusk, secretario de Estado, John McCone, director de la Agencia Central del Servicio Secreto, y con otros altos funcionarios civiles y militares, el plan quedó laboriosamente trazado en todos sus detalles.

La idea de invadir a Cuba directamente fue desechada . . . por el momento. Descartose también el proyecto de bombardear por sorpresa las bases de proyectiles nucleares. Uno y otro método podrían empujar a Kruschef a contraatacar instintivamente, lo que precipitaría al mundo a la guerra termonuclear. Más que cualquier otra cosa, lo que deseaba Kennedy era dar tiempo a Kruschef para comprender que por fin los Estados Unidos le hacían frente... y tiempo también para meditar sobre ello.

La mejor solución parecía ser la de establecer una "cuarentena": un bloqueo naval enderezado contra aquellas embarcaciones que trasportaran armas ofensivas a Cuba. Tal acción daría al Primer Ministro soviético tiempo y motivo de reflexión, a la vez que brindaría a los Estados Unidos la elasticidad necesaria para cualquier acción más enérgica en lo futuro. Ésta parecía ser la solución que tenía más visos de contar con el apoyo de los aliados de los Estados Unidos en la Organización del Tratado del Atlántico del Norte y con el asentimiento de la Organización de Estados Americanos. Asimismo, con ello se obligaría a la Unión Soviética a pensar en una acción decisiva en el plano en que su posición es más débil, y más formidable la de los Estados Unidos: en los mares.

Era indispensable obrar con rapidez. A la sazón, surcaban ya el Atlántico no menos de 25 buques cargueros de Rusia o sus satélites, muchos de los cuales llevaban a Cuba más bombarderos y más proyectiles teledirigidos. Los aviones de la armada norteamericana le seguían el rastro y ya varias unidades de la marina norteamericana de guerra se aprestaban a interceptarlos.

Todo esto tenía lugar en un inverosímil ambiente de reserva absoluta, en el seno de un gobierno notable por su verbosidad. Luego, en la mañana del lunes 22 de octubre, Kennedy estuvo preparando el discurso con que debía anunciar la nueva por televisión a la nación entera. Al propio tiempo, se expidió la orden de localizar a los principales miembros del Congreso y conducirlos a Washington en avión, a fin de que asistieran al consejo que había de celebrarse en la Casa Blanca a las cinco de la tarde.

Los líderes del Congreso acudieron puntualmente y se aplicaron al estudio de las ampliaciones fotográficas de las instalaciones de proyectiles nucleares, que según las palabras mismas de uno de ellos, les helaron la sangre en las venas. En seguida el Presidente declaró con sencillez: "Hemos resuelto actuar".

"Ya podrán juzgar ustedes mismos". Durante toda esa tarde, estuvieron cruzando los umbrales de la Secretaría de Estado los automóviles que llevaban a bordo a los diplomáticos extranjeros, convocados con urgencia por el secretario Rusk. El embajador de Rusia, Anatoly Dobrynin, sonrió afablemente a los reporteros al entrar en la Secretaría. Después de cambiar las habituales cortesías, Rusk puso en manos de Dobrynin una copia del inminente discurso de Kennedy, así como una carta dirigida a Kruschef. Veinticinco minutos después Dobrynin abandonaba el edificio; mostraba los hombros caídos y un rostro de color ceniciento. Interrogado por los periodistas sobre lo ocurrido, replicó bruscamente: "Ya podrán juzgar por ustedes mismos bien pronto".

Los diarios de la tarde daban la noticia de que esa misma noche el Presidente hablaría a la nación sobre un asunto "de máxima urgencia nacional". . . y cuando Kennedy apareció en la televisión se habría dicho que todo el país estuviera pendiente de él. Fue el suyo el inflexible discurso de un Presidente igualmente inflexible. Los Estados Unidos, declaró, perseguían dos finalidades: "Impedir que aquellos proyectiles teledirigidos fuesen empleados contra éste o cualquier país, y lograr que fuesen retirados o eliminados del hemisferio occidental".

Kennedy explicó que la cuarentena interrumpiría el abastecimiento de armas ofensivas a Cuba sin suspender "aquellos artículos de primera necesidad". Advirtió que "el lanzamiento de un proyectil nuclear desde Cuba, contra cualquier nación del hemisferio occidental", sería visto por los Estados Unidos como un ataque por parte de la Unión Soviética y provocaría represalias nucleares contra Rusia en escala total.

Los gobiernos de los países aliados de los Estados Unidos en la OTAN y en la Organización del Tratado del Sudeste de Asia hicieron públicas sus firmes, alentadoras manifestaciones de apoyo. Más notable aún fue la unanimidad con que las repúblicas iberoamericanas respaldaron la posición asumida por los Estados Unidos: en una reunión del Consejo de la Organización de Estados Americanos en Washington, los delegados tomaron el acuerdo, por 20 votos contra 0, de exigir "el desmantelamiento inmediato de toda instalación de proyectiles nucleares y su inmediata retirada de Cuba".

Naves, aviones y submarinos. Las fuerzas norteamericanas en todo el mundo se aprestaron para el combate. Los submarinos Polaris surcaban los mares, siguiendo rumbos sólo conocidos por un puñado de los más altos funcionarios. La fuerza aérea entró en estado de alerta total, puso en el aire una flota de bombarderos B-52 y, destacándolos de sus bases ordinarias, dispersó centenares de bombarderos B-47 en docenas de aeródromos aquí y allá. En Berlín Occidental,

el contingente de 5000 hombres del ejército norteamericano inició maniobras.

Las órdenes giradas a la armada eran bien claras. A todo navío que, haciendo rumbo a Cuba, entrase en la zona comprendida en el bloqueo, se le ordenaría ponerse al pairo. Si alguno se negase a hacer alto, se le haría una descarga sobre la proa; si después de esto continuara adelante, la armada dispararía con el propósito de hundirlo. En caso de que la embarcación se detuviese, subiría a ella un grupo de inspectores que debía registrarla en busca de materiales de guerra ofensivos. Si no los traía, se le permitiría que continuase hasta Cuba. Empero, si trasportase cargamento prohibido, se obligaría al barco en cuestión a hacer rumbo hacia cualquier puerto no cubano, a elección de su capitán.

De la misma manera, los aviones cargueros con destino a Cuba serían interceptados y obligados a aterrizar en algún aeropuerto norteamericano donde se les sometería a registro; si ofrecían resistencia, serían derribados. Por medio del radar y el sonar se buscaría a los submarinos soviéticos.

Durante las horas que siguieron, la tensión nerviosa fue en aumento en forma poco menos que intolerable. ¿Qué ocurriría? ¿Desataría Kruschef la guerra nuclear? La noche del martes 23 de octubre, Kennedy firmó una proclama en que se declaraba la cuarentena. La primera indicación de la actitud de Rusia ocurrió cuando unas cuantas naves cargueras rusas cambiaron de rumbo y desistieron de continuar hacia Cuba. Otras, sin embargo, siguieron su curso; el momento de la prueba decisiva se aproximaba.

Treinta y seis horas después de la proclamación del bloqueo, la armada norteamericana interceptó al buque-cisterna soviético *Bucharest*. El petróleo había quedado excluido de la lista de artículos prohibidos, pues el gobierno de los Estados Unidos no quiso vedar el trasporte de lo que podría constituir artículo vital para el pueblo cubano. Por tanto, al buque-cisterna se le permitió el paso sin ser registrado.

Veintitrés horas más tarde, a cosa de 290 kilómetros al nordeste de las Bahamas, los destructores *John R. Pierce* y *Joseph P. Kennedy, Jr.* dieron el alto al barco carguero *Marucla*, fletado por los soviéticos aunque de matrícula libanesa.

En tanto este navío era registrado (para luego recibir autorización de seguir adelante, ya que su cargamento consistía en azufre, rollos de papel, una docena de camiones y piezas para los mismos), un suceso mucho más importante tenía lugar en otro punto del Atlántico. Después de varios días de navegar con rumbo a Cuba, las restantes naves cargueras soviéticas que trasportaban material de guerra, habían virado en redondo y se dirigían de vuelta a su punto de partida. Kruschef había resuelto abstenerse de chocar en alta mar con la armada de los Estados Unidos. El bloqueo era un éxito.

Con todo, la situación no admitía tregua. Era necesario dar con la forma de que se sacaran de Cuba los proyectiles nucleares ya instalados allí.

Diplomacia. En la esfera diplomática, Adlai Stevenson, embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, instó en nombre de su país a U Thant, secretario general interino de aquel organismo, para que convenciera a los rusos de que los cohetes tendrían que ser retirados. Cuando se celebraban estas conversaciones con U Thant, Kruschef propuso un cínico trueque: retiraría de Cuba sus proyectiles nucleares si Kennedy retiraba los suyos de Turquía.

Al hacer su propuesta Kruschef se aprovechaba de las zozobras y los sentimientos expresados por muchos asustadizos pacifistas de los Estados Unidos y otros países. En los ataques desatados ante la acción emprendida por los Estados Unidos, repetíanse conceptos superficialmente válidos en que se equiparaban las instalaciones para proyectiles teledirigidos levantadas por los Soviets en Cuba con las bases establecidas por los Estados Unidos allende los mares; ello por parte de censores que eran o comunistas rusos, neutralistas africanos, castristas iberoamericanos o pacifistas estadounidenses. En lo tocante a los comunistas, comparar unas bases con otras obedecía a evidentes motivos tácticos. Por parte de los neutralistas y pacifistas, sólo revelaba confusión intelectual y moral.

Las bases para proyectiles teledirigidos de alcance medio Júpiter construidas en Turquía por los Estados Unidos lo fueron entre 1960 y 1961, no en forma clandestina sino como consecuencia de un convenio celebrado entre aquellos dos países y que fue anunciado públicamente. El propósito que se perseguía con las bases norteamericanas no era el de hacer a Rusia objeto de un chantaje sino el de reforzar el sistema defensivo de la OTAN, sistema creado como salvaguardia contra la agresión rusa. Como miembro de la OTAN, Turquía consideró la construcción de esas bases como un refuerzo a las defensas de su propio territorio.

Por encima de las diferencias señaladas entre los dos casos, hay también una enorme diferencia moral entre los objetivos que persiguen rusos y norteamericanos. Las bases militares establecidas en el extranjero, como las bayonetas o las bombas, no constituyen ni un mal ni un bien por sí mismas. El mal o el bien que representen radica en el uso que se les dé, en el propósito que las sustente. El equiparar las bases de los Estados Unidos con las rusas equivaldría, de hecho, a equiparar las miras soviéticas con las norteamericanas.

Rendición. Kennedy rechazó bruscamente el trueque propuesto y aceleró los preparativos militares de los Estados Unidos. Consideró la posibilidad de estrangular la economía de Cuba mediante un bloqueo total. A fin de acabar rápidamente

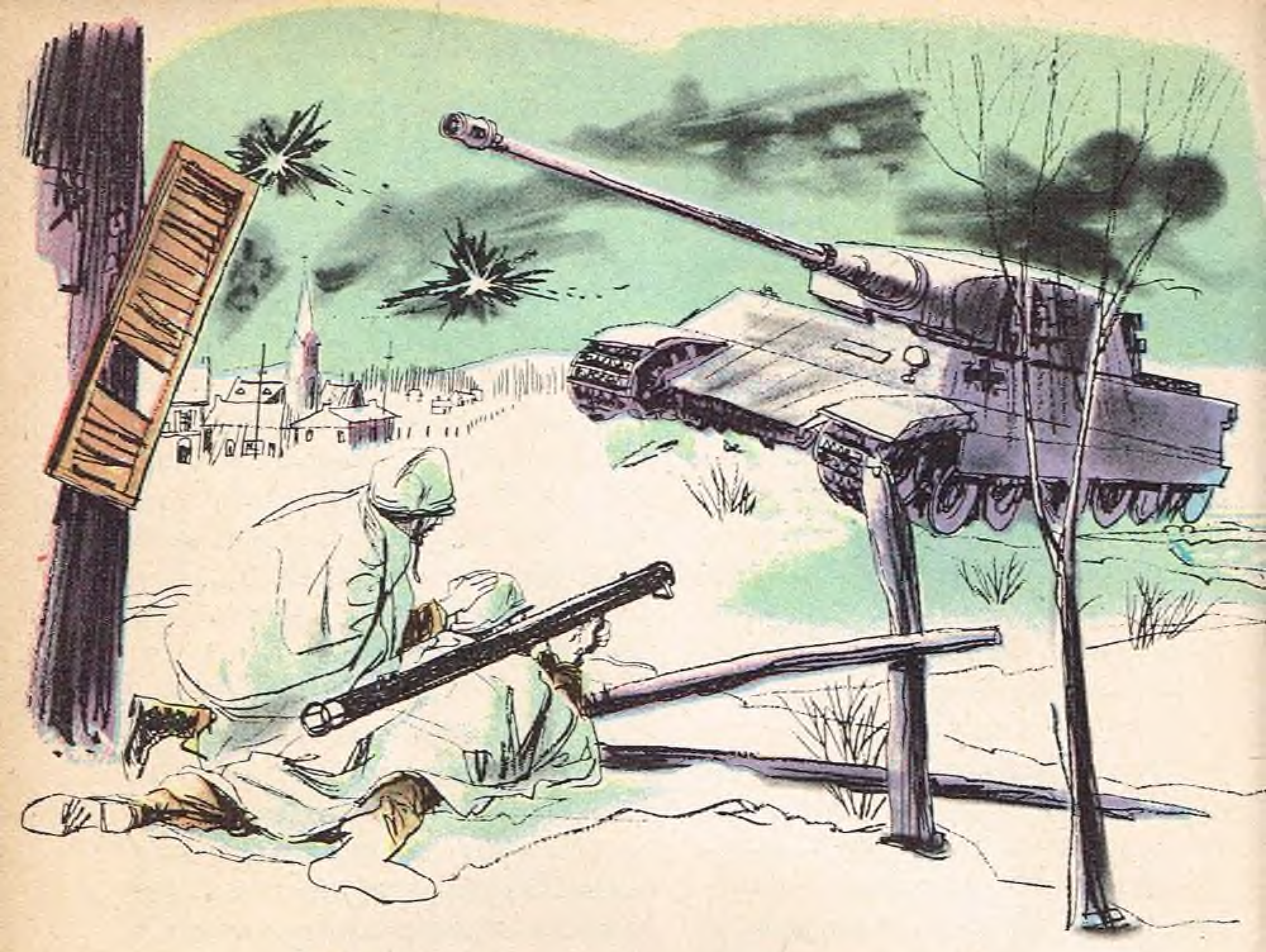
con los proyectiles cubanos, la Casa Blanca pensó también en recurrir al sabotaje, a las incursiones por comandos, al cañoneo naval o al bombardeo aéreo de precisión. Asimismo tomose en cuenta la posibilidad de que la invasión se hiciera al fin necesaria, en caso de que Kruschef no desmantelase sus cohetes. Deseoso de subrayar la necesidad de obrar prontamente, Kennedy envió a Kruschef una carta en que le comunicaba que sería imposible llegar a un acuerdo con respecto a Cuba si antes no eran demolidos los proyectiles bajo la vigilancia de las Naciones Unidas.

Al día siguiente (justamente dos semanas después de que se tomaron las películas reveladoras) Kruschef declaró que estaba dispuesto a ceder. En un escrito a Kennedy le decía: "Quiero expresarle mi satisfacción y gratitud por las muestras dadas por usted de sentido de las proporciones y de comprensión de la responsabilidad que sobre usted pesa en la conservación de la paz en el mundo entero. Entiendo muy bien su preocupación, compartida por el pueblo de los Estados Unidos, con respecto al hecho de que las armas descritas por usted como ofensivas son, en verdad, armas terribles. Tanto usted como yo comprendemos qué clase de armas son éstas". El Primer Ministro soviético proseguía diciendo que su gobierno había "dado la orden de desmantelar aquellas armas, calificadas por usted como ofensivas, de embalarlas y enviarlas de vuelta a la Unión Soviética". Por último, afirmaba que estaba dispuesto a permitir que representantes de la ONU comprobasen la retirada de los proyectiles.

Tratando de salvar la honrilla, Kruschef se atribuía todo el mérito de haber salvaguardado la paz mundial. Asimismo, decía que Rusia continuaría brindando su ayuda a Cuba, cosa que bien podría significar que el jefe ruso esperaba seguir haciendo de la isla una base para la penetración comunista en Iberoamérica.

Antes de trascurridas tres horas, el presidente Kennedy había despachado su contestación, la que terminaba diciendo: "Abrigo la sincera esperanza de que los gobiernos del mundo podrán, una vez resuelta la crisis cubana, dedicar su celosa atención a la imperiosa necesidad de poner fin a la carrera de los armamentos y aliviar la tirantez mundial".

Al parecer, pues, el presidente Kennedy había salido victorioso al enfrentarse a la Rusia soviética. Nuevas crisis, sin duda, habrían de sobrevenir. Previendo los acontecimientos, Kennedy observó: "Tengo la certeza de que habremos de afrontar decisiones más importantes y más difíciles aún". Tales decisiones, de tomarse tan valerosamente y de ejecutarse tan hábilmente como la relativa a Cuba, brindan al Presidente norteamericano una oportunidad de realizar grandes progresos en la guerra fría.



Una campana repica en Hemroulle

POR JOHN HANLON

ERA UNA sábana común y corriente, pero la vieja granjera belga la acariciaba con los dedos tan amorosamente como si fuese de armiño.

—Ésta es una, Monsieur, una de las suyas.

Madame Eudoxie Collard abrió la sábana, que mostraba una etiqueta norteamericana y una marca de lavandería casi borrada. Sí, era una de las mías.

Mientras me calentaba junto a la estufa de Madame Collard, hace poco, mis pensamientos volvieron a una fría mañana de diciembre de 1944, cuando la batalla de las Ardenas se acercaba a su apogeo. Era la última y desesperada arremetida de Hitler. Pocos días antes de Navidad,

la 101ª División Aerotrasportada, a que yo pertenecía, había tomado apresuradamente posiciones defensivas en torno a Bastogne. A nuestra vez estábamos rodeados por las tropas alemanas atacantes, formando algo así como el agujero de una rosquilla.

El batallón de paracaidistas que yo mandaba, compuesto por unos 600 hombres, recibió órdenes de entrar en Hemroulle, una aldehuela de las Ardenas situada unos tres kilómetros al nordeste de Bastogne. No parecía gran cosa: dos docenas de casas rústicas y otros tantos establos, unos cien habitantes en total, una iglesita con arrogante campanario, un camino de tierra y un par de atajos, todo ello tendido con un aire de tristeza sobre una depresión del terreno. Estábamos escasos de alimentos y municiones, pero en cambio nos sobraban los enemigos. La nieve recién caída alcanzaba 15 centímetros de altura y no teníamos ningún "camuflaje", de modo que nuestros soldados, con sus uniformes verde oliva, ofrecían, como patitos en un tiro de feria, un blanco magnífico contra el fondo nevado.

Convoqué una reunión de oficiales en la casa donde me habían señalado alojamiento, y alguien propuso que se utilizaran sábanas. Pero, ¿de dónde íbamos a sacar tantas sábanas en tan poco tiempo? Envié a mi segundo, el capitán Edward Fitzgerald, a que preguntase al alcalde si había alguna probabilidad de que nos prestasen algunas sábanas. "Dígale que las devolveremos en cuanto podamos", añadí.

El alcalde era un hombre de setenta y pico de años, de cara redonda, rubicunda, y gran bigote, llamado Víctor Gaspar, que dos veces en su vida, en 1914 y en 1940, había visto la aldea invadida por los alemanes. Cuando Fitzgerald le explicó lo que necesitábamos, no vaciló. "Venga", le dijo, y le guió hasta la iglesia, donde desató la cuerda del campanario y empezó a tocar a rebato.

Al primer toque de la campana, una mujer asomó la cabeza con gesto sorprendido por la puerta de su casa y, después de escuchar unos segundos, se enjugó las manos con el delantal, echó un abrigo sobre sus hombros y se dirigió a la iglesia. Otros la siguieron; solos o en pequeños grupos, algunos acompañados por sus hijos, la mayoría de los aldeanos tomaron el mismo camino. Cuando llegaron a la iglesia, Monsieur Gaspar les dio instrucciones: "Traigan sus sábanas. Los norteamericanos las necesitan para usarlas como camuflaje. ¡Dense prisa!"

Unos pocos habitantes de la aldea no habían acudido. Madame Collard, por ejemplo, estaba demasiado ocupada en preparar la comida para las 60 personas que se habían refugiado en su sótano y le era imposible abandonar la cocina. Pero el alcalde fue a ver en persona a quienes no habían respondido al llamamiento de la campana. Entre tanto, la

JOHN HANLON prestó servicios durante cerca de seis años en el ejército de los Estados Unidos. Hoy es comentarista del *Evening Bulletin* de Providence (Rhode Island).

gente empezaba a volver a la iglesia con sus preciosos líos de ropas de cama. En media hora había 200 sábanas apiladas en el soportal del templo. Nadie dijo una palabra sobre mi promesa de devolverlas.

Hice repartir rápidamente las sábanas entre las tropas y a los pocos minutos comprendí lo absurdo de mi promesa. Los soldados estaban haciendo el debido uso militar de sus medios de "camuflaje": desgarraban las sábanas, hacían trozos más o menos cuadrados y con ellos cubrían sus cascos, o bien las cortaban en tiras para tapar los cañones de sus ametralladoras. Para cubrirse ellos mismos les abrían un tajo y se las metían por la cabeza, cual si fuesen ponchos. Al terminar la tarea, formaban una extraña turba de fantasmas, pero estaban bien ocultos.

Y muy a punto, por cierto, pues a las cuatro de la mañana de Navidad el enemigo lanzó su supremo ataque, sin que lo anunciase ningún indicio. A las primeras luces inciertas del amanecer, una ola de tanques y soldados subió la cuesta y se nos vino encima. A derecha e izquierda hicieron trizas nuestras débiles defensas y cuando por fin pude hacerme una idea aproximada de lo que sucedía, teníamos alemanes por todas partes; además de amenazar nuestros flancos, había algunos a nuestras espaldas.

La lucha que se desarrolló entonces, casi cuerpo a cuerpo, fue la más encarnizada que he visto. Una vez pude leer las insignias de un tanque y muchas otras distinguir los rasgos de una docena de soldados nazis. Poco después me encontré con uno de mis hombres, envuelto en su sábana, que tras la esquina de una casa observaba serenamente a seis alemanes que se aproximaban por detrás.

—¿Cómo cree que se han metido dentro de nuestro círculo? —le pregunté.

—Que me ahorquen si lo entiendo —contestó muy tranquilo—. Eso sí, les va a costar bastante salir.

Y tenía razón. Tal es la tela de que están cortados los buenos soldados.

Nuestro "camuflaje" improvisado daba buenos resultados en todas partes. Una pareja estacionada con bazucas en un cruce de caminos aguardó a que se aproximara bien un tanque y, cuando lo tuvo a 15 metros, lo inutilizó con un solo disparo perfecto.

De pronto, como obedeciendo a una señal, terminó el combate y se extendió por la aldea y el campo vecino una calma impresionante, interrumpida sólo por la crepitación de los tanques en llamas. El enemigo había dejado en nuestras manos 50 prisioneros y sufrido además muchas bajas, en tanto que las nuestras eran muy escasas.

Pocos días más tarde se nos ordenó pasar a otro sector y luego seguimos avanzando. Nos llevamos las sábanas, que se fueron perdiendo y destrozando hasta que, por último, las descartamos. El pequeño episodio de Hemroulle se borró finalmente de mi memoria. Menos de seis

meses más tarde terminaba la guerra y yo volví a mi patria.

No HABÍA pensado que volvería a oír jamás el nombre de aquella aldea, pero en el otoño de 1947, al leer accidentalmente un diario de Boston, encontré la crónica de un periodista que recorría los lugares donde se combatiera durante la segunda guerra mundial. Había visitado Bastogne y luego Hemroulle, cuyos vecinos decían que la labor de reconstrucción económica iba muy bien, y uno de ellos había añadido, con cierta sorna, estas palabras que el cronista reproducía: "¡Ojalá el norteamericano que nos pidió prestadas las sábanas las hubiese devuelto! Prometió que las devolvería".

Escribí al diario y confesé que yo era el culpable del hecho mencionado en el artículo. Esto provocó una cadena de insólitos acontecimientos: comenzaron a llegar paquetes por correo. Uno contenía una sábana, acompañada por una carta en que se decía que tal vez me serviría si yo encontraba la manera de cumplir mi promesa.

Otros periódicos narraron el caso y recibí más sábanas, además de cierto número de cheques. Llegaron donativos de varios de los antiguos componentes de mi unidad, hombres que habían luchado aquel día en la nieve alrededor de Hemroulle y que, tal vez, debían la vida a aquellos aldeanos. En Winchester (Massachusetts), donde yo vivía, la gente comenzó a detenerme en la calle y preguntarme cómo podría ayudar. Muchos otros telefoneaban y ofrecían donativos.

Todo eso me dio que pensar. Aunque el suceso no tenía importancia en relación con los serios problemas internacionales, me ofrecía la oportunidad de pagar una deuda de honor y, lo que era tal vez más importante, la de sentir la satisfacción de cumplir mi palabra.

Se constituyó una Comisión pro Sábanas para Hemroulle y resolvimos dedicar un día en nuestra ciudad a la iniciativa. Comenzó un domingo de diciembre con un repique de campanas hecho por las 10 iglesias y el ayuntamiento de Winchester y, mientras resonaban sus tañidos, igual que había sucedido tres años antes y a 5800 kilómetros de allí, empezó a llegar gente con atados de sábanas. Al ver a mis convecinos que apilaban sus sábanas en el vestíbulo del salón de actos de la escuela, se me hizo un nudo en la garganta.

Dos meses más tarde pude cumplir mi promesa, en febrero de 1948, cuando regresé a Hemroulle. Como para completar la evocación, aquel día nevaba también. En lugar de soldados, un grupo de *boy scouts* estaba formado a los dos lados del camino y todos los aldeanos se habían reunido en pequeños grupos cerca de la iglesia, vestidos con sus ropas domingueras, para recibirme con vítores. Encontré a Monsieur Gaspar de pie en el pavimento de piedra, frente a su casa, tan fuerte como siempre. Nos saludamos calurosa-

mente y marchamos hacia la iglesia, donde me tendió el extremo de una cuerda. "Ahora le corresponde a usted tocar la campana", dijo.

Di unos entusiastas tirones a la cuerda y los aldeanos se acercaron, como lo hicieran en 1944. Así "devolví" por fin las sábanas prestadas por los habitantes de Hemroulle. El alcalde se ocupó de que cada uno recibiera exactamente la cantidad que había facilitado, y las demás —unas 400— fueron enviadas a un asilo de ancianos. Hubo discursos y apretones de manos, fui declarado ciudadano honorario de la comuna y recibí un pergamino pintado a mano por los niños de la escuela.

Vuelvo a Hemroulle siempre que me es posible. Mi esposa y mis hijos han visitado conmigo esa aldehuela sin pretensiones y, aunque nunca anuncio mi llegada, los vecinos me reconocen siempre. Hace pocos días, cuando aparecí allí en mi automóvil, se cruzó conmigo el cartero en su bicicleta; al verme pasar, se volvió, echó el freno, y dando un salto se plantó muy erguido en un saludo militar:

—¡Ah, *mon Colonel* Hanlon! ¡Qué alegría volver a verle! Bien venido.

En casi todas las casas hay por lo menos una sábana norteamericana, que se usa más bien como mantel en las grandes ocasiones, y Madame Nicole Maus de Rolley, que vive en las afueras del pueblo, me lo ha explicado: "En aldeas como ésta, la tierra es pobre y la vida difícil. La gente es reservada y aguarda hasta saber lo que el forastero quiere de ella, pero con usted, debido a las sábanas, no se sienten incómodos. Usted les ha dado una pequeña página para su historia, y están orgullosos de ella, porque es *suya*. Les hace sentirse mejores".

Y ya que en esa pequeña página está escrito mi nombre, en cierto modo y muy humildemente, también yo me siento orgulloso.



Charlas y parlas

"Dado como están las cosas —decía el cómico Red Kane— sería interesante ver a Cleopatra representando la vida de Elizabeth Taylor". ... Al regresar de las vacaciones siempre sabemos adónde fuimos, pero no adónde se nos fue el dinero. (E. W.) ... El defecto más grave de la nueva generación es que muchos de nosotros ya no pertenecemos a ella. (B. G.) ... Un aviso que comenzaba diciendo: "Ahorre combustible: viaje por aire" resultó ser una oferta de un barco de vela. (S. M.)

Definiciones. El comunismo es un socialismo armado de pistola. (A. G.) ... Nada hace trizas la ropa de una mujer tanto como otra mujer. (*Sunshine Magazine*)

La mejor receta que conozco

El sabio consejo de un hombre que ha ayudado a centenares de personas a resolver problemas que creían insuperables

Por el Dr. Smiley Blanton

Soy médico siquiatra y, como tal, me parece haber escuchado todos los problemas humanos habidos y por haber. Aunque no hay dos problemas iguales, dado que la naturaleza de nuestra especie es infinitamente compleja, sí puedo afirmar que quienes acuden en busca de mi ayuda tienen un rasgo en común: cada uno trata de superar algún problema . . . sin lograrlo. Por lo general, desde la primera visita expresan sin rodeos su frustración:

—He hecho todos los esfuerzos posibles y he empleado todos los medios imaginables, doctor. ¿Qué me resta por hacer?

El consejo que les doy es muy sencillo y no deja nunca de sorprenderles:

—¡Cese en su empeño!

¿Parece derrotista, verdad? En todo caso, absurdo. Pero no lo es. Después de más de 40 años de ejercer mi especialidad, sigue siendo la mejor receta de carácter general que conozco.

Diré la razón. Dentro de todos nosotros ha puesto el Creador, en su omnisciencia, una maravillosa reserva de valor, energía y cordura que rara vez utilizamos. Esta reserva es el subconsciente o, para hablar con más exactitud, la mente inconsciente. Ella suministra, igual que una dinamo, la energía que impulsa nuestra vida y que toma muchas formas. Por ejemplo, lo que llamamos intuición no es más que la vocecita tímida del inconsciente. También es éste el que da sus más felices momentos de percepción y comprensión a los poetas, los sabios, los profetas, en realidad, a todos los hombres de pensamiento creador.

La energía que puede suministrar el inconsciente es casi ilimitada. Todos conocemos casos de personas

que en una situación crítica fueron capaces de cumplir increíbles hazañas de fuerza o resistencia. Pero los circuitos que conducen esa energía desde el inconsciente pueden estar bloqueados por el desaliento, la tensión y la angustia, o por las emociones no menos destructoras del temor, el odio, la culpa y la cólera. Es lo que sucede a la mayoría de los pacientes que vienen a mí. Están luchando en el plano de la conciencia tan furiosamente por resolver sus problemas y se desesperan a tal punto por su fracaso, que han producido un cortocircuito emotivo en sí mismos.

Es preciso enseñarles a confiar en su inconsciente y mostrarles la manera de utilizarlo. A veces no es tarea fácil, porque muchos tienen miedo de penetrar en la región inexplorada de su propio interior y temen a los impulsos primitivos que se agazapan en sus escondrijos. Pero ese temor tiene su origen en la ignorancia, ya que no hay nada forzosamente malo en el inconsciente. Aun los impulsos primitivos, una vez comprendidos y encauzados, pueden servirnos para hacer la vida más feliz.

La cuestión, entonces, es: ¿cómo recurre una persona a esa enorme reserva de energía encerrada dentro de sí? Debe crear actitudes y hábitos, esto es, modos de pensar y obrar, que desatasquen y ahonden los canales de comunicación entre la mente inconsciente y la consciente, para que pueda fluir aquella energía.

¿Qué actitudes y hábitos? Tienen un eco familiar para todos, ya que desde hace muchos siglos la religión los descubrió y desarrolló en el alma del hombre.

Primero: *Confiar y creer en la energía oculta del propio interior.* Un siquiatra diría tal vez: "Hay que tener fe en el inconsciente". Un sacerdote podría decir: "Tener fe en Dios". Personalmente, no creo que choquen ambos conceptos y hasta es probable que representen la misma idea expresada con palabras distintas. Después de todo, fue el fundador del Cristianismo quien dijo: "El reino de Dios está en vosotros".

Luego: *Estar dispuestos a entregarse a ella.* Hay que renunciar a la idea de que somos omnipotentes, de que podemos manejar nuestra vida y resolver todos los problemas sin ayuda alguna. El consejo "Cese en su empeño", dirigido al que lo ha intentado todo, es una invitación a abandonar toda resistencia y a dejar que las fuerzas más profundas de la mente tomen la dirección. Cuanto más completa sea la entrega, más notables serán los resultados.

Hace algunos años estudiaba yo las curaciones producidas en Lurdes y advertí que las personas curadas (se registraban curaciones comprobadas por los médicos) habían llegado al término mismo de sus recursos físicos, emotivos y espirituales. Después de hacer cuanto podían, y de agotar los recursos de la ciencia médica, no les había quedado más que una entrega total a la fuerza curativa que residía en Dios o en su propio ser.

Sabemos que muy a menudo, para que se pueda curar a un alcohólico de su obsesión de beber, tiene éste que llegar al agotamiento de la voluntad, renunciar a la lucha, cesar en su empeño de dominar el vicio. Es preciso aniquilar la ilusión de autonomía de la personalidad, ese "orgullo del intelecto" como oí calificarlo a un viejo sacerdote, antes de que puedan entrar en acción las fuerzas curativas del inconsciente.

El tercer consejo que suelo dar a los pacientes (cuando me parece que hay probabilidades de que lo acepten) es quizá el más eficaz de todos: *Ensaye la oración*. En la plegaria, cualquiera sea la religión a que se pertenezca, se acepta la noción de un Creador fuente de toda vida, al que puede acudir el hombre con humildad y confianza. También en esto es indispensable la entrega: "Hágase Tu voluntad, no la mía". Cuando reina tal estado de ánimo, los resultados pueden ser asombrosos. Sea que prefiramos considerarla como un llamamiento a las fuerzas del inconsciente o como una comunicación directa con Dios, la oración es un cauce por el cual puede fluir una gran corriente de energía.

A veces cuento a quienes vienen a mi consultorio el caso de una amiga que tuve años atrás, la Tía Jo. En su juventud había quedado sepultada entre los escombros de su casa durante un huracán y, como consecuencia, quedó lisiada de ambas piernas. Durante el resto de su vida tuvo que andar con muletas, mas a pesar de ello, crió tres hijos e hizo siempre todas sus tareas domésticas.

—Cada noche pido a Dios que me dé fuerzas para el día siguiente —me dijo una vez— y por la mañana vuelvo a rezar para agradecer a Dios el hogar, el marido y los hijos que me ha dado.

Se necesitaba indudablemente una voluntad y un valor inmensos para no dejarse abatir en circunstancias tales, pero la Tía Jo sabía cómo reunir las fuerzas para ello: por medio de la plegaria.

El cuarto método para despertar el poder del inconsciente es: *"Aprender el secreto del ocio creador"*. El diván del sicoanalista se ha convertido en tema de incontables chistes, pero se funda en un principio muy sólido. Es el de que para llegar al inconsciente, debe reducirse la tensión al mínimo.

Creo que todos deberían destinar cada día unos momentos a este reposo fecundo, tomar medidas para no ser molestados, dejar a un lado las preocupaciones y entregarse a las fuerzas creadoras del inconsciente. Lo mejor es acostarse, o al menos sentarse en un sillón, cerrar los ojos para evitar posibles distracciones, y dejar vagar la mente.

Ese período de reposo restaura en un grado increíble las energías, si se guarda durante el día, y es un gran calmante antes de dormirse. Quien tenga problemas puede dejarlos en manos del inconsciente, para que trabaje durante el sueño en resolverlos. No hay duda de que lo hará, pues está lleno de sabiduría, de todos los conocimientos que la mente

ha volcado en él a lo largo de los años, de todas las cosas aprendidas y "olvidadas". El inconsciente no está sujeto a las limitaciones del tiempo y jamás olvida.

Hay todavía un quinto método de invocar el poder del inconsciente y es *emplear la autosugestión*. En ocasiones se exagera el valor de ésta. El simple hecho de afirmar que no existen problemas, por ejemplo, no basta para hacerlos desaparecer. No obstante, también es cierto que la disposición íntima tiene más importancia que las circunstancias exteriores. Y no cabe duda que, si se mira el lado bueno de las cosas en lugar del malo, se fortificará la mente y el corazón y de ese modo disminuirá la influencia de la tensión que paraliza las fuerzas creadoras del inconsciente.

Conocí a un agente de ventas, de naturaleza tímida, que había encontrado un truco de autosugestión que le daba resultados maravillosos. Cuando iba a hablar con un posible cliente, escuchaba con todo cuidado el ritmo de su propia respiración e imaginaba que al espirar arrojaba sus pensamientos negativos y al aspirar absorbía pensamientos positivos.

—Estoy expulsando timidez —se decía— y aspirando confianza. Estoy expulsando debilidad y aspirando firmeza. Estoy expulsando el fracaso y aspirando el éxito.

Desde luego, lo que respiraba era sencillamente aire. Pero su inconsciente recibía esas señales de su mente consciente, las interpretaba al pie de la letra y le enviaba en respuesta las cualidades que necesitaba.

Todo médico ha visto casos en que un enfermo desahuciado reacciona milagrosamente porque su familia le necesita y él se hace la firme resolución de no morir. Esto lo resume también la Biblia con incomparable brevedad: "Tal como un hombre piensa en su corazón (no en su mente consciente, adviértase, sino en su *corazón*), así es".

Ha de recordarse, pues, que cada uno de nosotros tiene en su inconsciente valor y fuerza superiores a cuanto pueda imaginarse. A veces no utilizamos esta fuerza por ignorar que está allí. Otras nos hacemos la ilusión de que no la necesitamos. Y otras le cerramos el paso con la angustia, el temor o el sentimiento de culpa. Pero está allí, sin la menor duda.

Evidentemente, mal habría de servir el consejo de "cesar en el empeño" a quien sólo ha hecho un esfuerzo a medias para ayudarse a sí mismo o no lo ha intentado siquiera. Sin embargo, cuando después de un esfuerzo consciente, sincero y resuelto no se ha tenido éxito, lo mejor es suspender la lucha y dejar que las grandes fuerzas creadoras del universo intervengan con su ayuda.

"Después de haber hecho todo, detente", aconsejaba San Pablo. Es decir, detenerse con serenidad. Aflojar la mente y los nervios, y esperar. Aceptar la ayuda que llegará del reino misterioso que los siquiatras llamamos el inconsciente y que San Pablo llamaba Dios.

El hombre de la toga de mármol

Pocos fueron los que le llamaron por su nombre de pila, pero tiene ganado el corazón de todos sus compatriotas.



POR MARSHALL FISHWICK

Condensado de "Saturday Review"

LA SEVERA faz de alabastro de Jorge Washington nos mira desde monumentos, cuadros, monedas y sellos postales. Por todos los ámbitos de su patria hay ciudades con su nombre. Los lechos en que durmió se tienen por reliquias históricas, las piedras que pisó son sagradas, las batallas que perdió constituyen otras tantas victorias. Pero, ¿quién entre sus compatriotas le profesa verdadero amor? Jorge Washington es el "hombre de la toga de mármol".

Pueden tomar nota los que en nuestros días preconizan el culto de la actitud eufórica. Aquel a quien se mira como Padre de su Patria carecía de la sonrisa fácil y la frase ingeniosa que hoy se nos recomienda cultivar. Guardaba las distancias, y pocos fueron los que le llamaron por su nombre de pila. Los que llegan ahora hasta su tumba lo hacen, no tanto para rendir homenaje a un hombre, como para visitar un santuario. Su cuerpo podrá estar en

Mount Vernon, pero su espíritu nos mira desde lo alto del Olimpo.

Todo esto nos parece más increíble aún cuando reconstruimos los detalles que conocemos de lo que fue Washington en vida. El fuego, la vehemencia y la pasión alentaban en él en abundancia. Era el soldado que reclamaba noticias "sin demora, porque", decía, "me consumo de impaciencia"; el que renegaba de sus tropas cuando las veía huir "como salvajes osos montañeses". Era a la vez el joven petimetre que en cierta ocasión bailó durante tres horas sin darse punto de reposo y el muchacho campesino que hablando de asnos contaba chascarrillos propios sin duda de Rabelais. Corría por las venas de Washington una sangre más ardiente de lo que imaginan las damas de la patricia sociedad que se constituyó en celosa guardiana de su memoria.

Y sin embargo, ya durante su vida había quienes le calificaban de "semidiós". En 1800, un agricultor alemán de Pensilvania escribió un artículo titulado *La llegada de Washington al empíreo,* en que pintaba al héroe discurriendo por el cielo y conversando con Marco Junio Bruto, Alejandro Magno y Cristóbal Colón. Cuando el diplomático ruso Pablo Svinin visitó los Estados Unidos pocos años después, escribió en su diario: "Todo norteamericano considera deber sagrado tener un retrato de Washington en su casa, tal como nosotros tenemos imágenes de los santos".

La adoración a Washington se extendió fácilmente más allá de los mares. Las traducciones de su Discurso de Despedida corrieron por todos los países. En Francia, Napoleón Bonaparte dispuso que se guardaran 10 días de luto nacional cuando Washington murió. La leyenda del modesto hacendado de Mount Vernon lo había convertido en figura de relieve mundial.

Muchos factores históricos contribuyen a explicar este fenómeno. Washington era hombre apto, aristocrático, imponente; tenía el aspecto mismo de la grandeza. Vivió en una época y participó en acontecimientos que suscitaban en el hombre heroicas virtudes. Su increíble paciencia y su tenacidad inquebrantable personificaron la grande y difícil tarea que tocó a las colonias desempeñar. Se negó a usurpar el poder militar o el político. Cuando pasaron los tiempos que habían puesto a prueba el alma de los hombres, volvió al trabajo de la madre tierra.

La natural reserva de Washington ha contribuido a salvaguardar su fama, pero ha empequeñecido a la vez su aspecto cálido y humano. Recuérdese cuando en 1783 recibió en Newburgh (Nueva York) el fogoso documento de protesta de sus oficiales, que se sentían tratados desconsideradamente por el Congreso.

—Caballeros —les dijo— me permitiréis que me ponga las gafas,

MARSHALL FISHWICK, profesor de Estudios Norteamericanos de la Universidad Washington and Lee, de Lexington (Virginia), es autor de *American Heroes: Myth and Reality.*

porque no sólo he echado canas, sino que también he perdido la vista casi por completo, al servicio de mi país.

Después de esta sencilla observación ni uno solo de ellos se creyó con derecho a quejarse.

O bien piénsese en las indicaciones dadas por el nieto adoptivo de Washington a un visitante llegado a Mount Vernon:

—Encontrará usted por ahí, cabalgando a solas, un anciano de traje rústico y sombrero blanco de ala ancha, con una varita de nogal en la mano y un quitasol de mango largo sujeto al arzón de su montura. Es el general Washington.

Jorge Washington conquistó por su propio esfuerzo el título de Padre de su Patria. Pero él no se revistió de la toga. De esto se encargaron no pocos hombres que le admiraron pero que nunca le habrían llamado Jorge. La historia, la biografía, la oratoria, el periodismo, la poesía, la novela y las bellas artes contribuyeron a ello.

En cambio, no es posible atribuir a fuente alguna en particular otras ideas sobre Washington, como la de que era hombre solitario, sin verdaderos amigos, incapaz de sonreír, oprimido por el peso de sus responsabilidades; o la de que siempre ocultó un profundo y no correspondido amor por cierta altiva beldad colonial.

Más complicadas son las consejas que se refieren a las veces en que Washington escapó por milagro a algún peligro. Así la del cacique indio que durante una derrota infligida a los ingleses, entre los que Washington militaba entonces, se vuelve a sus hombres y les dice:

—Fíjense bien en aquel guerrero alto y valeroso. No es de la tribu de las casacas rojas. Tiene la sabiduría de un indio y sus guerreros luchan como nosotros. Sólo él se expone al fuego. ¡Pronto! ¡Apunten bien a él y caerá con certeza!

Mas ninguna bala india le alcanza y el jefe indio concluye:

—Es inútil. El Gran Espíritu protege a ese hombre y guía su vida.

En todos los cuentos divulgados sobre él, Washington personifica los rasgos que más admiraba la joven nación: la virtud, el idealismo y el fervor religioso. Sus flaquezas se desvanecen cuando se considera su norma fundamental: estaba dispuesto a arriesgar su fortuna y su vida misma por los elevados principios que sustentaba y a asumir sin vacilar cualquier misión que otros no pudiesen cumplir.

"Mucho más atrayente para un espíritu incorrupto —escribía Washington a un amigo, en 1788— es la tarea de mejorar la tierra que todas las glorias que puedan conquistarse asolándola". El Sur norteamericano, sobre todo, se sentía orgulloso de este aristócrata de Virginia, que llegó a ser el modelo de la clase terrateniente de la época anterior a la guerra civil. Hasta los republicanos, opuestos a los principios federalistas, estaban de acuerdo con las ideas agrarias de Washington. Tomás Jefferson fue adversario suyo, pero nunca dejó de respetarle, y en 1814

escribió: "Washington fue en verdad y en todo sentido un gran hombre, bondadoso y prudente".

En tanto decolórase el paño azul del uniforme, el blanco mármol permanece. En uno de sus más joviales momentos, Nathaniel Hawthorne pregunta si puede concebirse que alguien haya visto a Washington desnudo, y concluye: "No tenía desnudez alguna pues nació ya vestido, tocado con empolvada peluca, y al hacer su primera aparición en el mundo, ejecutó una ceremoniosa reverencia".

Quienes cortejan la popularidad o la fortuna tienen mucho que aprender del hombre de la toga de mármol. No es doblegándonos ante todos los deseos y los caprichos como conquistamos amigos sinceros, ni uniéndonos a toda causa popular como alcanzamos la grandeza. Hay momentos en que está bien sonreír, en otros hemos de mostrarnos ceñudos; confundir unos con otros constituye una demostración de cobardía. Washington carecía de muchas de las dotes que poseen algunos dirigentes de cámaras de comercio y de grandes empresas. Pero lo que nunca le faltó, ni siquiera en el error y en la derrota, fue integridad. Nunca indagó sobre el camino señalado por el oportunismo. Por eso llegó a ser el Padre de su Patria.



El abate Georges Lemaître: "No creo que jamás fuese la intención de Dios revelarle al hombre lo que éste podría averiguar por sí mismo". *Newsweek*

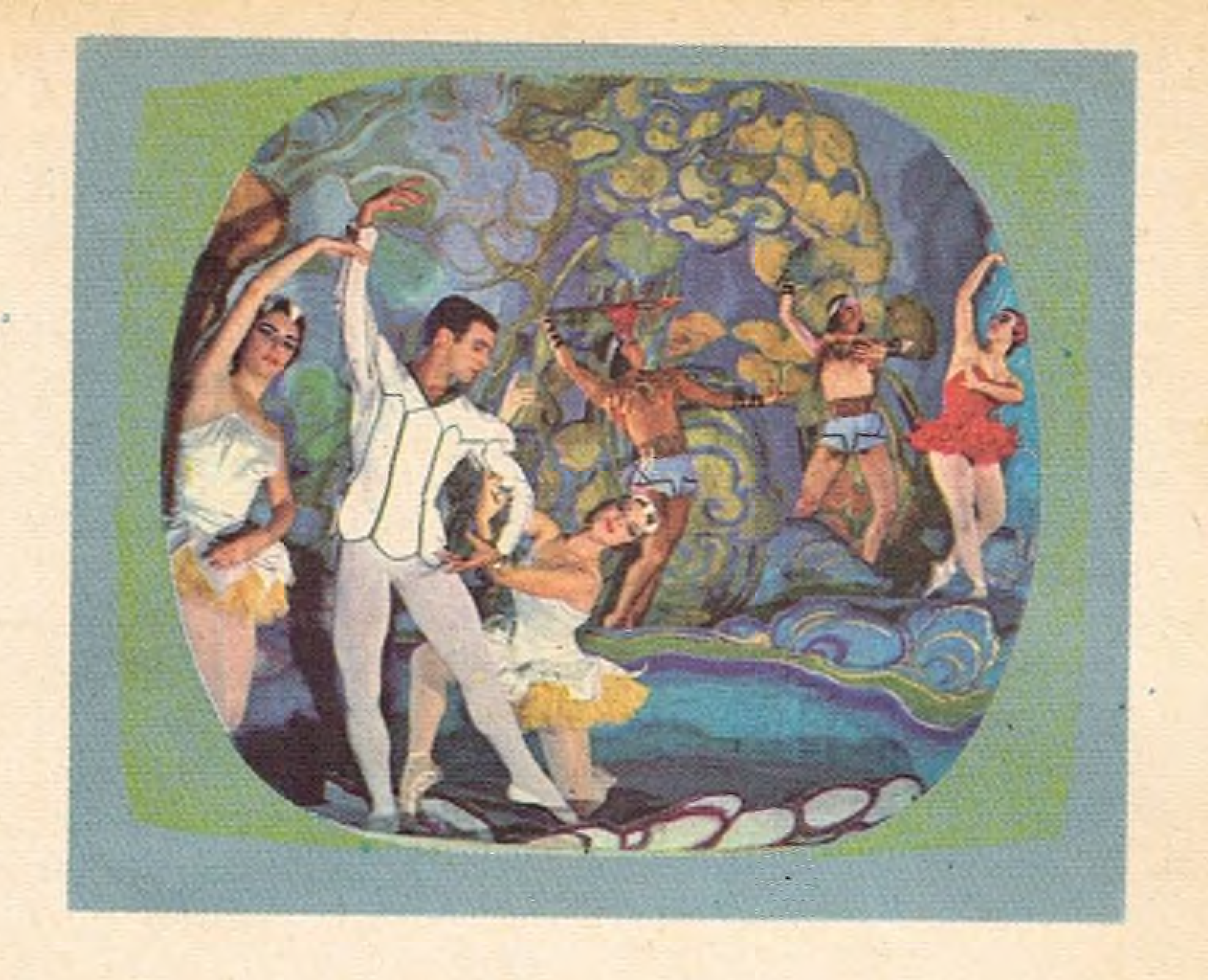
Exploradores intrépidos

PARA HACER propaganda a un libro nuevo, la casa editora Crown puso el siguiente anuncio en el diario *Herald Tribune* de Nueva York:

"Se necesitan cien hombres de espíritu aventurero y seis mujeres para remontar en canoa el río Misurí y seguir por tierra hasta el Colombia, con el propósito de establecer una factoría para comerciar con los indios salvajes. Sólo se aceptará a aquellos de corazón bien puesto".

Entre 65 respuestas recibidas contábase la de una dama que, después de describir sus aptitudes, agregaba: "Lo único que me hace dudar es que no alcanzo a comprender por qué solicitan seis mujeres para acompañar a cien hombres. Lo primero que pensé era que las necesitarían como cocineras. Lo segundo y lo tercero que se me ha ocurrido es lo que me impulsa a contestarles".

— Maurice Dobler en el Suplemento Literario del *Herald Tribune* de Nueva York



Progreso de la televisión en colores

POR DON WHARTON *Condensado de "Television Age"*

Durante años fue únicamente una promesa; mas pronto la televisión en colores puede convertirse en brillante realidad.

EL PRODIGIO de la televisión en colores ya ha invadido definitivamente los hogares norteamericanos. De la fábrica de la Radio Corporation of America, en Bloomington (Indiana), salen trenes enteros cargados de televisores para recepción en colores, prueba tangible de que la larga campaña a favor del color ha sido al fin ganada.

Apenas hace dos años, la RCA era poco menos que la única compañía dedicada a la fabricación de televisores para recepción en colores, y el éxito de la empresa parecía un tanto dudoso. Mas el horizonte se despejó cuando la Zenith, el principal productor de televisores en blanco y negro, dio comienzo a la fabricación de telerreceptores en color.

En la actualidad hay más de 12 marcas de este tipo de televisores en el mercado.

Simultáneamente, se ha observado un aumento considerable en el número de programas de vídeo trasmitidos en colores. En 1959, los programas de la National Broadcasting Co., la única teledifusora que por ese entonces trasmitía en colores, llenaron un total de 715 horas: menos de dos horas por día. En 1962, el 68 por ciento de los programas vespertinos de la NBC se difundieron en colores. La American Broadcasting Co. también dio comienzo a sus trasmisiones en el otoño del mismo año.

La televisión comercial en colores se inició en 1954, año en que la RCA lanzó al mercado receptores con iconoscopio de 38 cm., a un precio de 1000 dólares cada uno. Pero el volumen de ventas resultó muy bajo y la mayor parte de los fabricantes se retiraron del mercado. Si no hubiera sido por la RCA, la televisión en colores hubiera muerto en poco tiempo.

El que la RCA haya persistido en la empresa se debe a David Sarnoff, uno de los precursores de la telegrafía sin hilos, y hombre dotado de imaginación y tenacidad poco comunes. Ya en 1915, Sarnoff abogaba por que se perfeccionara y se lanzara al mercado una "radio-caja de música" para el hogar. Apenas ocho años más tarde, trabajando ya en la entonces recién fundada RCA, Sarnoff afirmaba que la televisión llegaría a su debido tiempo . . . y esto lo decía en 1923, cuando las radios funcionaban todavía con baterías de pilas. En 1930, a la edad de 39 años, fue nombrado presidente de la RCA, e inmediatamente embarcó a la compañía en un programa de estudios sobre televisión que habría de costar 50 millones de dólares. Ese mismo año previó que el vídeo llegaría a perfeccionarse "hasta el punto de que los colores se trasmitirían, al igual que las sombras, con absoluta fidelidad".

Al preguntársele recientemente por qué había tenido tanta fe en la televisión en colores, Sarnoff contestó: "¿Qué es una rosa en blanco y negro? ¿Qué sería de este mundo sin los colores, sin las nubes, el cielo y el arco iris? El color no es un mero aditamento. El color es una dimensión en sí".

Sarnoff batalló incansablemente. Antes de que se vendiera el primer televisor en colores, ya la RCA había empleado 25 millones en investigaciones encaminadas al perfeccionamiento de la televisión de ese tipo. Hacia 1955, los gastos habían subido ya a 50 millones. Aunque el vídeo en colores no logró despertar el entusiasmo esperado, Sarnoff invirtió aún más dinero en costear nuevos programas en colores de su subsidiaria, la National Broadcasting Company; en adiestrar más personal de servicio; en mejorar las cámaras televisoras para color; en perfeccionar aún más el iconoscopio de los receptores para obtener de éstos colores más brillantes y mayor contraste. Pese a las objeciones de algu-

nos accionistas y consejeros en finanzas, la campaña continuó año tras año.

Finalmente, en 1959, después que la compañía había gastado 130 millones de dólares, se logró pasar el punto crítico. En 1960 Sarnoff informó que las ganancias por ventas de televisores en colores llegaban a un millón de dólares. En 1961 las ventas aumentaron en un 51 por ciento, y se informó a los accionistas que "al parecer la inversión en el vídeo en color era una de las más acertadas que jamás hubiera hecho la compañía". (La RCA fabrica los iconoscopios para toda la industria.)

La primera pregunta que formula la mayoría de las personas sobre la televisión en colores es: "¿Qué calidad tiene el color?" Éste varía de uno a otro programa. En algunos es sintético y deslumbrante; en otros es magnífico. El color realza la mayoría de los programas, aunque difícilmente logrará que le agrade a uno el programa que le disgusta en blanco y negro... lo mismo que sucede con el cine.

Pero dudo que quien haya visto en colores un programa norteamericano titulado *El nacimiento de Jesucristo* lo olvide nunca. Este programa, compuesto de famosas obras de arte existentes en los museos de todo el mundo, se difundió primero en 1960. Cuando se retrasmitió en 1961, los críticos declararon que visto por segunda vez resultaba más impresionante aún. Luego, en 1962, se presentó la continuación: *El Señor ha resucitado:* una obra maestra de inolvidable fuerza y belleza.

En 1961, la televisión en colores llegó a un nuevo punto culminante al presentar un programa de una hora sobre la vida y las obras de Vincent van Gogh. Jack Gould, crítico de vídeo del *Times* de Nueva York, declaró: "Hasta para los que ya eran aficionados a la televisión en colores, la conjunción del genial holandés y de la edad de la electrónica equivalió a abrir nuevos caminos hacia posibles perspectivas culturales del futuro".

¿Qué nos aguarda más allá del horizonte? Es seguro que se introducirán mejoras en los aparatos de vídeo en colores. Los ingenieros de televisión aspiran a perfeccionar controles para el color, que serán casi automáticos, pero lo más importante es que quisieran crear un iconoscopio más sencillo. El actual es muy largo y exige aparatos grandes. Un iconoscopio más sencillo y de menores dimensiones permitiría hacer receptores más pequeños, traería economías en la fabricación y reduciría los precios. Pero de momento no parece que hayan de operarse cambios fundamentales, aunque la producción en gran escala, de por sí, quizás diese por resultado razonables rebajas en los precios.

El propósito de la vida no es ser felices sino valer para algo. —L. R.

¿Cómo evitarle a mi marido un ataque al corazón?

Si la esposa es sensata, tratará de crear un ambiente agradable y acogedor en la casa y procurará disminuir los motivos de tensión nerviosa. Tal se desprende de esta interesante entrevista con el Dr. Sobol, eminente cardiólogo, en la que también ofrece sus puntos de vista respecto a los reconocimientos médicos, las vacaciones, el ejercicio y la alimentación.

POR JEAN LIBMAN BLOCK



P. Dr. Sobol, he leído que el índice de mortalidad por afecciones de las coronarias adquiere proporciones alarmantes entre los varones mayores de 35 años. ¿Qué puedo hacer yo, como esposa, para evitar a mi marido un ataque al corazón?

R. Lo primero que toda mujer casada puede hacer es decirle al marido: "Creo que debemos someternos a un reconocimiento médico todos los años". Los hombres sienten profunda aversión hacia tales reconocimientos y los van aplazando indefinidamente. Pero si usted le dice *debemos* en vez de *debes*, es más probable que se decida a dejarse examinar.

P. ¿Y quién debe practicar ese reconocimiento?

R. El propio médico de la familia, si es buen médico internista y dispone de los medios necesarios para hacer un electrocardiograma, un recuento de glóbulos sanguíneos, y determinar el índice de colesterol. Si necesita análisis especiales, él recomendará algún otro colega.

P. ¿Cuál es el objeto del reconocimiento? ¿Descubrir algún trastorno en el organismo?

R. Sólo en parte. El reconoci-

miento fija una norma para cada individuo. Si éste sufre después un ataque, y existen dudas de que sea cardiaco o una simple indigestión, el médico puede comparar el electrocardiograma que entonces haga con el anterior y ver si ha ocurrido algún cambio significativo.

P. ¿Qué más puedo hacer?

R. Pues, sencillamente, tratar de vivir con arreglo a los recursos de su marido. Y en esto también procure decir: *nosotros*, y no *yo*: "No *vamos* a gastar lo que tenemos sólo por estar a la altura de Fulanito". "No *nos vamos* a consumir de despecho por no poder hacer el viaje, o disfrutar de los lujos de los Mengano". Todo ello ocasiona cierto grado de tensión nerviosa. Y en determinadas condiciones, esa tensión espesa la sangre. En una persona que haya sufrido ya cierta constricción de los vasos sanguíneos, puede formarse un coágulo que llegue a provocar un ataque cardiaco.

P. Pero, doctor, sin tal tensión, ¿qué otra cosa seríamos si no una especie de vegetales insensibles?

R. Un poco de tensión puede ser beneficioso; y claro, lo que para unos supone tensión para otros es sólo motivo de estímulo. Pero en la vida de la mayor parte de los mortales ya existen bastantes preocupaciones, tanto de orden familiar como de trabajo, y frustraciones de todo género. Muchos se creen incapaces de soportar más tensión, y la esposa prudente debe tratar de proteger a su marido contra nuevos motivos que la provoquen.

P. Bueno, ¿y por dónde convendría empezar?

R. Yo recomiendo siempre a las señoras que comiencen por eliminar la frenética agitación que se produce en el hogar en las horas de la tarde. Cuando el hombre vuelve de su trabajo, lo que le hace falta es un poco de comodidad, de paz y de comprensión. En demasiadas ocasiones le aguarda todo lo contrario. La mujer se ha pasado el día entero acumulando motivos de enojo con que recibirlo. Si hay niños pequeños, éstos rabian de hambre o arman gresca. Si son mayores, a menudo caen sobre él para exponer agravios o peticiones.

La señora debe modificar el horario doméstico y alimentar más temprano a los chiquillos, o apaciguarlos con leche y galletas. Puede convenir con los mayores en dejar los problemas para después de comer, lo cual le permitirá sentarse un rato en paz con su marido, tomar un aperitivo con él, si así acostumbran hacerlo, y darle oportunidad de reponerse un poco de las contrariedades del día. Si usted consigue crear en casa ese ambiente de tranquilidad, habrá adelantado mucho.

P. ¿Y qué me dice usted del régimen alimenticio?

R. El exceso de peso es perjudicial para el varón, y la mujer, por tanto, debe abstenerse de fomentarlo con platos que lo hagan engordar. Muchas mujeres se desviven por preparar comidas opíparas, y luego, si el marido no devora hasta el último bocado, se enfurecen, ¡Te-

rrible error! Las señoras deben reservarse las suculencias gastronómicas para los días que tengan invitados.

P. Sí, doctor; pero suponga usted que el médico dictamine que mi marido debe bajar de peso y que él se empeñe en seguir comiendo a su gusto. ¿Debo *obligarlo* a seguir un régimen?

R. No, señora: no lo debe *obligar* a nada. A ningún varón le agrada que lo limiten o intimiden. Si la mujer lo obliga, la tensión resultante anulará todo el bien que pueda hacerle la dieta impuesta. En vez de disputar en la mesa sobre si su marido debe comerse o dejar el gordo del asado, adelántese usted y suprímalo en la propia cocina. Ingéniese usted en guisar sin grasas para que su marido pueda comer cuanto le ponga delante.

P. ¿Lo que usted recomienda, entonces, es que suprima toda grasa en la comida?

R. De ninguna manera. Lo que hago es indicarle cómo arreglárselas en el caso de que el médico prescriba ese régimen alimenticio. No suprima toda la grasa, ni deje de servir huevos porque haya usted leído acerca del colesterol, o porque haya oído decir que cierto médico prescribió una dieta de ese género a alguno de sus pacientes. Consulte a su propio médico y haga lo que él le diga.

P. Cuando las cosas se pongan un poco difíciles en casa, ¿recomienda usted tomarnos unas vacaciones?

R. Sí, señora; siempre que se trate de unas vacaciones adecuadas. Esas grandiosas vacaciones largamente planeadas resultan a veces una equivocación. Los preparativos nos aniquilan desde antes de partir. Nos gastamos un dineral y después, a fin de resarcirnos, pasamos una temporada de ansiedad y preocupación. Así no se previenen los ataques cardiacos. En mi sentir, unas vacaciones improvisadas y breves son las más beneficiosas. Que marido y mujer se pongan en camino sin mucho pensarlo y se olviden del mundo. A los dos días se sentirán mucho mejor.

P. ¿Y qué opina usted del ejercicio físico?

R. El ejercicio es excelente; sobre todo, si se trata de un ejercicio que al interesado le guste. El caminar es uno de los mejores. Pero no obligue a su marido a jugar al tenis si no le agrada. Eso es lo que ocasiona la tensión nerviosa.

P. Usted habla mucho de la tensión del marido; ¿no tiene nada que decir de la tensión que sufre la esposa?

R. Suelo recomendar a las señoras que se alejen de su prole y de su casa por un día entero cada semana. Les aconsejo que busquen alguien capaz de sustituirlas; o quizás puedan llegar a un acuerdo con sus vecinas o amigas para ayudarse mutuamente en las tareas domésticas. Tal día el ama de casa debe disfrutar de completa libertad para hacer lo que quiera. Ese asueto periódico es de la mayor importancia; porque cuando la mujer es un manojo de

nervios, es natural que el marido, al volver de su trabajo, también se ponga nervioso.

P. Cuando un hombre ha tenido ya un ataque al corazón, ¿qué puede hacer su mujer para evitar que le repita?

R. En ese supuesto cobra mayor importancia cuanto llevo dicho sobre la moderación en el comer, la vida social, las actividades y la tensión nerviosa. En tales casos, procuro hablar con el marido y la mujer al mismo tiempo. Les explico a ambos el plan médico y me esfuerzo por que ambos comprendan bien mis instrucciones sobre la dieta. De esa manera, el marido no puede restar importancia a los consejos que se le dan ni "olvidarse" de comunicárselos a su mujer. Y ella no habrá de inquietarse si él le dice: "No puedo comer de eso".

Es de la mayor importancia que una mujer se dé cabal cuenta de lo ocurrido a su esposo, de cuán amenazado y atemorizado se siente éste. He hablado con muchos hombres enfermos, internados en el hospital, y lo primero que les preocupa es haber perdido la virilidad. Y no hay tal cosa. Tampoco la esposa tiene por qué alarmarse sobre este punto. Una vez que el corazón sane y se haya formado una cicatriz sólida, todo varón debe reanudar su existencia ordinaria: jugar al golf, trabajar en el jardín, hacer vida social y tener relaciones íntimas con su esposa.

Hay que tener en cuenta que está aumentando también la frecuencia de las enfermedades de las coronarias en las mujeres. Afortunadamente, las medidas preventivas que he recomendado para su marido son igualmente beneficiosas para usted. Toda mujer de temple sereno y optimista y capaz de gobernar su hogar sin importunar ni mortificar a su marido, contribuirá positivamente a prolongar su propia vida y la de su cónyuge y a hacer la una y la otra más dichosas

Hay que ser práctico

VISITABA la granja de un primo, cuando un vecino llegó con la noticia de que uno de los hacendados de la comarca acababa de suicidarse de un tiro. La impresionante nueva produjo un profundo silencio, que al cabo de un rato rompió un viejo empleado de mi primo con esta reflexión: "No me explico por qué el viejo Pedro quiso quitarse la vida . . . si ya tenía cortada toda la leña para el invierno".—E. A. L.

EN UN día de otoño, bastante más frío de lo acostumbrado para la época, una anciana de mi pueblo regresó de un paseo en auto elogiando la belleza del colorido de las hojas, etcétera. Se quejaba, sin embargo, de que casi se había muerto de frío. Desgraciadamente, "aún no era época de encender la calefacción del automóvil . " —D. R. G

Lo que los animales nos enseñan

Nuevos estudios científicos revelan que muchos rasgos "humanos" se encuentran también en el reino animal y demuestran la unidad fundamental de la vida terrestre

Por Max Eastman

En los últimos años los biólogos han descubierto que el hombre tiene mucho en común con los animales que con él comparten la Tierra; y es mucho lo que podemos aprender sobre nuestros propios orígenes, nuestros instintos y aun nuestras instituciones socia-



les observando la vida de nuestros vecinos irracionales.

Algunos de los móviles que anteriormente se consideraban típicamente humanos, tales como la tendencia a formar sociedades, el deseo de poseer bienes y posición social, el amor al hogar, y la nostalgia, se ha encontrado que son comunes a casi todos los vertebrados. Estas averiguaciones han barrido tantas ideas viejas que, al decir de Robert Ardrey en su libro *Génesis africana*, "han revolucionado las ciencias naturales".

Uno de los primeros pasos hacia esta rectificación de ideas (o una anticipación de ella, si se quiere) fue un libro del ornitólogo inglés Eliot Howard. Hasta ese momento todo el mundo aceptaba el supuesto de Carlos Darwin de que los machos de las aves se pelean por las hembras. Howard hizo observar que lo que se disputan realmente son derechos territoriales. Los machos de las especies migratorias preceden a las hembras en su vuelo al norte, y cada uno toma posesión de un terreno que en adelante diputará por suyo, y que deslinda con trinos y defiende con ardorosa beligerancia. Después llegan las hembras y, si la propiedad está bien resguardada, al macho no le cuesta ningún trabajo conseguir una novia distinguida. Poco es lo que tiene que luchar por ella.

Las aves delimitan sus territorios con gorjeos, mientras que la mayoría de los mamíferos (que se guían más por el olfato que por el oído) demarcan los suyos depositando un tufo característico en los lindes de sus dominios. Los leones y los tigres impregnan la tierra con su orina, pero hay otros animales que tienen una glándula especialmente destinada a cumplir esta función. En los venados y algunos antílopes, esta glándula está situada en la frente encima de los ojos y contiene una sustancia oleosa de fuerte olor. Al restregarla contra las ramas, depositan en todos los alrededores de su morada la señal de propiedad.

Los animales salvajes en cautiverio demarcan la jaula o el espacio en que están encerrados; así ese recinto se convierte en su aposento, y con frecuencia les preocupa más prohibirle la entrada a un extraño que escapar ellos mismos. Vi este caso en el parque zoológico de Zurich, en Suiza. Su director, el Dr. Heine Hediger, me condujo a la jaula de un pequeño lemur que, al acercarnos nosotros, corrió veloz a nuestro encuentro, trepó por la reja y depositó su huella en un barrote precisamente enfrente del sitio donde nos habíamos detenido. Difícilmente habría encontrado una manera más explícita para decirnos "¿No ven ustedes que ésta es propiedad privada?" Y habiéndolo dicho, se retiró a una alta percha desde donde nos lanzó tal mirada de feliz propietario que nos hizo reír.

"En el bosque", me contaba el Dr. Hediger, "se encuentran viviendas muy completas. Carecen de techos y paredes pero tienen una

distribución igual a las nuestras: comedor, alcoba, cuarto para los niños y terrazas para tomar el sol. Si no hay en la vecindad un baño público, cada vivienda tiene su cuarto de baño, porque en punto a limpieza y aseo personal casi no existe un animal silvestre que no sea más refinado que el hombre".

Las personas que dan mucha importancia a la posesión de bienes suelen ser muy sensibles a la diferencia de clases. Lo mismo ocurre con la mayoría de los mamíferos y aun entre ciertas especies de peces. La jerarquía del gallinero, el llamado "derecho de picoteo", existe también entre ciertos pececillos rojos llamados "cola de espada". En una pecera cada uno aprende a quién puede dominar y a quién debe obedecer. Una elevada posición social le otorga múltiples prerrogativas, acceso a los alimentos y a las hembras, y a un rincón tranquilo del acuario. Este rincón lo defiende a capa y espada. Un experimento descrito por Robert Ardrey demuestra lo profundo que es este instinto: "Si se enfría el agua lentamente, llega un momento en que el macho pierde todo interés en la hembra, pero sigue luchando por conservar su rango".

Existe la creencia de que una manada de lobos constituye el ejemplo de mayor desorden e indisciplina que ofrece la Naturaleza. No hay tal. Los lobos practican un ceremonial social y tienen un sistema de clases, en comparación con el cual el nuestro parece labor de principiantes. Una revista científica necesitó 33 páginas para describir el significado de los ademanes y gestos simbólicos de una manada de lobos en el parque zoológico de Basilea. Están estrictamente determinadas la posición que deben asumir la cabeza y las orejas, la forma en que se eriza el pelo en ciertas partes del cuerpo, la manera de fruncir el entrecejo, la medida en que deben descubrir los colmillos y, sobre todo, la manera de llevar la cola.

Si una loba de baja categoría social se atreve a acercarse al Gran Jefe con la cola alzada, corre peligro de muerte. Su deber es llevarla como si la tuviera pegada al vientre. A una loba de la clase media le está permitido llevar la cola colgando cuando está en presencia del jefe, pero pobre de ella si por ignorancia o por delirios de grandeza se le ocurre alzarla por encima de la línea horizontal.

Los mandriles tienen un sentido de castas todavía más pronunciado. Fuera de la reproducción y la cría de los hijos, una de sus principales actividades consiste en acicalarse mutuamente. A una hembra adulta le está permitido despiojar al gran cacique utilizando para ello las dos manos, pero el macho sólo podrá hacerlo con una mano, aunque figure entre la aristocracia; y si pertenece a la clase humilde se limitará a usar un solo dedo. Los machos muy jóvenes sólo están autorizados para *contemplar* la piel de Su Majestad. En ningún sitio, fuera de la corte de un potentado oriental, es

tan estricto el cumplimiento de la etiqueta.

Si se observa a los mandriles en su propio ambiente, se da uno cuenta de la importancia que tienen estos modales. Los mandriles se cuentan entre los animales más indefensos porque siendo terrestres, no tienen garras. Esto lo compensan formándose en grupos cuando se enfrentan al enemigo. La reglamentación estricta y la minuciosa atención a la jerarquía, van más allá del esnobismo: son una expresión de disciplina militar.

El finado naturalista sudafricano, Eugène Marais, presenció un acto de heroísmo y sacrificio que a un hombre le habría valido un monumento. Un grupo de mandriles dormía en una cueva casi inaccesible, situada en un escarpado risco. Para llegar a ella había que pasar por un saliente de la roca, de unos 800 metros de largo y, en algunos tramos, apenas de 15 centímetros de ancho. Le maravillaba a Marais cómo aquel grupo recorría en perfecta formación el saliente en la oscuridad.

Una noche, al acercarse la banda a su cueva, apareció abajo, entre la espesura, un leopardo que se puso a escudriñar el terreno. Marais notó que dos de los mandriles se separaron del grupo y regresaron por el saliente, pero el leopardo, fija la mirada en el atemorizado grupo en que pensaba hacer una carnicería, no los vio. Los dos mandriles se lanzaron sobre él desde arriba. Uno le hincó los colmillos en el espinazo y el otro en el gaznate. El leopardo alcanzó con una dentellada al que tenía en la espalda y de un zarpazo destripó al que se le había colgado al cuello. ¡Demasiado tarde! Los afilados colmillos de los monitos le habían perforado la yugular. Los dos mandriles murieron, pero mataron al leopardo. La banda prosiguió su camino por el saliente hasta la cueva en el orden acostumbrado.

Tales observaciones nos llevan a la conclusión de que, tanto en nuestras buenas cualidades como en las malas, somos más animales de lo que creíamos. La idea de que todo trastorno nervioso o mental proviene de las preocupaciones sexuales, nos parece ahora más disparatada que cuando Freud la lanzó. Freud sostenía que el animal que llevamos dentro está en conflicto constante con las exigencias del medio social; mas ahora descubrimos que entre los animales las exigencias de la vida social suelen ser tan fuertes como el instinto de reproducción, y aun más.

Por otro lado, también nos parece un poco inocente la idea de que todo problema político tiene su origen en la institución "humana" de la propiedad privada, ahora que ya contamos con un concepto más equilibrado de la vida terrestre vista en conjunto. Aquella idea constituyó la base de todo el movimiento socialista. Pero no fue el hombre quien creó la institución de la propiedad privada. Su principio estuvo y sigue estando de manifiesto en-

tre casi todos los animales de desarrollo avanzado.

Regresamos, entonces, por medio de la investigación de nuestra ciencia occidental a lo que nos enseñó la sabiduría contemplativa del Oriente: al concepto de la vida terrestre como una sola unidad. Entre todos los seres vivientes existe una afinidad mayor de la que sospechábamos.

Mas hay un factor que sí nos distingue claramente del resto del reino animal, tanto fisiológicamente como en lo tocante a nuestra actitud hacia la vida. Es el cerebro enormemente desarrollado del hombre. Usémoslo con mayor diligencia, no sólo para inventar máquinas espaciales, sino también para lograr un mejor entendimiento de nuestra naturaleza.



La Universidad de Maryland ha comprobado que el caracol puede moverse a razón de siete centímetros por minuto, o sea a velocidad suficiente para ganarle a un niño de cuatro años que va camino de la cama.

— G. N. C.

El espíritu de las cosas

El escritor Johann Plesch cuenta que una vez fue a visitar al dramaturgo Ferenc Molnár cuando éste se estaba acostando. "Observé que al quitarse las chinelas antes de meterse en la cama, Molnár las colocaba cuidadosamente punta contra punta.

"—¿Para qué hace usted eso? —le pregunté.

"—Pues, verá usted —me explicó—. Si las pongo lado a lado, ambas mirando hacia adelante, parecen dos esposos que han reñido. Eso me deprime. Observe usted lo amistosas que se ven cara a cara. Así me alegran el corazón y puedo dormir más tranquilo". — Editores: Winyn

Estando la escritora Margarita Cullman de visita en la casa del pintor belga René Magritte, quiso examinar ciertas pinturas pequeñas que había colgadas. Una de ellas representaba una silla del siglo XIX, de madera clara con patas ligeramente curvas, ¡pero con una pequeña cola de león prendida por detrás!

Se quedó mirando fijamente el cuadro.

—Veo que usted también es aficionada a las sillas —dijo Magritte—. A mí me gustan mucho, pero a veces me parece que no son del todo felices. Por eso se me ha ocurrido ponerles colas. Los sillones tapizados no las necesitan: se bastan a sí mismos; pero las sillas de madera sí: ¡Cuánto más dichosa es su suerte con el consuelo y equilibrio que les proporciona ese apéndice!

— Editores: Norton



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

Las normas que en el lenguaje ha establecido el uso han de ser respetadas para que nos podamos entender. El exceso de libertad resulta tan negativo y perjudicial como la falta de disciplina en una organización cualquiera. ¿Puede concebirse una oficina, un hospital o un regimiento en que cada individuo obre a su capricho? También en el lenguaje tiene que haber orden y disciplina. Diga el lector cuál es el uso correcto (indicado a la vuelta) en el caso de las dicciones que siguen.



1) **alimaña** — A: arpía. B: animal dañino. C: alimento. D: aliño.

2) **club** — A: cerco. B: garrote. C: una asociación. D: maza.

3) **díscolo** — A: avieso. B: discordante. C: atrevido. D: dislocado.

4) **enigma** — A: acertijo. B: confusión. C: jerigonza. D: enredo.

5) **espurio** — A: espiritado. B: escamoso. C: bastardo. D: espumoso.

6) **esvástica** — A: cierta cruz. B: un mito. C: piedra preciosa. D: logia secreta.

7) **filme** — A: fallo. B: película de cine. C: amorío. D: ficha.

8) **gañán** — A: pillo. B: mendigo. C: gañido. D: mozo de labranza.

9) **hindú** — A: natural de Irán. B: de la India. C: de la China. D: del Tibet.

10) **idilio** — A: epigrama. B: coloquio amoroso. C: un enamorado. D; poema en celebración de una boda.

11) **lujuriante** — A: ostentoso. B: sensitivo. C: frondoso, lozano. D: sensual.

12) **mares (a)** — A: con amargura. B: abundantemente. C: de sobra. D: a toda brida.

13) **nostálgico** — A: que añora. B: que espera. C: que atañe. D: que alienta.

14) **ofuscar** — A: desordenar. B: suponer. C: confundir. D: ofender.

15) **postrer (o)** — A: que viene antes. B: fruta. C: dehesa. D: último.

16) **rápido** — A: rabioso. B: rapaz. C: cruel. D: rabión.

17) **sexenio** — A: en sexto lugar. B: de 60 años. C: período de seis años. D: sexta parte.

18) **tascar** — A: mascar. B: tañer. C: calafatear. D: impeler.

19) **trasgredir** — A: violar. B: ver a través. C: trasponer. D: atravesar.

20) **urdimbre** — A: tejedora. B: estambre entretejido. C: tejido. D: tela muy ancha.

Respuestas a

"Enriquezca su vocabulario"

(Véase la página anterior)

1) **alimaña** — B: animal perjudicial. "...descubre a la *alimaña* montaraz". (Juan Valera)

2) **club** — C: asociación política, social, deportiva, etcétera.

3) **díscolo** — A: avieso, indócil. "El juglar de *Las mocedades de Rodrigo* nos pintó un Cid *díscolo* con su rey". (Ramón Menéndez Pidal)

4) **enigma** — A: acertijo, cosa difícil de entender. "...y las flores, que ocultan *enigmas* de mujer". (Amado Nervo)

5) **espurio** — C: bastardo. (Del latín *spurius.*) Evítese la incorrección de decir *espúreo.*

6) **esvástica** — A: cruz gamada, o sea la que tiene cuatro brazos como la letra gama mayúscula del alfabeto griego. Es voz sánscrita. No se escriba *svástica* ni *svástika.*

7) **filme** — B: película de cine. Voz masculina de origen inglés, muy necesaria y sancionada ya.

8) **gañán** — D: mozo de labranza. "... aplica la ley de fuga al miserable *gañán* por el hurto de una gallina". (José Rubén Romero)

9) **hindú** — B: natural de la India. Es neologismo, pero sancionado ya.

10) **idilio** — B: coloquio amoroso. "Renovaremos nuestro muerto *idilio* / y será como un verso de Virgilio". (Juana de Ibarbourou)

11) **lujuriante** — C: frondoso, lozano. "...la selva de lujuriante vegetación..." (José M. Rivas Sacconi)

12) **mares (a)** — B: abundantemente. "...y sin querer llorar, lloraba *a mares*". (Núñez de Arce)

13) **nostálgico** — A: que añora. "...podría curarse el ánimo *nostálgico* yendo a vivir en rincones ignotos del propio país". (José Ingenieros)

14) **ofuscar** — C: confundir, turbar la vista. "El odio es un tósigo, *ofusca*, si no mata, a aquel a quien invade". (José Martí)

15) **postrer(o)** — D: último. "...su *postrera* y dolorosa peregrinación a Palestina". Lo corriente es apocopar sólo la forma masculina de este adjetivo, aunque también se ha dicho y escrito "la *postrer* palabra".

16) **rápido** — D: rabión, corriente impetuosa de un río en un paraje estrecho. "Al cruzar el *rápido* no hablen ni griten —nos recomendó". (Ventura García Calderón)

17) **sexenio** — C: período de seis años. "... la reconquista de posiciones perdidas durante el *sexenio* ibañista (del presidente Ibáñez de Chile)". (Carlos Santana)

18) **tascar** — A: mascar las bestias. "*Tascando* frenos áureos bajo las riendas frágiles". (José Asunción Silva)

19) **trasgredir** — A: violar o infringir una ley. Verbo defectivo que se usa sólo en las formas cuyas terminaciones tienen *i*, como *trasgredió, trasgredirá,* etcétera. En lugar de *trasgreda* se dirá *infrinja* o *viole.*

20) **urdimbre** — B: estambre entretejido. También dícese *urdiembre,* pero es voz menos usada.

Calificación

20 respuestas acertadas .... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular

¿ESTÁ FINLANDIA JUGANDO A LA RULETA RUSA?

Muchos observadores consideran que el discutido presidente de Finlandia, Urho Kekkonen, al ceder a las presiones rusas, está poniendo en peligro la libertad de su país.

POR IRWIN ROSS



"NO SE PREOCUPEN por nosotros —me decían frecuentemente los finlandeses en Helsinki—. Los rusos saben que si alguna vez llegan a ocupar este país habrá sabotaje en las fábricas y una guerra de guerrillas de 20 años en los montes. No les merece la pena".

A juzgar por su historia, los finlandeses tienen derecho a cierta jactancia. Su valor y su resolución son legendarios. El mundo aún recuerda su denodada lucha cuando la U.R.S.S. desencadenó un ataque no provocado en noviembre de 1939. Escasos de equipo y con gran inferioridad numérica (Finlandia tiene sólo 4.500.000 habitantes), contuvieron el alud soviético más de tres meses, infligiendo muchas más bajas de las que ellos mismos sufrieron. De 1941 a 1944 volvieron a comba-

tir con los rusos. Después de perder dos guerras con los Soviets en cinco años, acabaron con un dos por ciento de la población muerta, el 10 por ciento de su territorio cedido al enemigo y una abrumadora carga por concepto de reparaciones. Habían sido vencidos, pero no conquistados.

Hoy el peligro es más solapado: la pérdida de la libertad, no por invasión, sino por erosión.

Para sobrevivir y reconstruirse después de la segunda guerra mundial, Finlandia tuvo que aplacar al Goliat del este. Su política internacional estaba basada, inevitablemente, en la neutralidad en la guerra fría y en cultivar relaciones amistosas con los rusos... Esa fue la llamada "política Paasikivi", con el nombre del venerado Juho Paasikivi, presidente desde 1946 hasta 1956. Paasikivi fue capaz de una interminable serie de gestos de buena voluntad, aunque resistió la ingerencia rusa en los asuntos internos del país.

Urho Kekkonen sucedió a Paasikivi en la presidencia en 1956. La ganó estrechamente, ayudado por 56 sufragios comunistas, por una mayoría de un solo voto de los 300 que formaban el cuerpo electoral.

Kekkonen es un político sagaz y consumado que goza de gran popularidad entre las multitudes. A los 62 años todavía es el tipo atlético que los finlandeses tanto admiran: alto, vigoroso, corpulento. En su juventud ganó el campeonato nacional de salto de altura y durante muchos años fue presidente de la Liga Atlética Finlandesa, distinción que aún impresiona a los electores. Orador convincente, decidido enemigo de los Soviets antes de la segunda guerra mundial y durante ella, ha persuadido a una infinidad de gente de que es el único hombre que puede tratar con ventaja con los rusos. Aunque irradia simpatía en los actos sociales, es exageradamente reservado. Cuenta con pocos amigos íntimos y, aparentemente, se considera muy superior a los demás políticos. Cuando expresa su opinión en una reunión del gabinete lo hace con aire de inalterable determinación.

La política de Kekkonen comenzó después de las elecciones parlamentarias de 1958, en las cuales los comunistas aumentaron su representación y obtuvieron 50 de los 200 escaños que se disputaban. Para impedir que entraran en el gobierno, todos los grupos parlamentarios, excepto los partidos comunista y social-demócrata de izquierda, formaron un gobierno de coalición presidido por el social-demócrata derechista Karl-August Fagerholm. Fue el gobierno más fuerte y mejor avenido de que Finlandia gozó en muchos años.

Entonces empezó a desarrollarse un extraño episodio. La prensa y la radio soviéticas, disgustadas por el aislamiento de los comunistas finlandeses y la inclusión de los conservadores por primera vez desde la guerra, atacaron al gobierno de Fagerholm calificándolo de camarilla reaccionaria dedicada a minar las relaciones entre Finlandia y los So-

viets. Los Soviets retiraron a su embajador, cortaron las importaciones de Finlandia y suspendieron los pagos de las mercancías ya entregadas. Éste fue un rudo golpe, porque Finlandia ya tenía cerca de 100.000 desocupados —un cinco por ciento aproximado de su censo obrero— y una ruptura completa de las relaciones comerciales representaba 15.000 parados más.

En los tres meses que duró la crisis, Kekkonen no prestó apoyo alguno al gabinete de Fagerholm. Finalmente, el 27 de noviembre los cinco ministros agrarios dimitieron, y una semana después renunció Fagerholm. Así cayó el gobierno.

Siguieron seis semanas de negociaciones para formar un nuevo gabinete. Kekkonen trató de incluir a los comunistas, pero los demás partidos vetaron esa propuesta. Al fin se formó un gobierno minoritario agrario, que en muchas cuestiones tuvo el apoyo de los comunistas. Kekkonen fue entonces a la Unión Soviética y sostuvo con Kruschef dos conferencias en las cuales ambos gobernantes se cruzaron expresiones de amistad y zanjaron los problemas del comercio y la representación diplomática. La crisis había pasado.

Para el hombre de la calle no había acaecido nada radical. Los rusos estaban todavía en su lado de la frontera; el gobierno finlandés aún estaba en manos de finlandeses. Pero muchos ciudadanos responsables quedaron consternados. Se había permitido que la presión rusa derrocase a un gobierno elegido libremente, y el Presidente del país, en lugar de defenderlo, se las había arreglado para suplantarlo con un gabinete de su propio partido. Finlandia todavía era un país libre e independiente, pero su independencia había sido seriamente comprometida.

Tres años más tarde, en el otoño de 1961, sobrevino otra crisis. El presidente Kekkonen se presentó a la reelección. Se le opuso Olavi Honka, antiguo canciller de justicia, apoyado por una coalición de cinco partidos, conservadores, liberales y social-demócratas de derecha. Los observadores políticos daban a Honka pocas posibilidades de vencer a Kekkonen, pero siempre había la probabilidad de que, si la elección era muy reñida, el cuerpo electoral se decidiera en favor de un candidato que representara una posición intermedia. El 30 de octubre, mientras el presidente Kekkonen, de visita en los Estados Unidos, se recreaba en las playas de Hawaii, el gobierno soviético entregaba al embajador finlandés en Moscú un largo documento pidiendo consultas militares para estudiar medidas conjuntas de defensa contra la amenaza de agresión de Alemania Occidental en el Báltico (peligro invisible para la mayoría de los observadores).

La nota soviética dejó estupefactos a los finlandeses. Muchos la consideraron como el preludio de una demanda soviética de bases en territorio finlandés y acaso de adhesión de Finlandia al Pacto de Varsovia. Si

Finlandia accedía a todo eso, pronto sería otro satélite ruso.

A fines de noviembre, el presidente Kekkonen, sensacionalmente, desvaneció la crisis y restauró la tranquilidad de un solo golpe. Fue a la Unión Soviética, se entrevistó con Kruschef y le persuadió de que las conversaciones militares no eran necesarias. Entre tanto, en Helsinki el candidato Honka cooperaba retirando su candidatura a la presidencia "en bien de la patria". Kekkonen regresó a Finlandia con un prestigio enormemente realzado —había prevenido en el último instante el estrujón del oso ruso— y fue reelegido Presidente por una enorme mayoría contra una oposición sólo simbólica. Sus enemigos políticos no fueron los únicos que pensaron que toda la crisis había sido fraguada para ayudarle.

Al volver de Rusia, Kekkonen habló a la nación por radio y televisión. "Las relaciones soviético-finlandesas —proclamó— se han confirmado una vez más sobre la base de la amistad y la confianza". Declaró que era hora de "poner fin a actitudes políticas ilusorias", y exhortó a los "adscritos" a aquellas actitudes —aludiendo a los dirigentes del destrozado "frente Honka"— a retirarse de la política en aras de "la seguridad de su propio país".

Cuando Kruschef se quejó de publicaciones hostiles en Finlandia, Kekkonen volvió a Helsinki e instó a la prensa a enmendarse, alegando que era imposible practicar una política exterior de neutralidad si la prensa no era igualmente neutral. La prensa finlandesa es realmente muy comedida: hasta los diarios más francamente occidentalistas andan con mucho tiento cuando comentan los problemas soviético-finlandeses.

El gobierno se muestra igualmente ansioso de no herir la sensibilidad rusa en otras esferas. Antes de que Finlandia se vinculara con la Asociación Europea de Comercio Libre (integrada por la Gran Bretaña, Suecia, Noruega, Dinamarca, Austria, Suiza y Portugal), Kekkonen volvió a entrevistarse con Kruschef, aunque ningún tratado le obligaba a hacer tal cosa.

El verano pasado los organizadores comunistas del Festival Mundial de la Juventud celebraron su octava asamblea en Helsinki, a pesar de la neutralidad finlandesa y de la hostilidad de la mayoría de los finlandeses y de las organizaciones juveniles del país que participaron en el festival. Bajo la presión de las autoridades soviéticas, el Primer Ministro hizo una declaración exhortando a los ciudadanos a no crear dificultades al festival, "por razones políticas". El festival recibió todo género de facilidades, mas, a pesar de ello, la juventud finlandesa realizó durante cuatro noches actos de protesta en las calles de Helsinki en contra de la concentración comunista.

La política de Kekkonen tiene muchos defensores. Al sorprendido extranjero se le dice: "Estamos en una situación expuesta. Para mantenernos libres debemos tener relacio-

nes amistosas con los rusos". Esto es indiscutible. Pero la cuestión es: ¿Cuánta intervención soviética puede resistir el estado finlandés sin perder su libertad? ¿Han sido dignas de un estadista las concesiones hechas por Kekkonen? ¿O acaso han sido motivadas por la ambición personal?

Los años de la posguerra han demostrado que Finlandia no carece de cierta fuerza intrínseca frente a los rusos. Si los Soviets la invadieran tendrían que librar una prolongada lucha para someter al país, y perderían una útil fuente de suministro de productos manufacturados. Además, Finlandia se ha convertido en un brillante ejemplo de convivencia en el umbral del solar soviético; la aparente tolerancia de Rusia hacia su pequeña vecina le ha sido muy útil en sus esfuerzos por atraerse a otros neutrales. Si de pronto destruyese ese ejemplo de la convivencia, perdería un importante instrumento de propaganda.

Durante la presidencia de Paasikivi, se puso en evidencia que los rusos no siempre se sienten provocados por una actitud francamente independiente de parte de los finlandeses. En la primavera de 1948, por ejemplo, una vigorosa acción del gobierno finlandés impidió un golpe de estado comunista, y los rojos no tomaron medidas para contrarrestarla. Este dramático episodio se inició cuando el ministro de lo Interior, el comunista Irjö Leino, traicionando a sus camaradas, advirtió secretamente al estado mayor militar que los comunistas preparaban un golpe violento. Puesto sobre aviso el ejército, se desplegaron tanques en los alrededores de Helsinki y fueron reforzadas las guardias en los arsenales. Valiéndose de un hábil ardid, el jefe de la policía de Helsinki se apoderó de las armas de la Policía Móvil, dominada por los comunistas, y las depositó en un refugio antiaéreo situado debajo de una iglesia. Ante este revés el plan comunista se desbarató.

Hacia fines del mismo año, los comunistas sufrieron fuertes pérdidas en las elecciones parlamentarias y todos los elementos comunistas fueron expulsados, sin piedad, de la policía. Desde 1948 en adelante, fueron excluidos del gabinete (habían venido participando en todos los gobiernos desde 1944). Durante ese período crítico, los ciudadanos más tímidos abrigaban temores de una intervención de la Unión Soviética para ayudar a sus malparados camaradas. Nada pasó, sin embargo. La forma en que hubiera afrontado Kekkonen la crisis de 1948 se presta, por cierto, a interesantes conjeturas.

¿Y qué se vislumbra en el porvenir? El Mercado Común plantea un problema concreto. En 1961 sólo el 18 por ciento de las exportaciones de Finlandia fueron al bloque oriental. La Gran Bretaña es su cliente más grande. Si la Gran Bretaña entra en el Mercado Común y las otras naciones de la Asociación Europea de Comercio Libre se suman a él como miembros asociados, Finlandia tendrá también que afiliarse si no quie-

re sufrir una seria pérdida de sus mercados occidentales. Su dependencia económica se deslizaría entonces hacia el Este, y su vulnerabilidad a la presión política soviética aumentaría en vastas proporciones. Nadie sabe si Kruschef permitiría a Finlandia ingresar en el Mercado Común, o si Kekkonen se le enfrentaría en tal cuestión. Como Kekkonen ha cedido frecuentemente a la presión soviética, va haciéndosele progresivamente más difícil —aunque no imposible— resistir.

Por lo demás, la vida de Finlandia es plácida. Las cargas económicas de los años de la posguerra han sido superadas hace mucho tiempo. Aunque ciertas regiones del norte padecen de una pobreza extremada, las tiendas de las ciudades están llenas de utensilios domésticos, receptores de televisión, ropas elegantes y todas clases de productos alimenticios. Y por las noches los modernos edificios de oficinas de Helsinki reverberan en una explosión de neón que anuncia todo elemento de confort propio del Occidente.

Aunque un tanto debilitada en la superficie, la urdimbre de la democracia finlandesa está intacta. A pesar de su discreción, la prensa es todavía libre. Igual ocurre con las elecciones. Cualquiera puede protestar contra el régimen sin temor a represalias de la ley. Kekkonen tiene enemigos en todos los partidos y una formidable oposición en el socialdemócrata de derecha.

En fin de cuentas, la mejor protección de Finlandia es la calidad de su pueblo. Fervoroso partidario del Oeste, es todavía tan recio, independiente y obstinado como siempre. En un momento crítico, puede predecirse su reacción. El peligro es que la situación puede hacerse irremediable sin pasar por algo tan serio como un momento crítico.

Servicio diplomático. Una vez le preguntaron a la señora de James Gavin, ex-embajador de los Estados Unidos en Francia, si le agradaba la vida diplomática. "Me gustaría más si no fuera porque todos los que nos rodean se expresan en términos diplomáticos, inclusive los criados. Cierto día una sirvienta rompió unos platos y me dijo: Señora, su vajilla de Sèvres de 110 piezas, se compone ahora de 117".

— L. I

Un día de estos

Por ahora parece que el contribuyente será el primero de nuestros recursos naturales que se agote por completo. — L S

Si la ciencia médica sigue prolongando la duración de la vida, llegará el día en que nuestros nietos nos dirán que paguemos nosotros la deuda pública que ellos iban a heredar.

— *Star-Free Press*, de Ventura County (California)

Tres cuestiones que me tienen perplejo

Por Robert Benchley

Condensado de "My Ten Years in a Quandary" *

He aquí un hombre que se encaró a los múltiples misterios de la ciencia y de la medicina con valeroso y obstinado aturdimiento

¿Dormimos lo suficiente? El promedio de las personas ¿duerme bastante? ¿Qué significa "bastante" en cuestión de sueño? ¿Qué quiere decir eso del "promedio" de las personas?

Hay quienes se ufanan de que pueden apañárselas con cuatro ho-



ras de sueño . . . ¿Apañárselas para qué? Por mi parte, con 15 minutos de sueño me las apaño muy bien para hacer un montón de cosas: lanzar sonoros resoplidos, perder el resuello, roncar y pillarme la cabeza entre la cama y la pared, pero no ando por ahí alardeando de ello.

De nada nos valdrán ocho horas de reposo si las pasamos pensando qué podrá ser lo que está tendido a los pies de nuestra cama. Actualmente, por desgracia, no tengo perro, de modo que no puedo explicarme qué es lo que se echa sobre mis tobillos apenas me dispongo a conciliar el sueño. Lo único que me queda es la esperanza de que sea alguien a quien conozca bien.

¿En qué postura se duerme mejor? Hay quien afirma que debe uno cubrirse la cabeza con un brazo (para que los curiosos no sepan quién está en la cama), mientras el otro se extiende hacia atrás para que la mano alcance el interruptor de la luz, en caso de que penetren en la habitación personas escandalosas o algún fantasma arrastrando cadenas. Con este sistema, queda en libertad el durmiente para acomodar los pies a su antojo. Personalmente, yo prefiero dormir con la cabeza fuera de la ventana y con los pies en un barreño de agua tibia (a 22 grados centígrados). Así puedo observar lo que pasa en la calle y, a la vez, evitar que se me suba la sangre a la cabeza, donde no se halla muy a gusto.

Según envejece una persona, requiere menos y menos sueño, de modo que cuando llega a los 95 o 100 años, poco importa ya que duerma o deje de dormir. Esto explica el gran número de nonagenarios que encuentra uno por la calle a las tres o cuatro de la madrugada . . . O tal vez sólo parecen nonagenarios.

El mejor modo de conciliar el sueño es quitarse toda la ropa, ponerse una prenda cómoda y apropiada para dormir, y meterse en cama. Así resulta siempre posible levantarse del lecho, ponerse un holgado traje de caza y salir en busca de un zorro que abatir.

También usted puede hacerse de una fobia

El descubrimiento de las fobias por los siquiatras ha contribuido sobremanera a despejar la atmósfera. En tanto que en otras épocas una persona solía decir "¡Larguémonos de aquí!" hoy explica: "¡Larguémonos de aquí! Tengo claustrofobia".

La mayoría de la gente sabe muy bien el nombre de su personalísima fobia, y eso la consuela mucho. Si una persona tiene miedo a las alturas, se limita a decir: "¡Bah! Lo que pasa es que tengo *acrofobia*". Y ya con esto se arroja al vacío.

El que tiene miedo de estar solo, sabe que sufre de *monofobia* y le queda la satisfacción de sentirse como un caso patológico. Si le atemoriza la idea de ser enterrado vivo, puede ufanarse de que padece de *tafiofobia,* lo cual no es mucho peor que tener un resfriado.

Pero existen algunas fobias exquisitas, de las que no se habla mucho.

Por ejemplo, la *kimofobia*, que es el temor de sentarse al borde de una silla y caer al suelo. Quienes sufren esta fobia se pasan la vida echándose atrás en el asiento hasta que acaban por caerse de espaldas, que es lo mismo que irse de bruces, en términos generales.

También debe tomarse en cuenta la *goctofobia*, que es el miedo a levantar la mano más arriba de la cuenta y propinarse una bofetada y hasta sacarse un ojo. Quienes padecen fobia tal, llevan las manos metidas constantemente en los bolsillos y tienen que ser alimentados por sirvientes. En esos casos, puede sobrevenir una grave complicación si el paciente sufre también de *nictofobia*, o sea el miedo a los sirvientes.

Algunas de las otras fobias poco conocidas son: la *octofobia*, que es el miedo al número ocho; la *rodillofobia*, que expresa el temor de que cualquier día la rodilla se encorve hacia atrás en vez de doblarse hacia adelante; y la *optofobia*, o sea el terror a abrir los ojos por temor a ver algo.

Dime qué fobia tienes y te diré qué es lo que temes.

¿Son contradictorios los sueños?

Varias personas me han escrito para preguntarme si es verdad que los sueños son contradictorios. En mis archivos tengo los antecedentes de un sueño que, sin duda, aclarará definitivamente lo relativo a este asunto. Los detalles fueron remitidos a nuestra clínica especialista en sueños por un señor que, posteriormente, sentó cabeza y llegó a ser padre de familia y quien, por consiguiente, no quiere que se mencione su nombre (no porque se avergüence del sueño en cuestión, sino porque la familia le resultó un tanto desavenida).

Lo que este señor soñó fue que estaba en un gran comedor público, brillantemente iluminado, y que llevaba puestas todas sus prendas de ropa. Ya este detalle muestra lo extraordinario del sueño de referencia. El soñador de nuestra historia no solamente iba vestido de pies a cabeza, sino que no pretendía tampoco alcanzar tren alguno. Tal hecho, se dijo, resultaba curioso de por sí, pero a la sazón no le dio importancia. Recordaba haber estado por largo rato, completamente vestido y sin pensar en correr detrás de un tren, en aquel comedor. De pronto le invadió un sudor frío. Tanto le había impresionado lo que soñara, que se quitó todas sus ropas, fue a un comedor público y echó a correr para alcanzar un tren que, en ese momento, salía pitando del guardarropa. No lo alcanzó, por cierto.

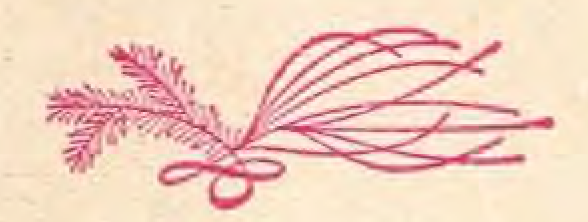
Ahora bien, fue este un sueño completamente opuesto a lo que le ocurrió a su protagonista en la vida real. Podemos designarlo como el caso A. Proporcionaremos el nombre del personaje a quien lo solicite.

El caso B no es menos emocionante. En éste la protagonista es una mujer, la cual soñó que estaba en un invernáculo atestado de plantas exóticas, instalado en una especie de

funicular que subía y bajaba por la ladera de una montaña. Esta montaña era un poco más angosta que el invernáculo, de manera que los extremos de éste sobresalían a ambos lados de aquélla, lo que entorpecía el tránsito automovilístico, que en tal lugar era muy intenso. Dentro del invernáculo en que viajaba la señora, iba también un alce sordo que se había colado allí por un agujero abierto en la alambrera del vehículo. El animal no podía oír palabra de lo que la mujer iba diciendo, así que ella seguía tejiendo el tapiz que llevaba como labor y que debía terminar antes de que el invernáculo llegara a la cima del monte en su viaje de las once de la mañana.

Pues bien, lo extraordinario del episodio es que exactamente lo opuesto le ocurrió a la señora en cuestión al día siguiente. No se vio en un invernáculo-funicular; no topó con un alce sordo; y nada sabía del arte de tejer tapices.

¡A ver qué dicen de esto los hombres de ciencia!



Pescador que pesca un pez, pescador es. Cierto individuo que conocemos fue de pesca un día. Cogió un pez, y después de haber celebrado el hecho debidamente, se marchó muy orondo a casa a recibir las calurosas felicitaciones de su esposa . . . que en esos momentos se hallaba en el piso alto, tomando un baño. Dejando el pescado en la cocina, nuestro pescador entró en el cuarto de baño, donde la mujer lo recibió con estas palabras: "Ya sé lo que vas a decirme: que estuviste bebiendo y que no pescaste ni un resfriado". Sin decir palabra, el marido bajó a buscar su bagre de diez kilos, subió de nuevo las escaleras, y echó el pescado en la bañera para que hiciese compañía a su mujer.

— H. C.

De nuestro libro de visitas

La señora Hamilton McKown Twombly, última nieta del comodoro Vanderbilt, había invitado a un caballero a pasar el fin de semana en su casa veraniega, en ocasión del Día del Trabajo, que en los Estados Unidos se celebra el primer lunes de setiembre. El invitado pasó encantado el sábado y el domingo, pero el lunes por la mañana, al volver a su habitación después del desayuno, vio con gran asombro que el mayordomo le había hecho las maletas y se disponía a acompañarlo a la puerta.

—Pero ¡si hoy es día festivo! —protestó el invitado.

—La señora Twombly —repuso fríamente el criado— no reconoce el Día del Trabajo.

— Cleveland Amory, en *Sun Times*, "Daily News" Syndicate

El capellán del presidio de San Quintín da el último adiós a un condenado

25 minutos de vida

*Condensado de "Death Row Chaplain"**

POR BYRON ESHELMAN, EN COLABORACIÓN CON FRANK RILEY



8 **de la mañana.** Desde la gran ventana del frente de la casa que habitamos en los terrenos de la prisión miro el cielo matinal, en que se alternan el gris y el azul. Por el Pacífico se acerca un chubasco, pero por el momento las aguas de la bahía de San Francisco ondulan brillantes y tranquilas. Desde la ventana veo a uno de los presos, de camisa azul y pantalones de dril, que poda los arbustos. Llevo más de 10 años como capellán de la penitenciaría de San Quintín, en California, y por tanto sé que éste

es un día como otro cualquiera.

Sin embargo, recuerdo que hoy es diferente. En este día debe morir un condenado.

8:25. Mientras desciendo por el camino que conduce a la entrada principal, empieza a caer el chubasco. ¿Debo entrar en la celda de espera con la chaqueta húmeda de lluvia fresca, como si llevase el aroma de la vida? Ni siquiera sé si Ricardo Tomás Cooper querrá verme. Durante los 322 días que lleva en capilla, apenas he cambiado unas pocas palabras con él y, aparte de ofrecerle algunos folletos religiosos, que rechazó, no he tratado nunca de contrariar su evidente deseo de que lo dejen solo.

Ayer me comunicaron de la alcaidía que Cooper no quería que le acompañase ningún religioso cuando fuera a ser ejecutado. Pero es posible que después de haber pasado la noche en la celda de espera se sienta inclinado a hablar con alguien además de los guardias.

8:30. El oficial a cargo de la puerta principal tiene un periódico de San Francisco y ambos buscamos la noticia. Un pequeño título de sólo una columna de ancho dice: HOY SERÁ EJECUTADO EL ESTRANGULADOR.

Es probable que pocos lectores hayan oído hablar de Ricardo Tomás Cooper, pues su crimen no alcanzó a figurar en la primera plana. Sus víctimas fueron dos mujeres, que estranguló en un ataque de furia después de haber bebido todos ellos copiosamente en un hotelucho. Confesó los asesinatos y manifestó su deseo de morir para expiar su crimen.

El informe del siquiatra de la cárcel lo define como "una persona siconeurótica, de sensibilidad inestable y que sufre de alcoholismo crónico". En las pruebas de capacidad intelectual alcanzó 127 puntos, lo que lo sitúa en una de las categorías superiores, y viene aguardando la muerte con paciencia y dignidad.

8:33. Desde la entrada recorro una cincuentena de metros hasta la puerta de acero macizo que da a una sala donde 22 testigos oficiales presenciarán la ejecución. A ella dan cuatro de las paredes de la cámara de gases, que es de forma octagonal. Cada una tiene una gran ventana de grueso vidrio para que puedan verse bien las dos sillas de metal que hay en el interior. A veces se ejecutan aquí a dos hombres al mismo tiempo, pero Ricardo Cooper tendrá la distinción de morir solo.

Sigo el pasamanos que traza una curva en torno a la mitad visible de la cámara de gases, hasta la pequeña puerta de acero que hay en el lado occidental de la sala de los testigos. Un guardia me reconoce a través de la mirilla y abre la puerta.

Entro al cuarto de preparación, donde se percibe la importancia que tiene el ritual. Sin él estos últimos momentos serían imposibles de soportar: los condenados no podrían prestar su cooperación, así sea pasiva, a la ejecución, y los que debemos presenciar o presidir su

muerte no podríamos afrontar la mañana de ese día.

Los funcionarios que están en el cuarto de preparación no tienen mucho tiempo para pensar. Hay que contar las bolitas de cianuro y envolverlas cuidadosamente en estopilla, luego verter poco a poco el ácido en receptáculos desde donde fluye hasta unos cubos situados debajo de las dos sillas. Un funcionario con guantes de goma ha de colgar las mortíferas bolillas en unos brazos mecánicos existentes bajo las sillas y otro debe comprobar el funcionamiento de un teléfono cuya línea quedará libre por si llega a última hora la noticia de un indulto.

8:55. Desde el cuarto de preparación sigo por un estrecho corredor hasta el departamento de espera. En un pequeño vestíbulo dos centinelas escuchan la música que llega por una radio de mesa, de viejo modelo. Me dirijo hacia las dos celdas de espera.

Ricardo Cooper está echado de bruces en un colchón tendido sobre el piso, pues la celda es demasiado pequeña para contener un catre. Está encendida una lamparilla muy potente y sólo hay además un inodoro sin asiento y una mesa de escribir que puede ser plegada contra los barrotes.

Uno de los centinelas dice con sonrisa forzada:

—Buenos días, capellán.

Cooper alza la cabeza, me mira y dice lentamente:

—¡Hola, capellán! No le esperaba.

Hace una pausa y pregunta:

—¿Cómo está usted?

Tomo un taburete y me siento frente a su celda:

—Estoy bien, Ricardo. ¿Durmió algo anoche?

—No mucho —responde, a tiempo que se sienta.

Se queda pensativo unos segundos y sonríe:

—¿Sabía usted que esta tarde voy a la universidad? Me convencí de que la única forma de ir allí era darles mi cuerpo.

Otro breve silencio, y continúa:

—Mañana estaré probablemente mirando a los estudiantes desde la mesa de alguna de las aulas.

Le pregunto si tuvo alguna vez deseos de seguir estudios superiores y hace una señal de asentimiento:

—Sí... pero eso fue hace un millón de años.

—¿Habría estudiado bellas artes?

—Tal vez —y vuelve a ensimismarse en sus pensamientos.

—Los muchachos de la crujía me han mostrado sus dibujos. Me parecen muy buenos.

—Gracias. No tenía más que un lápiz para trabajar.

—¿Ha pintado alguna vez al óleo?

Dice que sí y hablamos acerca de las ventajas que tiene la pintura al óleo sobre la acuarela para los principiantes. Oímos a poca distancia los ruidos que llegan del cuarto de preparación.

9:20. Aunque Ricardo sigue mostrándose deseoso de conversar, yo no he tocado el tema de la religión. Quizá no siempre es necesario re-

petir las palabras de Dios para servir sus fines. Acaso el hecho de acompañar a Ricardo Cooper en sus últimos momentos baste para demostrarle que ningún hombre queda abandonado del todo ni está completamente solo jamás.

9:35. Le quedan a Ricardo Cooper aproximadamente 25 minutos de vida. Es todo lo que le concede el estado de California. La radio trasmite música suave, pero de pronto llega un boletín: ha ocurrido un accidente en el puente de la bahía y el tráfico quedará interrumpido hasta las 10:30 más o menos. Ricardo y yo nos miramos, y creo que pensamos lo mismo: *A las 10:30 ya hará casi media hora que Ricardo Cooper estará muerto.*

Buscamos con rapidez algún tema de conversación y recurrimos al deporte. Ricardo era un entusiasta partidario del equipo local de fútbol.

—¿Qué hora es? —pregunta súbitamente.

—Faltan diecisiete minutos para las diez.

Ricardo se humedece los labios.

—Pedí que estuviera de centinela hoy otro de los guardias de la crujía —dice— pero supongo que no le tocaba el turno.

Me explica que ha simpatizado con aquel guardia y habría querido que cobrase la paga extraordinaria que corresponde a los que participan en una ejecución.

9:49. Ricardo dice que siente ardor en el estómago y entonces uno de los guardias le ofrece un cigarrillo, se lo enciende y le pregunta:

—¿No le agradaría una taza de café?

Ricardo acepta y lo pide negro. Se lo dan en un vaso de papel, con el cual no puede causarse ninguna herida ni herir a nadie.

Nuestros esfuerzos por mantener la conversación fracasan y ambos sentimos alivio cuando llega el Dr. David Schmidt, siquiatra principal de San Quintín, que dice en voz baja:

—¿Ricardo Tomás Cooper?

—Ese nombre me suena —contesta él impasible.

—¿Está bien, Ricardo?

—Estoy bien.

Entra el alcaide Dickson, saluda a Ricardo y añade:

—Los periodistas van a preguntar si desea usted decir su última voluntad.

Ricardo da vueltas a la pregunta en su mente y menea la cabeza:

—No, no tengo nada que decir.

El alcaide le estrecha la mano y dice con suavidad:

—Adiós, Ricardo.

Luego va con el Dr. Schmidt al cuarto de preparación. El ritual cobra un ritmo más acelerado. Ha llegado el momento de cambiarse de ropa.

Los dos centinelas abren la cerradura de la puerta y penetran en la celda; les acompaña un médico. Ricardo se quita la ropa y espera pacientemente de pie mientras el médico le toma el pulso y le coloca un detector en el pecho.

Cooper se pone una camisa blan-

ca, que le dará un aspecto pulcro ante los testigos, y unos pantalones de dril nuevos; no lleva ropa interior, calcetines ni zapatos.

Concluido el cambio de ropa, Ricardo fuma su último cigarrillo.

10:00. Entro en la celda y tiendo la diestra a Ricardo, que la toma con firmeza. Las palabras ya poco significan, así que sólo acierto a decir:

—Me alegro de que hayamos llegado a conocernos un poco mejor.

—Gracias —contesta en voz baja.

El alcaide hace una seña. Ricardo se vuelve y sale de la celda. Por el frente de la camisa le sale el tubo negro de goma del detector de latidos. Continúa por el vestíbulo y ve la puerta abierta de la cámara de gases. Tiene las manos en los bolsillos y camina con paso tranquilo, casi indiferente.

Dos guardias le siguen de cerca mientras cruza el umbral y le ayudan a sentarse en la silla. Él se queda mirando los rostros graves de los testigos oficiales que le contemplan a través de los vidrios de las ventanas. Los dos guardias le aprietan las correas alrededor de la cintura, cruzadas sobre el pecho, en las piernas y los brazos.

—Me aprieta mucho el pecho —dice Ricardo.

Uno de los guardias afloja la correa y el otro conecta un tubo de goma al codillo del detector de latidos. El tubo va hasta el exterior de la cámara por un conducto herméticamente cerrado y permitirá al Dr. Schmidt oír en su estetoscopio los últimos latidos convulsivos del corazón.

Se cierra la puerta de acero y se aprietan las tuercas. El alcaide, el verdugo y el Dr. H. A. Gross, director médico de San Quintín, están junto a las ventanas interiores y el Dr. Schmidt a la izquierda de la puerta.

10:03. El alcaide hace con la cabeza un ademán, el guardia tira de la palanca y las bolitas de cianuro caen en el ácido. El leve chapoteo de aquéllas en los cubos será el último sonido que oirá Cooper.

Pasan de 10 a 20 segundos. El gas de la cámara adquiere poco a poco la densidad suficiente. La primera aspiración profunda de ese aire hará caer a Cooper en lo que las autoridades médicas afirman es una pérdida casi instantánea del conocimiento.

Por Ricardo Cooper y por todos nosotros rezo silenciosamente:

—¡Oh, Señor! Recibe a este hijo tuyo, Ricardo Cooper, hermano nuestro en la familia humana, al que amas tanto como a cada uno de nosotros.

10:12. Han pasado ocho minutos y medio desde que cayeron las bolitas de cianuro. La cabeza de Ricardo está doblegada hacia adelante y el cuerpo se ha aflojado sobre las correas que le cruzan el pecho. El Dr. Schmidt se quita los auriculares del estetoscopio y toma nota de la hora. Ricardo Tomás Cooper está oficialmente muerto.

Vuelvo al patio de la prisión solo, anegado en una tristeza infinita. El

cielo se ha despejado y muestra un fondo azul luminoso y un sol brillante. De la bahía llega una agradable brisa.

Ricardo Tomás Cooper, que estranguló a dos mujeres en un sórdido hotel de los barrios bajos, quería morir para expiar su crimen, y el Estado le concedió su deseo. "Ojo por ojo, diente por diente".

Se ha hecho justicia. Y no obstante, al salir voy repitiendo para mí mismo un pasaje del Nuevo Testamento:

"Siempre que lo hicisteis con algunos de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis".

¿Ha sido éste, no solamente un día de expiación, sino también de crucifixión?



Otro idioma

Mi esposa y yo estábamos sirviendo de cicerones en los Estados Unidos a unos amigos franceses que habíamos conocido hacía algunos años en el Líbano. En camino hacia la Florida hicimos alto para almorzar en un lugar remoto del estado de Georgia. Mientras conversábamos, principalmente en francés, la joven que nos había servido se quedó al lado de la mesa, como si estuviese interesada en lo que decíamos. Ya cuando nos disponíamos a salir, me dijo: "¿Ustedes son de Kentucky, verdad?" —H. W. B.

Clima artificial

En un solitario y caluroso paraje del desierto me encontré con un buscador de uranio. Era el típico minero que, montado en su *jeep*, llevaba un contador Geiger. Me invitó a refrescarme en su remolque, dotado de aire acondicionado, a corta distancia de allí. Reparando en un televisor que había adentro, no pude menos de preguntarle para qué lo quería, ya que en ese remoto desierto no se podía captar ninguna estación.

—Aquí es donde sirve más la televisión —me explicó—. Uno conecta el aparato y puede ver *nevar* toda la tarde. —A. G.

El empleado del taller de automóviles me acababa de cambiar un neumático. Al pasar a la oficina a pagar la cuenta, comenté que hacía mucho calor.

—¿Qué temperatura tenemos? —me preguntó indicando un termómetro que tenía colgado fuera de la ventana.

—29 grados —le dije.

—Hace poco marcaba 32, pero le eché agua fría con la manguera, porque no estoy dispuesto a aguantar tanto calor. —A. E.



Los jóvenes quieren trabajo

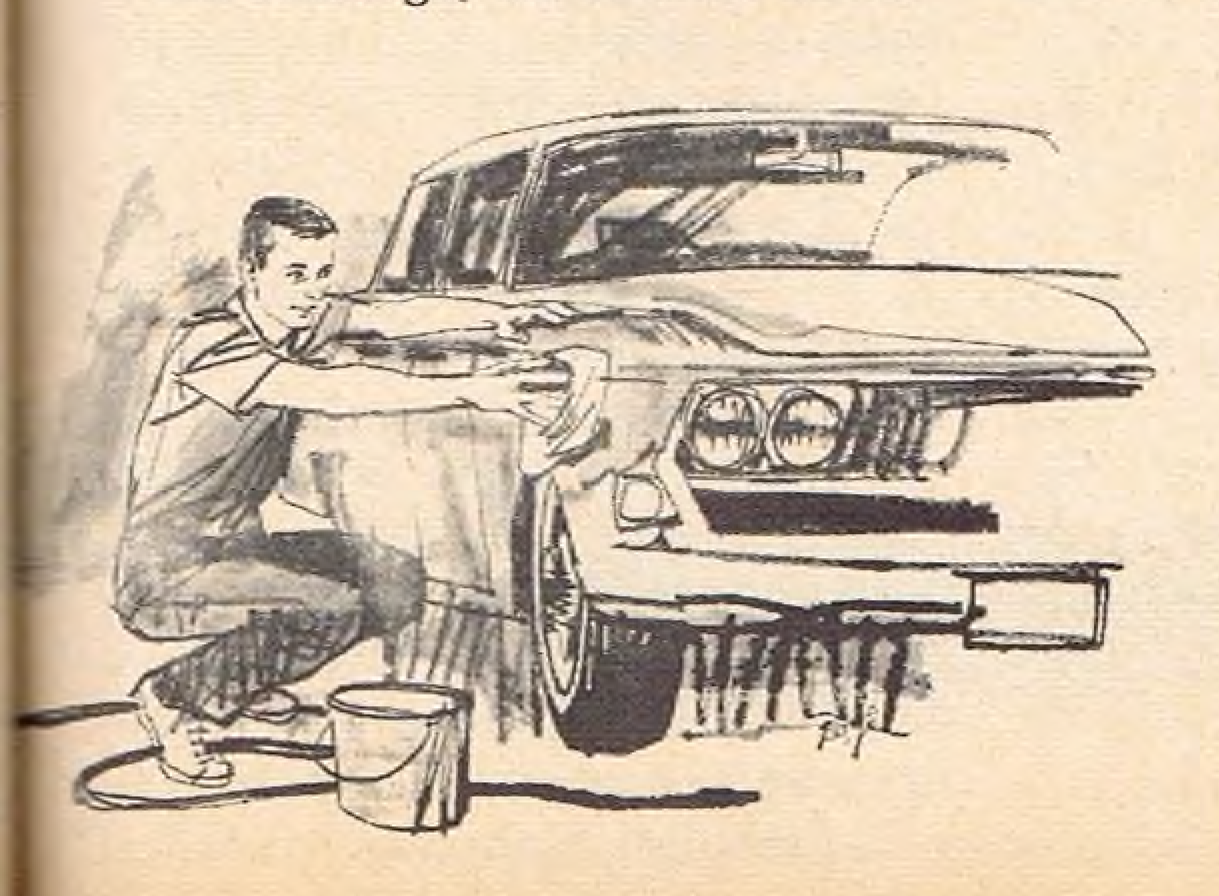
En los años críticos de la adolescencia, un empleo, por humilde que sea, puede ayudar al muchacho a continuar sus estudios y, al mismo tiempo, a fortalecer su carácter.

POR CLAIRE GLASS MILLER
Condensado de "The PTA Magazine"

SI preguntáramos a cualquier adolescente cuál es su problema más apremiante, es casi seguro que nos diría que el dinero. La necesidad de contar con dinero propio aparta a muchos jóvenes de la escuela para arrojarlos después a las filas de los desocupados.

Sin embargo, los mismos adolescentes han hallado una solución: empleos que les ocupen sólo parte del día, y les dejen tiempo para asistir a la escuela.

Hace 14 años, varios dirigentes estudiantiles de Phoenix (Arizona), fundaron una agencia de colocaciones para los jóvenes. Con el nombre de YES (*Youth Employment Service*), se dedica a proporcionar a los estudiantes ocupaciones remuneradas para después de las horas de clase o durante las vacaciones. Hoy la agencia cuenta con sucursales en 35 ciudades norteamericanas y ha ayudado a millares de muchachos de uno y otro sexo a concluir sus estudios de secundaria y universitarios. Es uno de



los pocos movimientos juveniles iniciados por los propios jóvenes.

Fue Karin Stallcup, rubia chica con iniciativa, alumna de tercer año en la escuela de segunda enseñanza de North Phoenix, quien propuso la idea durante una conferencia sobre delincuencia juvenil a que convocó el gobernador del estado. Aunque cortésmente, acusó de miopía a los peritos por proponer que, para evitar que los adolescentes se dedicaran a hacer trastadas, se abrieran más centros de recreo, y sostuvo que no eran nuevas diversiones lo que los chicos necesitaban, sino trabajo.

—Necesitamos una agencia de colocaciones propia, que seríamos capaces de dirigir nosotros mismos.

Respondiendo a su exhortación, los estudiantes de 11 escuelas secundarias de Phoenix se pusieron a solicitar empleos en diversas empresas. Karin se prestó para dirigir las actividades de la agrupación. Cientos de adolescentes formaban cola el día de la apertura del YES, y durante los primeros 12 meses la agencia colocó a 1500 estudiantes.

Karin fue invitada a diversos banquetes ofrecidos por las agrupaciones cívicas de la localidad, en los que insistía acerca de la necesidad de ofrecer más empleos a los muchachos. Los dirigentes adultos del YES lograron que las estaciones de televisión cedieran tiempo libre y los televidentes respondieron solicitando jardineros, niñeras, mecanógrafas, salvavidas, amas de llave, dependientes de tienda, mandaderos, modelos y trabajadores agrícolas.

En aquel primer año sólo se gastaron 185 dólares; los muchachos decidieron que el YES funcionara como cualquier otra empresa, con personal retribuido. Cuatro círculos de hombres de negocios le ofrecieron su ayuda, pero los jóvenes eligieron por patrocinador suyo a un club filantrópico llamado *Sertoma* (nombre formado con las primeras letras de las palabras *service to mankind*, es decir, "servicio a la humanidad") que había mostrado gran interés en el proyecto. Desde entonces, *Sertoma* ha propagado la idea del YES a 14 estados.

Si bien el YES ha extendido sus actividades, algunas de sus oficinas continúan bajo la dirección de adolescentes, entre ellos Nancy Crowley, de 18 años, que administra la primera oficina abierta por la agencia en Phoenix. Sin embargo, en la actualidad casi todas están a cargo de alguna persona mayor y disponen de personal retribuido.

Los directores adultos, sea cual sea su edad, están animados de un fervor juvenil; llaman a los muchachos para informarles de algún empleo, aun después de las horas de oficina; les prestan dinero para que se corten el pelo y se compren zapatos, y los ayudan a resolver las dificultades que puedan tener en casa.

Otros muchos grupos del YES adoptaron los cuatro objetivos planteados en Phoenix: educar el carácter, preparar para la vida profesional, asegurar el bienestar de los adolescentes y servir a los patronos.

Ganar dinero forma el carácter,



porque engendra la propia estimación. Los adolescentes aprenden a ser puntuales, conscientes y responsables. El YES ayuda a los muchachos a elegir trabajos con miras al futuro. Un abogado en cierne hace recados para una compañía de propiedad inmobiliaria; un estudiante en ciencias se ocupa de la limpieza de un laboratorio.

Un jovencito se veía obligado a mantener a sus padres, postrados en cama, y tenía imperiosa necesidad de trabajar. La agrupación lo colocó en un puesto en que ejecutaba labores domésticas, y la familia que lo empleó se encariñó tanto con él que le costeó los estudios superiores. El complacido patrón de cierto muchacho que trabajaba con un grupo de adolescentes en una empresa metalúrgica, lo escogió para enviarlo a una escuela de hidráulica; hoy aquel chico tiene un cargo en la dirección de la compañía. Los administradores del YES señalan estos ejemplos a sus trabajadores y les dicen: "La paga no es lo único que importa. Si son ustedes responsables y merecedores de confianza, no se imaginan hasta dónde puede llevarles su entrada en el mundo del trabajo".

Aquellos servicios que las agencias ordinarias de colocaciones no están dispuestas a proporcionar, constituyen una especialidad de la agrupación. El ama de casa que pide auxilio, azorada por la presencia de visitas inesperadas, recibe atención inmediata: se le envía un muchacho que se encarga de pelar patatas, poner la mesa, lavar los platos.

Dondequiera que funcione, la agencia hace que disminuya la delincuencia imputable a adolescentes ociosos. Un muchacho de 19 años acusado de robar coches, gozaba de libertad condicional cuando el YES le consiguió trabajo en un garaje. Esto cambió por completo el rumbo de su vida: hoy tiene taller propio y es el mecánico más competente de la ciudad.

Pero el efecto principal logrado por la agrupación es hacer que los muchachos continúen sus estudios. "El acto de cortar hierba o de cuidar de los niños —comentaba uno de sus consejeros adultos— los hace volver a la realidad". Al descubrir que el mundo del trabajo no es ni fácil ni seductor, se convencen de que deben conquistar el tan necesario diploma.

Mientras tanto, los empleos les proporcionan dinero extra para libros, ropa, o para remediar necesidades familiares, y con ello disminuye su impaciencia.

¿Sabe usted escuchar?

El arte de enterarse a fondo de lo que dice nuestro interlocutor

POR STUART CHASE

*Condensado de "The Power of Words"**

ESCUCHAR es la mitad complementaria de hablar. Si la gente deja de escuchar, es completamente inútil seguir hablando . . . cosa que no siempre tienen en cuenta los que hablan.

Puede afirmarse que la inmensa mayoría de los seres humanos somos malos oyentes. Por regla general, hablamos más que escuchamos. El afán de emulación que preside nuestra sociedad nos hace adelantar la expresión personal sólo por ser personal, aunque no tengamos nada que expresar; suplimos o tratamos de suplir los conocimientos que nos faltan con la velocidad del discurso o dando grandes puñetazos en la mesa. Y es bastante corriente que muchos de nosotros aparentemos escuchar con la mayor atención, mientras nos preparamos interiormente para decir algo que deje turulatos a los oyentes cuando nos llegue el turno de hablar. No es, sin embargo, difícil aprender a escuchar . . . pero sí un tanto desusado.

Suele creerse que escuchar es algo pasivo; lo cierto es que puede ser una actividad sumamente dinámica, un proceso que nos obliga a pensar. La persona que nos dirige la palabra lanza sobre nosotros un aluvión de enigmas para descifrar: ¿Hasta dónde nos es posible adivinar su verdadero sentido? ¿Qué es lo que intenta decir? ¿Cómo conoce el tema? ¿Qué aspectos de la cuestión pasa por alto? ¿Cuáles son los motivos que le guían?

A veces, solamente la cuarta parte del auditorio comprende claramente lo que ha dicho un orador. El Consejo de Instrucción para Adultos, de Nueva York, ha inaugurado unas "escuelas de escuchar" para aguzar el oído de sus miembros. Uno de éstos lee en voz alta mientras sus compañeros, sentados en torno a la misma mesa, concentran la atención en lo que aquél lee. Luego resumen lo que han oído, y com-

paran sus respectivas notas . . . para descubrir con frecuencia que sus interpretaciones difieren considerablemente. Los oyentes mejoran poco a poco y advierten muchas veces que están aplicando a sus negocios y a su vida familiar la habilidad adquirida. Uno de los miembros del mencionado consejo explica en estos términos el cambio que él mismo experimentó:

"Me he dado cuenta que se desarrollaba en mí la nueva actitud de tratar de entender e interpretar las observaciones de mis amigos y compañeros desde su punto de vista, en vez de hacerlo desde el mío, como antes".

Hace unos cuantos años se invitó al mayor Charles Estes, del Servicio de Conciliación Federal de los Estados Unidos, para que mediara en una disensión ya vieja entre cierta empresa y sus sindicatos. El mayor empezó por inventar una nueva técnica de escuchar que, a partir de entonces, se ha venido aplicando con mucha frecuencia a las diferencias laborales. Pidió a los delegados del sindicato y de la dirección de la empresa que leyesen en voz alta el contrato anual en disputa. Cada uno fue leyendo parte del contrato por turno y, al final, todos discutían la parte leída. Si empezaba a surgir el desacuerdo, se dejaba a un lado la cláusula en cuestión para estudiarla después.

Al cabo de dos días, los delegados sabían a conciencia lo que el contrato estipulaba y tenían la competencia necesaria para entrevistarse con sus compañeros de dirección o de trabajo y exponerles su contenido. "Pusimos a ambos bandos —dice el mayor— en condiciones de comunicarse". No volvió a redactarse el contrato; por el contrario, siguió rigiendo por diez años más con levísimas modificaciones. El arte de escuchar bien había trasformado en buenas las malas relaciones laborales.

El sicólogo de la Universidad de Chicago, Carl Rogers, recomienda un juego que puede practicarse en reuniones de sociedad. Supongamos que se entabla una discusión general sobre cualquier tema, las elecciones, por ejemplo, y que los participantes se acaloran. En este instante Rogers pide a la reunión que haga una prueba: antes de que González, que está muy nervioso, pueda replicar a lo que acaba de decir Martínez, tiene que resumir lo que ha dicho Martínez de modo que merezca la conformidad de éste. Martínez corregirá inmediatamente todo intento de desviar o tergiversar la verdad. En estas condiciones es menester escuchar cuidadosamente y lo más probable es que los acaloramientos pasionales se enfríen.

El resultado del juego es que todos los reunidos, a fuerza de escuchar y rectificar conceptos, llegan a comprender suficientemente el punto de vista de Martínez, aun cuando no estén de acuerdo con él. Lo probable es que los participantes en el juego amplíen su conocimiento del tema . . . cosa difícil de lograr cuando se discute acaloradamente.

Es un juego, dice Rogers, que requiere cierta dosis de valor, porque al formular la posición del adversario uno corre el riesgo de alterar la propia.

F. J. Roethlisberger, miembro de la Escuela Comercial de la Universidad de Harvard, describe en un estudio sobre cursos de capacitación para superintendentes dos actitudes muy distintas en la forma de escuchar. Un director llama a su oficina al capataz Guillermo para notificarle un cambio que va a hacerse en la sección que tiene éste a su cargo; se trata de sustituir una labor ejecutada a mano por otra de fundición, y el jefe explica a Guillermo cómo ha de hacerse.

—¿Ah, sí? —dice Guillermo no muy convencido.

Vamos a examinar los dos caminos que el patrón puede seguir al llegar este momento. El primero es que crea que la contestación de Guillermo significa que no sabe cómo hacer el trabajo y, naturalmente, piensa que debe explicárselo. Así lo hace con toda la lógica y la claridad de que es capaz. Pero salta a la vista que Guillermo le está escuchando cada vez de peor gana e inmediatamente empiezan a surgir dudas en el ánimo del patrón. "¿Será posible —se pregunta— que haya perdido yo la facultad de hablar claramente? No, eso no puede ser. Lo que pasa es que Guillermo no entiende lo que se le dice. La verdad es que parece bastante tonto". La mirada que acompaña a estas reflexiones deja aún más renuente a Guillermo. La entrevista culmina en una falta total de mutua comprensión.

Pero supongamos, dice Roethlisberger, que después del "¿Ah, sí?" de Guillermo el patrón añadiera:

"¿Cómo cree usted que debe hacerse el cambio, Guillermo? Lleva usted mucho tiempo en esa sección. Veamos lo que opina usted. Le escucho".

Al plantearse así la cuestión, Guillermo empieza a reaccionar. El patrón no emplea su autoridad para decirle lo que hay que hacer. Está, por el contrario, escuchándole. Empiezan a ocurrírsele ideas, lentamente al principio, más aprisa después. Algunas son excelentes y el patrón acaba por interesarse en la manera que tiene Guillermo de enfocar el problema. "Es más listo de lo que me parecía", piensa. Se produce la reacción recíproca y Guillermo comienza a pensar que nunca había estimado hasta entonces el valor de su jefe. La entrevista termina en una nota de franca armonía.

En el primer caso, el patrón no ha escuchado a Guillermo: se limitó a decirle cómo hacer las cosas; y, aunque la explicación era bien clara, no se entendieron el uno al otro. En el segundo supuesto, el patrón ha escuchado hasta averiguar qué era lo que preocupaba a Guillermo; después, ambos siguieron estudiando el problema de común acuerdo.

Hasta ahora hemos hablado de hombres que, uno frente a otro, escuchan con buena voluntad para captar el significado de lo que dice el que habla. Pero también es me-



EN LA EDAD ESTA LA DIFERENCIA

COÑAC
OTARD - DUPUY

El coñac es la más simple y a la vez la más noble de las bebidas. • Los conocedores lo beben con respeto pues bien saben los cuidados que requiere su elaboración. • Las excepcionales condiciones que reúne **COÑAC OTARD - DUPUY** son: esmerada selección de vinos blancos, destilación por el método Charentais y paciente añejamiento en cascos de roble importado. • **OTARD-DUPUY**, con control oficial, certifica la edad en sus etiquetas. • **OTARD - DUPUY** se enorgullece de poseer el mayor stock de coñac en añejamiento en la República Argentina, **COÑAC OTARD-DUPUY**, añejo, más de 3 años, **COÑAC OTARD - DUPUY** —Reserva San Juan— Extrañejo, más de 6 años.

nester escuchar críticamente en nuestro mundo saturado de propaganda y de tanta publicidad como tratan de embutirnos. A continuación encontrará usted algunos procedimientos que le ayudarán a escuchar con sentido crítico un discurso o una conversación, la charla de un vendedor o la declaración de un testigo ante el jurado:

Busque usted los motivos que inspiran al que habla. ¿Trata éste de eludir la necesidad de pensar recurriendo a conceptos simbólicos generalmente aceptados —hogar, madre, patria, tradiciones gloriosas y otros similares— o intenta formular realmente un pensamiento? La mayoría de los discursos están recargados de estos símbolos y el oído bien adiestrado puede reconocerlos desde lejos.

¿Expone el orador hechos o meras opiniones? Con alguna práctica podrá usted lograr que su oído capte esta distinción en peroraciones políticas y económicas, y advertir si se salta o no de los hechos a las especulaciones.

El oyente debe también tener en cuenta su actitud personal hacia el que habla. ¿Tiene prejuicios a favor suyo o en su contra? ¿Le escucha imparcialmente, con objetividad, con simpatía?

La suma y compendio del escuchar cuidadoso consiste en esforzarse por descubrir qué piensa de las cosas el que habla, cuáles parecen ser sus necesidades y propósitos, qué clase de persona es. La apreciación tiene que ser por fuerza rudimentaria, pero nos ayudará a entendernos con nuestro interlocutor y a darle la respuesta adecuada.

Una advertencia más. He descubierto que escuchar cuidadosamente me ayuda a estar callado en vez de expresarme atolondradamente. Los mejores oyentes escuchan atentamente con la esperanza de aprender algo que les ayude a crear ideas nuevas.

¿Sabe usted escuchar?

A decir verdad

Durante una fiesta presentaron al novelista Ben Ames Williams a uno de los invitados.

—De modo que usted es Ben Ames Williams —exclamó el otro—. ¡Nunca soñé que lo conocería en carne y hueso!

—Nunca ando sin ellos —repuso Williams. — E. E. E.

En un ascensor del capitolio de Washington se encontró la periodista Ruby Black con un senador.

—Espero que todo lo que escriba usted hoy sea verdad —le dijo el legislador.

—Sí —repuso ella— todo, menos lo que vaya entre comillas.

— R. L. W.

PELIGRO:
fume por su cuenta y riesgo

Condensado de "Time"

Algo de más vastas proporciones que el cáncer pulmonar está en juego. Estudios recientes comprueban que es mucho mayor el número de fumadores de cigarrillos que mueren de enfermedades cardiovasculares relacionadas con el tabaco, que el de los que mueren de cáncer pulmonar. El humo del cigarrillo agrava otras muchas enfermedades, desde las úlceras hasta la pulmonía. Aviso a los fumadores: ¡NO FUMEN! *O por lo menos, no aspiren el humo.*

EN LA última reunión anual de la Asociación Médica Norteamericana, celebrada en Chicago, el asunto que ocupó principalmente la atención fue el peligro de fumar. Los médicos, conocedores ya del papel del tabaco en el cáncer pulmonar, se enteraron con alarma de que se habían venido preocupando por lo que no es sino uno de los males menos graves entre los causados por el tabaco. El cáncer del pulmón producido por fumar cigarrillos, según declaró el Dr. Edward Cuyler Hammond, jefe de la sección de estadística de la Sociedad Norteamericana de Cancerología, es "relativamente de escasa importancia", comparado con los estragos que hace el tabaco en otras múltiples formas.

Por haberse concentrado la atención en los millares de defunciones que ocasiona anualmente el cáncer del pulmón, no se ha observado el hecho, más funesto aun, de que si la cifra de muertes "excesivas" es cuatro veces mayor entre los devotos del cigarrillo, ello es efecto de una larga y complicada cadena de circunstancias. El humo del cigarrillo, profundamente aspirado, constituye

Alarmantes estadísticas

POR EL DR. EDWARD CUYLER HAMMOND
Director de la sección de investigaciones estadísticas de la Sociedad Norteamericana de Cancerología

En 1951 dio principio la Sociedad Norteamericana de Cancerología a un estudio médico de 187.783 varones cuya edad variaba entre los 50 y los 69 años. Fuimos siguiendo la historia clínica de esos hombres durante 44 meses. En ese espacio de tiempo ocurrieron 7316 defunciones entre los fumadores habituales de cigarrillos. De éstos, solamente 4651 habrían muerto en ese lapso, si su índice de mortalidad hubiese igualado el de los hombres de la misma edad que nunca habían fumado. Esas 2665 defunciones de diferencia pueden considerarse como "muertes adicionales", en las que tuvo intervención el hábito de fumar cigarrillos.

De esas "muertes adicionales", el 52 por ciento se atribuyeron a lesiones de las coronarias, el 13,5 por ciento a cáncer del pulmón, y las demás a úlceras, enfermedades vasculares y pulmonares, cáncer de la vejiga, cirrosis hepática y otros padecimientos que guardan muy estrecha relación con el hábito de fumar cigarrillos.

El índice de mortalidad por lesiones de las coronarias fue un 70 por ciento mayor entre los fumadores de cigarrillos que entre los no fumadores, y el mismo índice por cáncer pulmonar fue 10 veces mayor.

Ambos índices aumentaban en proporción directa al volumen de cigarrillos fumados. El índice global de mortalidad por las diversas causas mencionadas fue mucho más elevado entre los fumadores de cigarrillos que entre los enfermos que nunca habían fumado . . . aunque sólo ligeramente más alto entre los fumadores de cigarros y pipa que entre los que nunca fumaron. El índice entre aquellos que fumaban dos o más paquetes de cigarrillos diarios era 2,25 veces más elevado que entre los que nunca habían fumado.

En 1959 dimos comienzo a un nuevo estudio médico entre 1.079.000 personas. Sus primeros resultados confirman en buena parte los del estudio anterior. Comprobamos, además, que el volumen de humo que se aspira es un factor de mayor importancia que la cantidad de tabaco fumado.

Después de revisar las pruebas acumuladas, lo menos que puedo decir es que el hábito de aspirar el humo del tabaco produce una serie de efectos muy nocivos y acorta la vida. El medio más sencillo de evitar esas consecuencias es el de no fumar en absoluto. No obstante, aquellos que se empeñen en fumar cigarrillos conseguirán disminuir el riesgo que corren dejando de aspirar el humo. — *Scientific American*, julio de 1962

una amenaza de muerte prematura a través de los pulmones, las arterias y el propio corazón.

Hablando en nombre de un grupo de distinguidos patólogos y peritos en estadística, el Dr. Hammond resumió las conclusiones preliminares de un concienzudo estudio em-

prendido hace siete años. En el Hospital de la Dirección de Ex-Combatientes en East Orange (Nueva Jersey), se obtuvieron, en más de un millar de autopsias, muestras de tejido pulmonar, que fueron cuidadosamente examinadas al microscopio por los patólogos. Todos los portaobjetos estaban marcados únicamente con un número clave, de suerte que los patólogos ignoraban su procedencia. Después, los peritos en estadística cotejaban los datos patológicos con las historias clínicas de los finados. Los resultados del estudio constituyeron en verdad un cuadro detallado del daño progresivamente causado por el humo del tabaco.

Súbito esfuerzo. Según esos investigadores, el humo aspirado profundamente irrita las células que tapizan las minúsculas cavidades del pulmón (alveolos). Las paredes de los alveolos se engruesan, pierden su elasticidad y no poca de su capacidad para desempeñar su vital función de cambiar el anhídrido carbónico por oxígeno. Expuestas a esfuerzo súbito —como un golpe de tos o un estornudo— las paredes alveolares se desgarran y parte del pulmón queda inutilizada.

Al par que daña los alveolos, un humo denso es nocivo para los capilares que llevan la sangre a la superficie del pulmón para oxigenarla. Las túnicas internas de las arterias se ponen fibrosas y gruesas. En las túnicas así engrosadas se forma en breve un sedimento interior que, al reducir la luz de las arterias, no permite el paso más que a un corto cau-

dal de sangre. A la larga muchos de esos capilares se ven obturados por completo.

Lesiones en cadena. Estos dos grupos de fenómenos serían bastantes por sí solos para explicar por qué miles de personas son verdaderas "inválidas del pulmón", afectadas de lo que la mayoría de los médicos en los Estados Unidos llaman fibrosis pulmonar y enfisema crónico. Pero no concluye ahí la cadena de males.

La destrucción de capilares en el pulmón y el engrosamiento de las paredes de otros vasos ligeramente mayores, aumentan la tensión sanguínea en las arterias pulmonares y someten al lado derecho del corazón a mayor esfuerzo. Asimismo, obliga al lado izquierdo a trabajar más para impulsar la sangre contra una resistencia mayor. Un corazón sano podría acaso sobrellevar este trabajo adicional, pero un corazón debilitado ya por otras dificultades, muy bien pudiera fallar en la empresa.

Añádase que, mientras por un lado se exige al corazón un excesivo esfuerzo, por otro el anhídrido carbónico del humo del cigarrillo se mezcla a los corpúsculos rojos de la sangre y disminuye su capacidad para conducir oxígeno. Como consecuencia, el músculo cardiaco, ya sometido a esfuerzo inmoderado, recibe menos combustible para realizar su función. A la vez, la nicotina del tabaco ocasiona una constricción de las extremidades de las arteriolas y acelera el ritmo del corazón, lo que incrementa en éste la nece-

sidad de oxígeno y complica aún más el problema coronario.

Advertencia a los fumadores. El Dr. Hammond y sus colegas se abstuvieron deliberadamente de insinuar siquiera que el fumar sea causa fundamental de la hipertensión arterial o de la angina de pecho. Pero sí estuvieron de acuerdo entre sí, y con otros disertantes de la reunión, en que es casi seguro que el fumar agrava esos estados. Convinieron igualmente en que, en caso de enfermedades infecciosas de las vías respiratorias, tales como la gripe, la neumonía y la tuberculosis, el riesgo de empeoramiento, o incluso de muerte, es mucho mayor cuando la víctima tiene los pulmones dañados por el humo del tabaco.



El espiritismo paga. El Dr. Charles Mayo, distinguido cirujano de la clínica de los hermanos Mayo, recibió una carta de un espiritista que decía: "Desde que su ilustre progenitor pasó al otro mundo, él ha sido mi médico. ¿Qué opina usted de esto?" El doctor Mayo le contestó: "Me parece magnífico. Tenga la bondad de calcular a cuánto montan a la fecha los honorarios de mi padre, y sírvase girarme la suma"

—B. C.



De armas tomar. Acompañado de un amigo visitaba yo en Southbury (Connecticut) la hermosa mansión de una dama de edad, descendiente de una rancia familia de la Nueva Inglaterra. Mientras nos enseñaba la casa solariega, llamó la atención de mi amigo una vieja escopeta colgada en la pared sobre la chimenea de la sala. Mi amigo pidió permiso para bajarla, a fin de examinarla más de cerca.

—Me temo que eso sería peligroso —repuso la matrona— pues está cargada y amartillada. Mi bisabuelo vivió constantemente apercibido para el momento en que pudiera tomar parte en la lucha por la libertad de las colonias.

Sonreímos comprensivamente.

—Entonces . . . ¿murió antes de la guerra de independencia?

—Oh, no. Muchísimo después. Pero siempre conservó la escopeta cargada porque el general Washington no le inspiraba confianza.

—W. R. S.

Nuestro maravilloso universo

Si las moléculas de *una* gota de agua pudieran convertirse en granos de arena, habría suficientes para hacer una carretera de hormigón de 750 metros de ancho y 30 centímetros de espesor entre París y Teherán.

—L. R.



Salón de los socios en la Casa de Rothschild en Londres

Grandeza de la Casa de Rothschild

Por Frederic Morton — *Condensado de "Holiday"*

Para muchos el nombre de esta familia, la más acaudalada del mundo, es sinónimo de fabulosas riquezas. Mas debido a la discreción que caracteriza a sus miembros, pocos conocen su origen y la forma en que opera.

La reina Victoria era "inmensamente rica", aun entre los grandes monarcas del siglo XIX. Se calculaba que su fortuna particular ascendía a cinco millones de libras esterlinas. ¡Pobre Victoria! La célebre familia Rothschild poseía en aquel tiempo un capital que, según cálculos de entonces, pasaba

de 400 millones de libras. Nadie más, ni siquiera los Rockefeller, se ha acercado a tal cifra.

Hoy, para el mundo en general, "Rothschild" significa una enorme riqueza muerta. Mas para quienes realmente conocen esta casta, el nombre evoca algo bien vivo, algo envidiable, aunque ridículamente inalcanzable por lo exagerado. "Los Rothschild son los verdaderos sucesores de los Borbones en Francia", dijo una dama de la alta sociedad el año pasado. Ellos y los ocupantes del Palacio de Buckingham parecen ser las únicas familias que aún tienen a su disposición reinos que funcionan.

Tomemos, por ejemplo, al barón Edmundo de Rothschild, hombre benigno, afable, de cultivado acento. Desde su oficina estilo Luis XIV en un edificio de seis pisos en el número 45-47 de la rue du Faubourg-Saint-Honoré, en París, dirige una organización mundial que construye balnearios en Israel, proyecta lujosos sitios de veraneo en Martinica y Guadalupe, edifica vastos conjuntos de viviendas en París, suministra fondos a bancos y costea fábricas de automóviles en el Brasil. No es probable que haya en toda Europa otro millonario de tan múltiples actividades.

Sin embargo, esta oficina de 150 empleados, dista varias calles de la Casa Rothschild de París propiamente dicha, que se levanta aún donde su fundador la estableció hace más de 140 años: en el No. 21 de la rue Laffitte. Todavía es propiedad exclusiva de algunos de los

Barón Edmundo de Rothschild



Rothschild, que por sí mismos la administran: los barones Guy, Elie y Alain, primos de Edmundo. Es el banco particular más poderoso de Francia, y dirige, entre otras empresas, la Société d'Investissement du Nord, con enormes intereses industriales y mineros en los cinco continentes.

Otra también es la sociedad de Messrs. N. M. Rothschild & Sons, de Londres, asimismo empresa en gran parte de familia. Sus dueños son Edmundo, Leopoldo y Evelyn, los más importantes cambistas de oro en barras en la Mancomunidad Británica, propietarios de la refinería antes empleada por la Real Casa de Moneda y uno de los agentes de compras de oro del Banco de Inglaterra. Desde 1955 tienen el control de una cadena monumental de compañías mineras en la América del Norte, entre las cuales se cuentan 130.000 kilómetros cuadrados de campos de minas, bosques maderables y fuentes de energía hidroeléctrica, en el Labrador.

Una visita al banco inglés o francés de los Rothschild es algo que causa honda impresión. No se encuentran allí jóvenes y bellas secretarias que muestren sus rodillas. La antesala de una de estas oficinas envuelve al visitante en la severidad de una añosa catedral. De la penumbra del vestíbulo sale un impecable y antiquísimo mayordomo que, con ceremoniosa caligrafía, escribe nuestro nombre en una tarjeta y pasa ésta a un ujier, quien la coloca en una bandeja de plata y desaparece. El ujier vuelve a aparecer, nos hace una reverencia para que pasemos al corredor y allí nos entrega a uno de los servidores particulares del Rothschild que vamos a visitar. Este chambelán nos conduce a su vez a uno de los ceremoniosos salones de espera.

Los extraños, atraídos por el esplendor del nombre de Rothschild, rara vez caen en la cuenta del carácter exclusivo de estas empresas bancarias. Cada año centenares de personas llaman a las puertas del banco de los Rothschild en Francia o Inglaterra, provistos de cientos de miles de francos, dólares o libras. Quieren que los Rothschild inviertan por ellos el dinero que les llevan. Oficialmente, cualquier hombre de negocios de buena reputación puede abrir una cuenta en el banco de París con un depósito de más de 10.000 nuevos francos, pero . . . extraoficialmente se agrega una frasecita: ". . . si es amigo de la casa". Entre los típicos clientes amigos de las dos casas se cuentan varias reales familias y algunos de los más estables gobiernos de la América del Sur. "Sí, supongo que somos un poquito quisquillosos acerca de quiénes han de estampar su nombre en nuestros cheques", replica el barón Guy de Rothschild cuando se le toca este punto.

La casa Rothschild tuvo sus principios con un indigente huérfano judío salido del *ghetto* de Francfort, Alemania, al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII. El joven Mayer Anselmo ni siquiera tenía nom-


deslizantes
afeitadas
eléctricas...
aún en días de calor
con
williams
Lectric
Shave
loción para antes
de afeitarse
williams
Lectric
Shave


El escudo de armas de los Rothschild

bre de familia. Para identificarse de alguna manera, los judíos acostumbraban poner signos sobre las puertas de sus casas; los antepasados de Mayer habían vivido en una que tenía un escudo rojo (*Rot Schild*) y éste fue su apellido.

A Mayer, joven alto y modesto, le fascinaban las monedas antiguas —dinares y táleros de raro cuño— y comenzó a venderlas en la corte de los Hesse-Cassel, la familia reinante. Se hizo cambista. Luego se casó con Gutle Schnapper, hija de un tendero de la "parte próspera" de la calle de los Judíos, y de esa unión nacieron diez hijos, cinco de ellos varones, todos genios de las finanzas, que habrían de esparcirse por cinco reinos de Europa.

Primero vino Anselmo, futuro banquero de la corte de Prusia. Luego Salomón, que apoyó económicamente al príncipe Metternich, canciller austriaco, y a la postre se estableció en Viena. Después Natán, que empezó despachando textiles de Inglaterra al viejo Mayer Anselmo en Francfort y habría de convertirse en el mercader y banquero más rico de la Gran Bretaña. En seguida Carlos, el sostén de las finanzas del reino de Nápoles. Y por último Jacobo, magnate de la Bolsa de París y con el tiempo principal acreedor de la Tesorería francesa.

Mayer personalmente fijó las reglas que fueron las columnas de esa institución dinástica. Todos los puestos de importancia en sus varias empresas deberían ocuparlos miembros de la familia, nunca empleados (hasta hoy son Rothschild los principales dueños o socios de las grandes casas bancarias). También inició un sistema de contabilidad secreta que debía llevarse además de la oficial. En la actualidad el negocio de los Rothschild es tan privado que, a pesar de su enorme tamaño, está compuesto de sociedades particulares que no necesitan publicar balances ni otra clase de informes.

Pronto llegó a convertirse en dogma de la dinastía que el más brillante matrimonio que podía hacer cualquier miembro de la Familia, era el celebrado con algún otro de sus componentes. De los 12 matrimonios contraídos por los hijos de los cinco hermanos originales, no menos de nueve lo fueron con las hijas de sus tíos. De las 58 bodas celebradas por los descendientes del viejo Mayer, la mitad, exactamente, ocurrieron entre primos hermanos. ¿Cuál sería la causa de tantos enamoramientos entre parientes? Entre otras razones, el hecho de que solamente el padre de una Rothschild podía ofrecer una dote digna de un yerno del mismo apellido. Otra era la determinación de conso-

lidar fortunas en vez de disiparlas; y, la más importante de todas, el deseo de no malgastar el apellido dándoselo a extraños.

Bajo el techo de un Rothschild hasta las aficiones hallan expresión dinástica. El padre de Enrique se interesó por la medicina y levantó un inmenso sanatorio para tuberculosos en Berck-Plage. El propio Enrique se hizo médico y financió la Fundación Eva Curie para el tratamiento del cáncer. Lionel Gualterio y su hermano Nataniel Carlos se aficionaron a los insectos. Cuando murió Lionel Gualterio en 1937, dejó la más valiosa colección de ejemplares de historia natural jamás reunida por persona alguna, incluyendo 2,5 millones de mariposas, polillas y otros insectos. El sobrino de Lionel Gualterio, el actual Lord Rothschild, es subdirector del Departamento de investigaciones zoológicas en la Universidad de Cambridge y uno de los entomólogos más autorizados en Inglaterra. Su hermana Miriam es co-autora de un importante trabajo de parasitología titulado *Pulgas, trematodos y cuclillos.*

Edmundo sirvió en la segunda guerra mundial como mayor de artillería. Uno de sus camaradas en el conflicto recuerda: "Eddy era uno de nuestros mejores oficiales, aunque fue siempre incapaz de sujetarse a los reglamentos. Cada vez que uno de nuestros soldados se veía en un apuro —digamos que su madre hubiera fallecido y que necesitaba permiso para ausentarse y

algo de dinero— se iba derecho a Eddy, aunque perteneciera a otra compañía. Todos sabíamos que Rothschild echaría mano de su talonario de cheques o se pondría en comunicación telefónica con el mismo Palacio de Buckingham.

"—Eddy —solía decirle yo—. No puedes hacer eso. Es preciso llenar un formulario y enviarlo al coronel.

"—¿Qué tiene que ver con esto el coronel? —preguntaba.

"Sencillamente no entendía lo que era un superior".

Los Rothschild son perfeccionistas. En la heredad de Lionel Natán en Inglaterra, había 30 invernaderos construidos con madera de teca en un terreno de casi dos hectáreas, en donde sus 200 jardineros cultivaban centenares de miles de espléndidos rododendros; más que en ninguna otra parte de la tierra. Esto se debía no sólo al cuidado sino a un implacable empeño de selección. "El señor Lionel llegó a producir 1200 rododendros híbridos —cuenta el mayor Peter Barber, actual administrador de la propiedad—. Tenía la paciencia de cuidar durante 10 años un vivero de arbolillos y aguardar a que todos hubieran florecido; luego escogía los mejores y destruía el resto".

Esta inclinación de los Rothschild a lo perfecto se hace sentir también en otros e inesperados campos. La casa bancaria de Londres, por ejemplo, tiene entre sus altos funcionarios a un tal L. Natán, graduado en literatura, quien desempeñaba el curioso puesto de corresponsal en


ODO·RO·NO

jefe de la empresa, y como tal le correspondía asesorar a las distintas secciones en la redacción de las cartas importantes, para que éstas salieran impecables, no sólo en su aspecto legal sino también en cuanto a su estilo. El banco entiende que una carta que lleve su sello no es una comunicación cualquiera sino un documento que representa a la familia.

La preocupación que ésta tiene de sus responsabilidades es constante. Durante la segunda guerra mundial vivía en Londres Chaim Weizmann, en aquel entonces jefe del sionismo mundial. Durante uno de los bombardeos, Weizmann se encontró con el joven Lord Rothschild que, en un refugio antiaéreo, trataba de apaciguar a sus tres chiquitines . . . vano afán que se prolongó toda la noche mientras llovían las bombas sobre Londres. Por fin Weizmann le preguntó por qué no enviaba a sus hijitos a los Estados Unidos como lo hacían otros tantos padres pudientes.

—¿Por qué no? Por su bendito apellido —le respondió Rothschild. Si yo mando a estas pobres criaturas al otro lado del Atlántico, el mundo dirá que siete millones de judíos son cobardes.

Una de las cualidades de la familia parece haberse arraigado en las recientes generaciones: aunque controlan docenas de empresas industriales, comerciales y mineras, hoteles y balnearios, ninguna de ellas lleva su nombre. Los Rothschild no forman parte de un mundillo frívolo ni se hacen llevar en lujosos autos Rolls-Royce. El carácter de la familia no ha permitido que de ella salga un solo calavera. Sus vastas obras de beneficencia funcionan calladamente. Apenas si se sabe que en Francia el barón Guy es presidente del Fond Social Juif Unifié. Muy pocos han oído hablar de un organismo llamado Bethsabee Crafts Ltd. que subvenciona a los artesanos en vidrio, metales y alfarería de Israel y distribuye sus productos en todo el mundo. Todos los días, en el Luvre, en el Museo Británico y en otras muchas instituciones, centenares de investigadores y estudiantes de las artes plásticas examinan valiosos tesoros artísticos sin saber que éstos adornaron en otro tiempo los salones y bibliotecas de los Rothschild.

Hay una ciudad de primordial importancia para los Rothschild que muestra escasas huellas de su paso: Francfort. El archivo municipal de ésta encierra unos cuantos papeles amarillentos que dan fe del origen de la familia; pero las ruinas de la casa patriarcal de los Rothschild dejadas por los bombardeos fueron removidas hace cinco años para dar asiento a un nuevo edificio comercial.

No obstante, en una estrecha vivienda del *ghetto* de esa ciudad, Mayer Anselmo Rothschild comerció en monedas, casó con Gutle Schnapper y engendró cinco hijos prodigiosos que conquistaron el mundo en una forma más amplia y duradera que todos los césares.

CONSUELO EN LA HORA DEL DOLOR



POR ELIZABETH BYRD • *Condensado de "Guideposts"*

Hay muchas formas de llevar consuelo a quienes sufren la pérdida de seres queridos o el fracaso de sus ilusiones, pero siempre entra como elemento esencial la comprensión.

EN EL apogeo de su carrera literaria, Oscar Wilde era un cínico ingenioso, brillante y superficial como sus célebres epigramas. Fue entonces acusado de conducta inmoral y enviado a la cárcel, lo que constituyó una caída trágica para él. Cuando volvió a salir en libertad ya no escribió comedias chispeantes. Ya no le atraía la frivolidad, al conocer el lado serio de la vida, y escribió lo que es para mí su pensamiento más hermoso: *Donde hay dolor es la tierra sagrada.*

Todos llegamos a pisar esa tierra, tarde o temprano. Todos tenemos amigos que sufren dolores físicos o morales, o la pérdida de un ser querido, y queremos con todas nuestras ansias consolarlos, pero no sabemos cómo. Tomemos el caso de una carta de condolencia, por ejemplo, ¿cómo podemos evitar en ella las formas rutinarias y dar algo del verdadero alivio a la pena que desearíamos brindar?

Una amiga mía encontró el modo de hacerlo cuando murió mi novio, al enviarme una notita que decía simplemente: "¿Recuerdas aquella noche en que tú, Felipe y yo leíamos poesías frente a la chimenea?"

Junto con la carta había unos pocos versos, que evocaban una velada del otoño anterior, al calor de las llamas del hogar de mi sala, en que Felipe, tendido sobre la alfombra, nos leía *El profeta* de Gibrán Kalil Gibrán:

"... juntos estaréis para siempre
estaréis juntos cuando las blancas
alas de la muerte
dispersen vuestros días".

¿Creía Felipe en estas palabras? Probablemente, pues de otro modo no las habría elegido para leerlas. Por primera vez desde su muerte

me sentí consolada, no sólo a causa de lo que esas palabras decían, sino de la comprensión demostrada por mi amiga de lo que necesitaba mi alma.

Ante una pena que acabamos de sufrir, lo primero que tratamos de hacer no es olvidar, sino por el contrario recordar. Decirnos en ese momento que el tiempo curará la herida es casi una ofensa a nuestro dolor. Phillips Brooks, el autor del himno sagrado *¡Oh, pueblecito de Belén!*, escribió a un amigo que acababa de perder a su madre: "La gente nos ofrece un consuelo muy mezquino cuando nos habla de lo que ayudará el tiempo a mitigar nuestra pena, pues ese sufrimiento está íntimamente unido a nuestro afecto y si dejáramos de sufrir nos arrebatarían el amor que sentimos por el ser desaparecido".

Más difícil todavía que escribir a la persona que ha sufrido la pérdida de un ser querido es hallarse junto a ella cuando acaba de recibir el golpe. En nuestra impotencia para encontrar las frases apropiadas, solemos permanecer penosamente mudos, y esto tal vez sea providencial en el primer momento. Helen Keller ha escrito: "A menudo decimos a nuestros amigos para disculparnos: *¡Es tan poco lo que puedo decirte!* Ojalá supiéramos que cualesquiera palabras —hasta las más bellas— son impertinentes en tales instantes y que la solidaridad más sincera con el dolor se expresa en un cálido apretón de manos". Más adelante, cuando el doliente quiere hablar de esa pérdida, debemos alentarle a que lo haga.

"Quien me consoló más", me ha dicho una viuda, "fue una nueva vecina que se había mudado a la casa de al lado justamente antes de que Jerónimo muriese en Corea. Me visitaba con frecuencia y me traía algún libro o vianda, pero no se quedaba a conversar, pues comprendía que yo estaba demasiado triste para hablar. Una noche mi dolor pareció hacer crisis y la llamé por teléfono para pedirle que viniera a verme. Al llegar me pidió inmediatamente que le hiciera un favor: —Su marido podría haber sido mi vecino —dijo— y por eso me siento como defraudada por no haber llegado a conocerle. ¿Le molestaría hablarme de él?

"De pronto me vino un ansia enorme de hablar de Jerónimo. Volqué en mi visitante todo lo que tenía guardado y un llanto purificador me inundó. Fue ése mi primer paso hacia la resignación".

En semejante trance, los niños representan un problema particularmente penoso. El mayor motivo de consuelo que podrá encontrar un niño será saber, no sólo que otros le quieren, sino también que le necesitan en las horas del dolor. Una viuda me contaba que su sufrimiento por la muerte del marido se veía acrecentado con la preocupación por su hijo Pedro, que tenía 10 años. "Apenas falleció David", agregó, "Pedro se quedó extrañamente callado; me parecía como si hubiese levantado en torno suyo una mura-

lla que no me dejaba llegar hasta él. Una tarde fue al puesto de periódicos y con gran asombro mío trajo el diario de la tarde, se sentó en el sillón de David y se puso a leer. Luego puso la televisión, pero no para ver las películas de vaqueros que tanto le gustaban, sino los programas informativos. Después de cenar dio una vuelta por la casa para revisar si estaban bien cerradas las puertas y las ventanas y me recordó que sería necesario comprar burletes para el invierno. Por entonces yo había comprendido, desde luego, lo que estaba haciendo mi hijo y la razón de que no se dejara llevar por la emoción en mi presencia. Al imitar a su padre, trataba de recuperar la sensación de seguridad y protección que habíamos perdido. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no estrecharle entre mis brazos, pero no habría querido por nada del mundo menoscabar su recién adquirida dignidad".

El verdadero consuelo no puede limitarse a los primeros momentos. Un párroco me dijo una vez:

"El que sufre por la muerte de una persona querida se ve por lo común rodeado de amigos y obsequiado por ellos con todo lo que pueda amortiguar su dolor ... al principio. Pero ¿qué pasa unas pocas semanas más tarde? La anestesia del golpe inicial ha cesado de hacer efecto, todas las pequeñas tareas que le tenían activo están cumplidas, los amigos vuelven a sus propias ocupaciones y preocupaciones y él queda solo demasiado pronto. Hace varios años, en mi parroquia, una viuda tuvo la idea de consagrarse, con ayuda de tres feligreses más, a la misión de acompañar a quienes estaban en esa situación durante lo que llamaba la segunda etapa del dolor. Es ésta la única sociedad secreta a que pertenezco. ¿Qué hacemos? Invitamos a los deudos directos de las personas fallecidas a nuestras casas en las noches que suelen ser más dolorosas para ellos, como los cumpleaños o los aniversarios y desde luego las Navidades. Procuramos animarles a que se dediquen a alguna afición, y hacemos todo lo posible para facilitársela. En cierto caso, ayudamos a una madre que había perdido a su hijo, en las gestiones de adopción de otro niño.

"Ninguna de esas personas sospecha en aquel momento lo que estamos haciendo, pero más adelante, cuando están ya más resignadas, las invitamos a incorporarse a nuestro grupo, que hoy tiene 46 miembros. Es una cadena que se extiende constantemente y sus eslabones son la necesidad que todos tenemos de consolar y ser consolados".

¡Horror! La actriz Eva Bruce dice que conoce a un productor de Hollywood, especializado en películas de horror, que para su última cinta se inspiró en su propia esposa, al verla con el pelo recogido con rizadores.
—J. M

VISTA SU HOGAR DE ALEGRIA

CON LA NUEVA COLECCION *Pintel®* DE TELAS PARA TAPICERIA

Realizadas con telas de la Colección Pintel®, sus cortinas, fundas, cubrecamas y tapizados, brindarán a su hogar una alegre renovación... ¡a todo color!

- 30 alegres diseños con 96 diferentes combinaciones de colores.
- Colores firmes y luminosos.
- Gran rendimiento y economía.



COLECCION PINTEL®
de Telas para Tapicería

...y para REPOSERAS - HAMACAS - PARASOLES - CARPAS - CORTINAS...

NUEVA LONETA

DURASOL®

Es firme! Resistente! Estampada con diseños modernos y exclusivos, en colores inalterables, frescos y alegres.







UNICA EN EL PAIS!

Loneta DURASOL®, SIEMPRE NUEVA EN SU COLOR!

® Marcas Registradas de FABRICA ARGENTINA DE ALPARGATAS S. A. I. C.
Puro algodón   Industria Argentina



Palacio del Sultán de Zanzíbar

Zanzíbar, el lugar más perezoso del mundo

Un viaje a la isla fabulosa recién salida de las "Mil y una noches"

Por David Reed

Las lánguidas olas de un mar purísimo color de esmeralda rodean a la encantadora isla. Una marejada soñolienta acaricia las playas de blanca arena. La luz dorada del sol ecuatorial baña día tras día esta tierra hechizada.

Al aproximarse el barco, el viajero ve surgir millares de cocoteros y poco después una ciudad pequeña y atrayente. El palacio de un blanco resplandeciente en que reside el Sultán se alza junto al mar y a sus espaldas se abre un increíble laberinto

de tortuosas callejuelas que parece salido de las *Mil y una noches*. No sería de extrañar, ya que Zanzíbar fue remota avanzada del gran imperio árabe que en los días de los grandes veleros abarcaba casi toda el África Oriental.

Zanzíbar conserva ese aire fabuloso más que Bagdad, El Cairo, Damasco o cualquiera de las otras ciudades legendarias del Oriente. Situada en el océano Índico, a seis grados al sur del ecuador y 37 kilómetros de la costa africana, consiste realmente en varias islas: la de Zanzíbar propiamente dicha, que tiene 1650 kilómetros cuadrados; la de Pemba, con 985 kilómetros cuadrados de tierras; y un racimo de manchitas menores en el mapa del océano. La bandera roja del Sultán de Zanzíbar flamea sobre la isla, pero a su lado, como para mostrar quién es el amo, flota el pabellón británico. Pues quiéralo o no, Zanzíbar ha sido desde 1890 un "protectorado" británico, si bien ha de alcanzar pronto su independencia. Todos están de acuerdo en que la emancipación de Zanzíbar no provocará grandes conmociones; y sin embargo es posible que dé una lección al mundo sobre cómo disfrutar de una vida ociosa y feliz.

Hay pocos lugares tan idílicos en el orbe. La belleza señorea por doquier; interminables paisajes de verdor ondulan en todas direcciones; coloridas flores tropicales brillan todo el año: jacarandaes, árboles del fuego, franchipanes y buganvillas. Un agua cristalina brota de innumerables manantiales; altas palmeras se mecen graciosas bajo la brisa; y un aroma penetrante, denso y sedante a la vez, se esparce por toda la isla. Por unos instantes el visitante se pregunta qué será, mientras tenues recuerdos de dolores de muelas y tartas de manzana acuden a su mente, hasta que lo reconoce: Zanzíbar está impregnado del dulce perfume del clavo de especia.

El antiguo nombre de Zanzíbar en lengua suaheli es *Unguja*, el País de la Abundancia, y lo merece, pues su tierra es generosa en toda suerte de cultivos y basta el más pequeño esfuerzo de los nativos para sacarles provecho. Por ejemplo, Zanzíbar y Pemba producen casi el 80 por ciento del clavo de especia que se consume en el mundo y también exportan cantidades grandes de copra y otros productos del cocotero. El alimento crece solo y hay una increíble variedad de frutas: plátano, árbol del pan, árbol de la India, naranjas, limones, limas, mandarinas, toronjas, mangos, piñas, papayas y muchas otras.

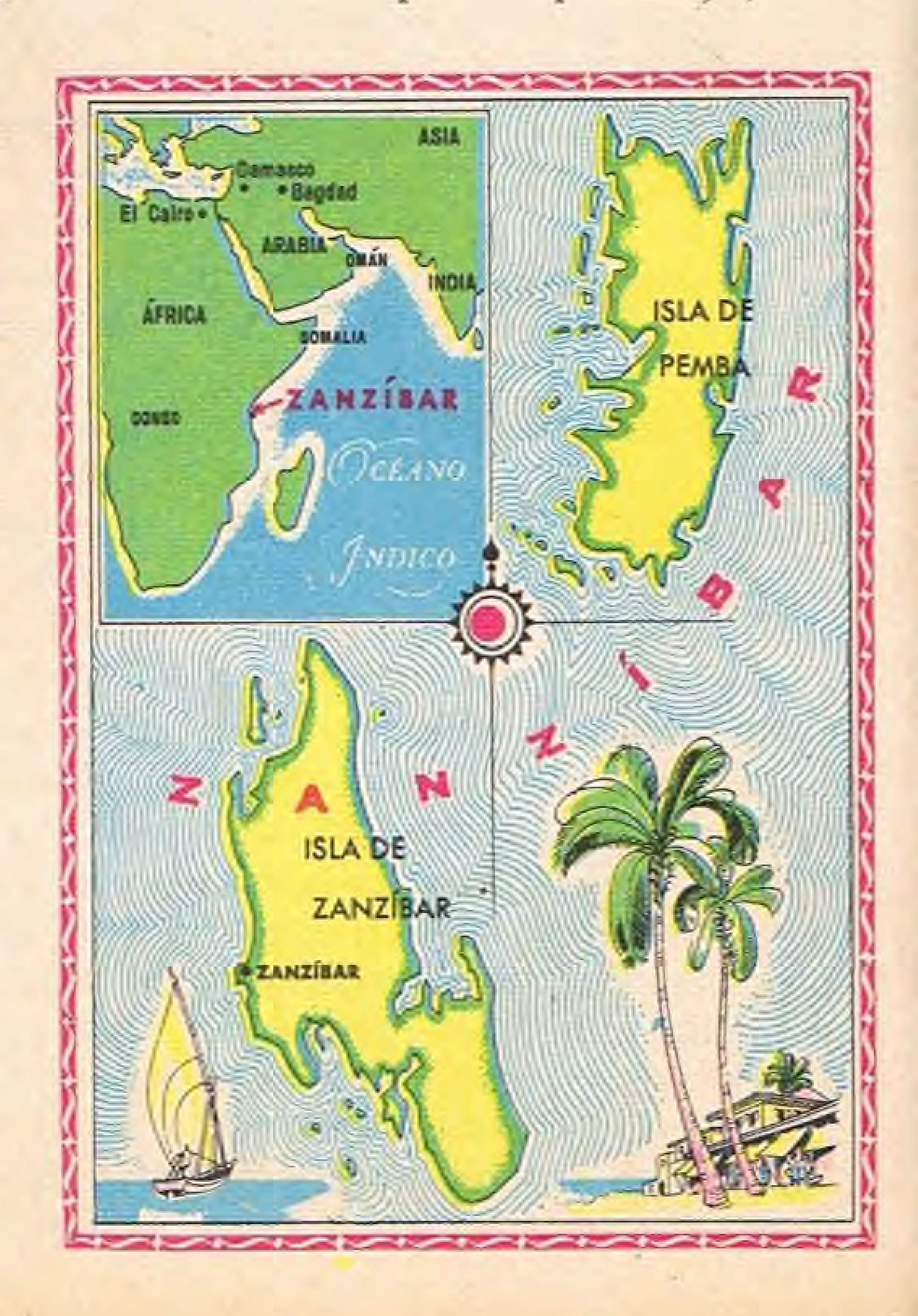
De los muchos productos que da la tierra, el clavo de especia es el más apropiado al temperamento nacional. Una vez plantado el clavero, el soñoliento cultivador no tiene más que sentarse a la sombra y mirar cómo sus diminutos capullos crecen y se trasforman en bellas libras esterlinas. Aun en las épocas de precios bajos, un buen árbol produce hasta seis libras esterlinas de clavo de especia por año y en los buenos tiempos, puede decirse que llue-

ve literalmente dinero sobre los que duermen bajo sus ramas. Por si esto fuera poco, el clavero seguirá rindiendo beneficios a su dueño durante toda la vida de éste, ya que por lo común da fruto durante setenta u ochenta años.

La generosidad de la Naturaleza ha hecho que en Zanzíbar se acostumbren a la vida fácil sus 307.000 habitantes, la mayoría de origen africano pero entre los cuales se han establecido desde hace siglos árabes, indios, persas y otros colonos. Los árabes fueron los primeros conquistadores de las islas y llevan tanto tiempo mezclando su sangre con la de los aborígenes africanos que es difícil distinguirlos. El propio Sultán es africano en parte, así como el suaheli, su idioma nacional, que si bien básicamente bantú, tiene alrededor de un tercio de vocablos árabes y ha venido a formar un lenguaje suave y musical, mucho más apropiado para los habitantes de esta tierra que los sonidos ásperos y guturales de los árabes.

Pero cualquiera que sea su origen, los zanzibareños son regordetes, simpáticos y exquisitamente perezosos. La Naturaleza les ha ahorrado el esfuerzo de tener que cumplir la jornada de ocho horas y dedican sus energías, muchas o pocas, a cultivar el arte de vivir. Su puerta está abierta todo el día y hasta un forastero no tiene más que entrar y gritar *Hodi* (¡Hola!) para ser agasajado con café y dulces y con una tranquila conversación que a veces se prolonga varias horas.

La risa es el sonido dominante en Zanzíbar, porque todo el mundo está siempre dispuesto a dejar de lado lo que está haciendo, si es que algo está haciendo, para ponerse a charlar y a contar chistes. Las citas no tienen el menor significado y no es caso raro que el mismo anfitrión se olvide de asistir a una reunión en su propia casa. El carácter de los isleños está expresado por un viejo ada-



5.937 certificados por $ 3.526.495.000



FUERON SUSCRIPTOS EN A.R.C.A.

EN SOLO 5 MESES

porque A.R.C.A., inspira fe... con realidades!

5.937 CERTIFICADOS de ahorro y préstamo por **$ 3.526.495.000** suscriptos en sólo **5 meses** (1° de Julio al 30 de Noviembre 1962), son la prueba más terminante de la confianza depositada en la solvencia y responsable experiencia de A. R. C. A.

Si Ud. desea comprar, edificar o ampliar su vivienda, nuestro sistema de ahorro y préstamo le ofrece la mejor solución y la más adaptable a sus necesidades.

Desde 1935 y en toda la república, nadie ha financiado tantas viviendas como A. R. C. A. Pregúntele a quién **VIVE** o **NACIO** en una casa financiada por A. R. C. A., **DONDE** y **COMO** logró **solucionar definitivamente** su problema de la vivienda.

CON REAJUSTE CONTRA LA INFLACION

VISITENOS O ENVIE ESTE CUPON

S

NOMBRE ....

DOMICILIO .... T. E. ....

LOCALIDAD .... F. C. ....

DIA Y HORA EN QUE PUEDE SER VISITADO ....

....



A.R.C.A.

S. A. DE AHORRO Y PRESTAMO

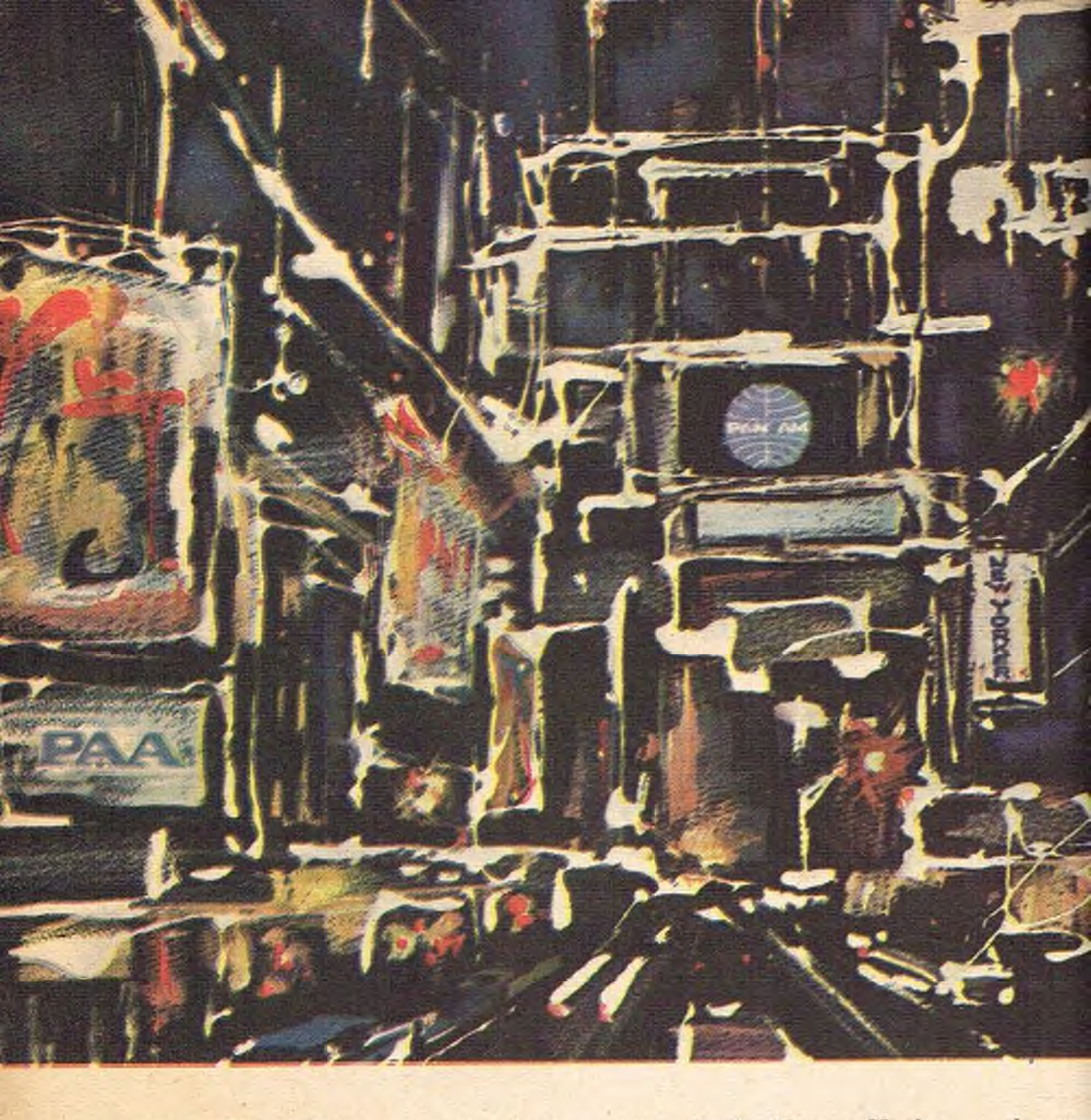
Decana de las Sociedades de Ahorro y Préstamo para la Vivienda

PERSONERIA JURIDICA OTORGADA EL 4 DE JULIO DE 1935 - DECRETO N° 62986

de la Cámara Argentina de Ahorro y Préstamo para la Vivienda

EN SU LOCAL DE SIEMPRE: CARABELAS 344 esq. DIAGONAL NORTE - T. E. 35-1774 y 8829

Agencia Norte: ARISTOBULO DEL VALLE 1570, VICENTE LOPEZ, T. E. 797-1558 — Agencia Sud: BOEDO 230 - PLANTA ALTA, LOMAS DE ZAMORA
Agencia Oeste: MARTIN YRIGOYEN 413, CASTELAR, T. E. 629-5410 — Agente en Quilmes: BROWN 559 - PRIMER PISO, T. E. 203-0150



Usted cruza el Hemisferio con varias horas de ventaja sobre cualquier otra línea aérea. Ese tiempo que ahorra en la travesía le permitirá aprovechar mejor su estadía en Nueva York.

Las llegadas prontas y oportunas del Jet Clipper® le facilitan conexiones instantáneas con numerosos servicios aéreos a toda Norteamérica y Europa.

Pan American cruza el Atlántico hasta 188 veces semanales y sirve a 20 ciudades europeas; a muchas de ellas vuela sin escalas desde Nueva York . . . lo cua significa que usted viajará de Bueno Aires a Europa más prontamente y co menos escalas, si vuela vía Nueva York todo el trayecto en Pan American.

Las Excursiones Fabulosas harán má útiles y placenteras sus visitas a Nueva Yor y Europa. Hay docenas de folletos con cer tenares de itinerarios a su elección. ¡Pídalo en su agencia de viajes! Usted puede finar ciar pasajes y estadía con el plan VIAJ AHORA — PAGUE DESPUES.

PAN AMERICA A NUEVA YORK: ¡EL SERVICIO JET MAS VELOZ DE TODOS LOS TIEMPOS!



LA LINEA AEREA DE MAYOR EXPERIENCIA EN EL MU

gio suaheli: *Haraka haraka haina baraka*, que quiere decir: "La mucha prisa da poco fruto".

Un negociante que, juzgado por los cánones locales, es una ardilla de actividad lo explica así:

—Aunque uno quiera trabajar aprisa, es imposible en este clima. A veces me siento fatigado después de trabajar una hora, pero ¿qué importa? No me preocupa. Todas las tardes me echo una siesta y los domingos descanso de verdad, pues duermo casi todo el día.

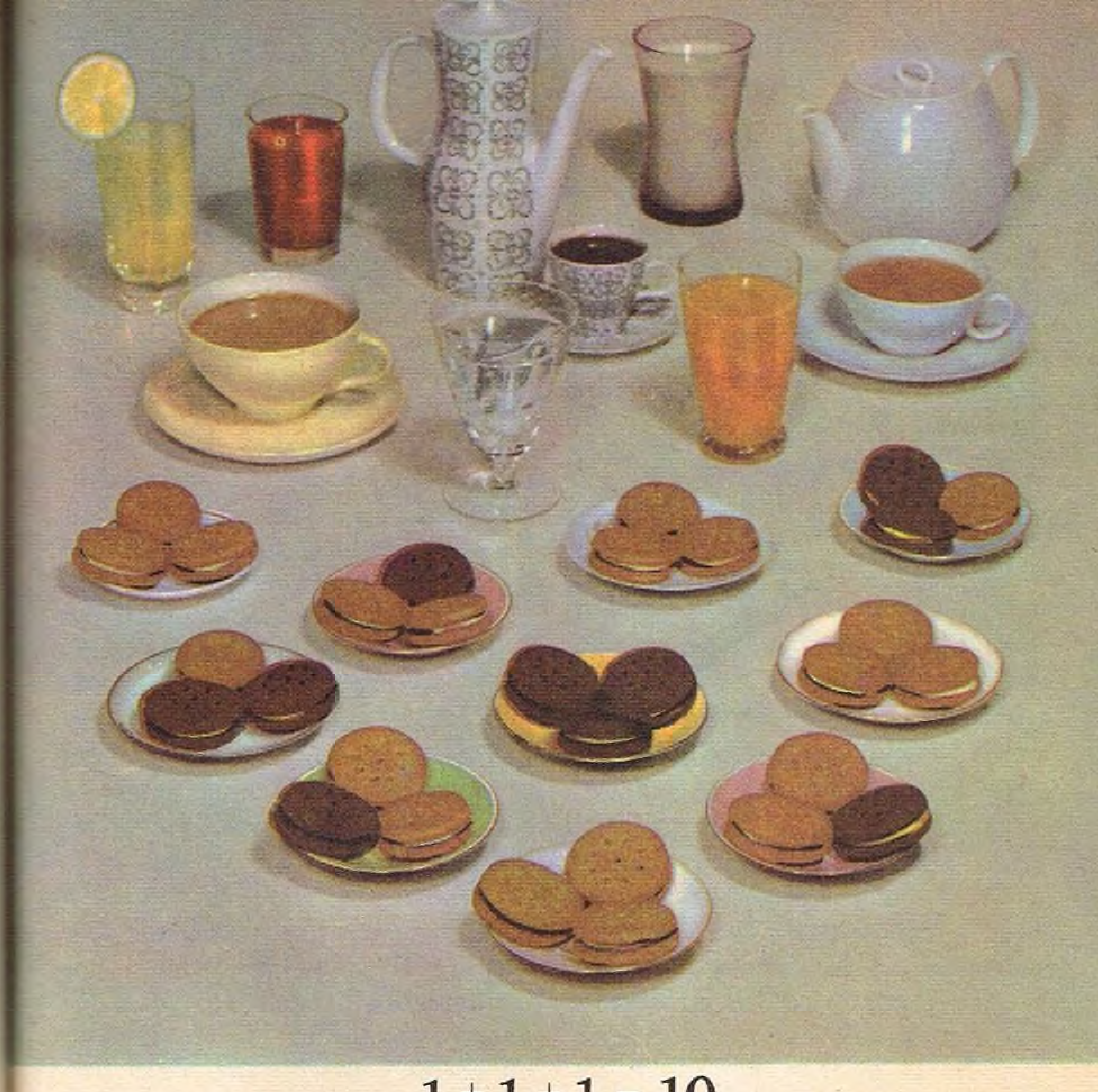
Los ingleses tienen grandes proyectos para el fomento de las islas. Uno de ellos es el de impulsar la industria pesquera, pues en los mares que las rodean abundan peces, como el atún, la sardina y otros. Todos los días millares de pescadores salen en sus pequeñas canoas de botalón y vela para probar su suerte y raras veces quedan desilusionados. Lo malo es que cuando un zanzibareño ha recogido un par de peces, da por concluida su jornada y se retira a su cama o a la pacífica charla del café. Ni la promesa de mayor ganancia ni la reprobación de las autoridades británicas le apartará de sus costumbres.

En los viejos tiempos, cualquiera podía construir su casa donde le agradara, y más de una vez lo hacía en medio de un camino. Como consecuencia, la ciudad de Zanzíbar es hoy un inmenso laberinto. Las calles tuercen en todas direcciones y sólo unas pocas tienen el ancho suficiente para que pasen con bastante dificultad los automóviles. Una de ellas es llamada Vía de los Suicidas, porque cuando se aproxima un vehículo, los peatones tienen que tomar una decisión que puede ser fatal: o correr hacia atrás o apretarse contra la pared.

Otras calles, permanentemente libres de automóviles, están llenas de gente que se pasea con toda calma, ya que allí sólo se exponen a tropezar con alguna que otra *rikSha*, bicicleta o carreta tirada por bueyes. Brota de puertas y ventanas la delirante cacofonía de la música india y árabe y el olor del *curry* se mezcla con el omnipresente aroma del clavo de especia. Obesos prestamistas indios de párpados caídos se sientan a la turca en sus tenduchas, semejantes a budas milenarios. Mujeres indias pasan envueltas en sus coloridos *saris* y vendedores árabes que cargan grandes recipientes de bronce con café caliente, se abren paso entre la multitud haciendo chocar dos tacitas a manera de castañuelas.

Hasta hace pocos años no se veían mujeres árabes en las calles de Zanzíbar, pues permanecían enclaustradas en sus casas, respetando la tradición del velo, pero ahora, al aproximarse la independencia, las mujeres nativas quieren emanciparse también y comienzan a aparecer en público millares de hermosas jóvenes árabes de relampagueantes ojos oscuros.

"¡Ah! —dice un viejo jeque—. ¡Ya no es posible dominar a las mujeres! Hasta mi propia esposa ..." Y suspira con la resignación



1 + 1 + 1 = 10

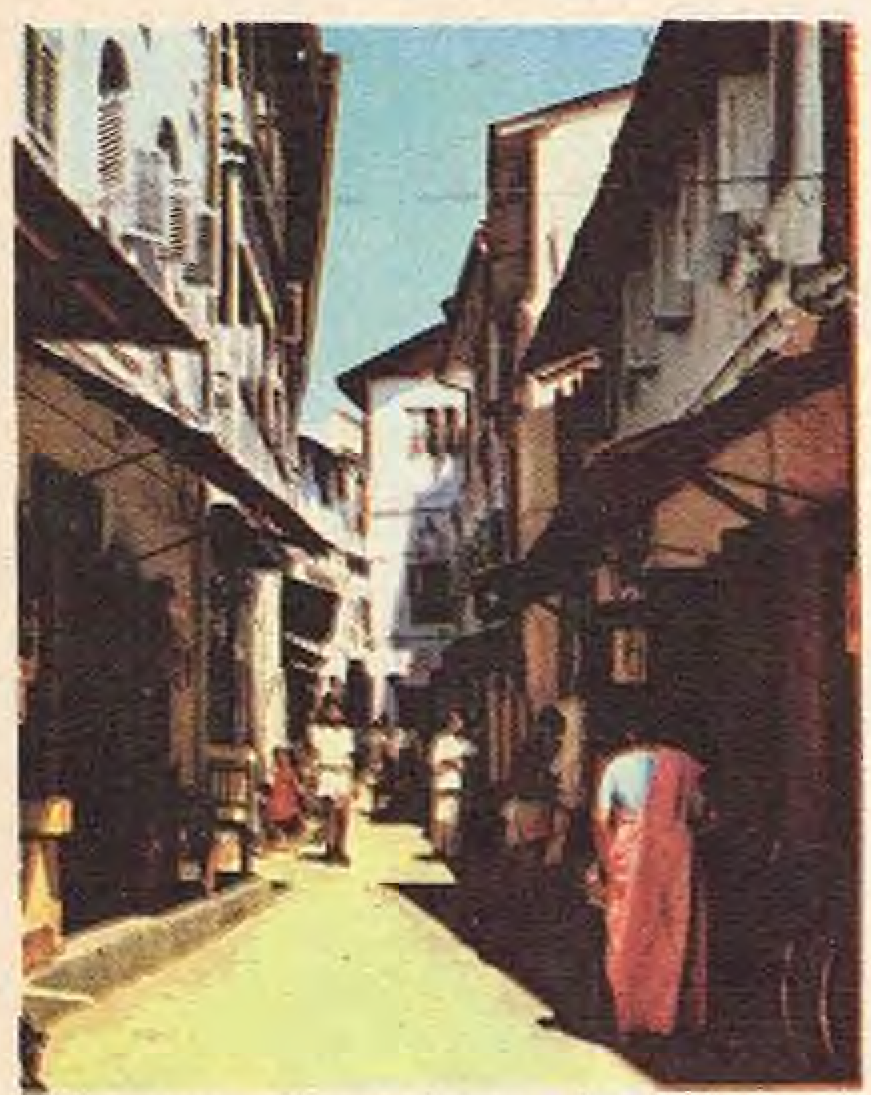
(La fórmula de adelgazar)

…e no lo cree? Haga la prueba usted mismo! Tome los tres …ferentes sabores de LIMMITS — Queso, Chocolate y …món, y Vainilla — y vea cuántas comidas de tres …cadillos puede combinar. (Las distintas variaciones …án abajo, aunque al revés. Anótese uno o diez puntos …r cada respuesta correcta... como le parezca. Lo que …puede anotar ya, son los kilos que habrá de adelgazar …día por día — con estas deliciosas combinaciones.)

LEAS CLIFF PRODUCTS

En venta en todas las farmacias

V: *Vainilla* C: *Chocolate y Limón* Q: *Queso* VVV-CCC-QQQ-VVQ-VVC-CCV- CCQ-QQV-QQC.CV…


Por estas calles no ha pasado el tiempo

del que conoce la imposibilidad de contrariar la voluntad de Alá.

El sultán Abdullah, principal dignatario de la isla, es un hombre tímido, de edad madura, que permanece la mayor parte del tiempo en su palacio. A veces se anima a dar un paseo por la ciudad en uno de sus tres lujosos automóviles rojos. Antaño la palabra del Sultán era ley, pero hoy que las ideas democráticas se están infiltrando en Zanzíbar, casi la única prerrogativa que le queda es la de que se detenga el tráfico cuando aparece su coche encarnado. Sus súbditos lo saludan con la mano y lo aplauden a su paso y él parece siempre algo desconcertado.

La historia de Zanzíbar ha sido escrita por los vientos. Desde diciembre hasta febrero acaricia las islas el *kaskazi*, el monzón del nordeste, y luego, con la regularidad de una maquinaria de reloj, el viento gira 180 grados y desde abril hasta setiembre llega el *kusi* del sudsudoeste. Desde hace veinte siglos, los árabes, indios y persas han aprovechado estos monzones para comerciar con Zanzíbar.

La isla es el gran mercado de marfil del África Oriental. Llegan colmillos de elefante de regiones tan distantes como el Congo y Rodesia para que los corten y pulan los artesanos locales a fin de enviarlos al Oriente, Europa y América, y es éste un negocio lucrativo, ya que el marfil rinde hasta dos libras esterlinas por cada kilogramo de peso. También se importan cuernos de rinoceronte para expedirlos a Hong Kong y China, pues los chinos consideran que, pulverizados, son un poderoso afrodisíaco.

Ese comercio lleva en cambio a Zanzíbar todas las exóticas mercancías de Oriente. Curioseando por los atestados bazares nativos, el visitante encontrará objetos tallados en ébano y marfil, alfombras persas, cofres de madera ricamente decorados, sedas, piedras preciosas y fragantes perfumes.

Hacia el final de la estación del *kaskazi* han llegado hasta trescientos barcos árabes llenos de exótico cargamento. En abril, cuando se hacen sentir las primeras brisas del *kusi*, las pequeñas embarcaciones izan sus velas y emprenden el viaje de regreso, y Zanzíbar se entrega de nuevo al sueño rodeada de un mar luminoso. ***

Antes que sea tarde

Por Faith Baldwin

Condensado de "Woman's Day"

Cierto día del año pasado un joven conocido mío salió de casa a tomar el automóvil para ir a la oficina. El día era lúgubre y lluvioso. Regresó y le preguntó a su esposa:

—¿No te queda un poco de café?

Ella le respondió afirmativamente. Así que, como buenos camaradas, se sentaron a tomar el café. El marido dijo, más o menos: "Hemos atravesado juntos situaciones difíciles. Sin embargo quiero que sepas cuán feliz he sido en el matrimonio y cuánto os quiero a ti y a los niños". Luego ella lo acompañó a la puerta.

—No te preocupes —dijo el joven—. Conduciré con cuidado.

Y besándola se despidió.

Mi amigo nunca volvió. Mas aquellas palabras, aquel reconocimiento de lo que por cerca de 15 años había sido su vida conyugal, ayudó a su esposa a sobrellevar el dolor. Después ella me confiaba:

—Era cosa rara en él . . . ¡Salir con ésas a las nueve de la mañana!

Raro sería también en la mayoría de los hombres. Y sin embargo, deberíamos tener presente siempre la importancia de *expresar nuestro cariño antes que sea demasiado tarde.*

Me parece que dar de nosotros mismos ha de ser costumbre de todos los días del año, especialmente cuando se trata de dádivas compradas con la áurea moneda del espíritu. Todos podemos dar algo de nosotros mismos: algo de cariño, de esperanza, de aliento.

Hacerlo no requiere gran esfuerzo. Un hombre pone la mano en el hombro de su mujer y le dice: "Hacemos muy buena pareja. O la esposa se reclina por un instante en su marido y le dirá: "No te cambiaría por nada del mundo".

Ello reza también con padres e hijos. Nos acostumbramos demasiado a nuestros padres; nos mostramos impacientes u olvidadizos para con ellos. ¿Por qué nos ha de ser difícil decir: "Tengo muy presente lo que habéis hecho por mí" . . . O a un hijo: "A pesar de todo lo que te he regañado, te quiero mucho"?

La mayoría de nosotros salimos de casa para volver a ella; mas otros hay que no vuelven. El haber cambiado tales o parecidas palabras, dará reconfortante consuelo a quien ya no habrá de ver abrirse su puerta de ese modo especial como la abría el ausente. El trato con los seres queridos es una de las cosas de más importancia en la vida. Establezcámoslo sin tardanza, y no en sesión solemne, sino con sencillez, como quien no quiere la cosa. *Y hagámoslo todos los días.* ◇◇◇◇



En su larga y fructífera vida, este ingenio parisiense se ganó el corazón y la simpatía de quienes lo conocieron.

TRISTÁN BERNARD, filósofo de la sonrisa

Por Cornelia Otis Skinner

*Condensado de "Elegant Wits and Grand Horizontals"**

Quizás el último de los grandes *boulevardiers* de París —e indudablemente el que más se hacía querer— fue Tristán Bernard, el famoso comediógrafo francés. Siempre que hacía su aparición en algún lugar público, todos le llamaban por su nombre de pila, hasta los que no eran conocidos suyos. Y aun ahora, 15 años después de su muerte, cuando se habla de "Tristán" sólo puede tratarse de una persona: Tristán Bernard, a quien el novelista Roland

Dorgelès llamó "el filósofo de la sonrisa".

Las comedias con que deleitó Tristán Bernard a París son alegres bagatelas. "Escriba una pieza del género que sea, con tal que el tema le divierta a usted", aconsejó a un autor novel. "Pero si trata de incendiar a Moscú y derribar tronos, que sea porque la hermosa rubia ya no ama a su marido a causa del joven moreno que vive en el tercer piso de una de las casas a las que usted quiere prender fuego".

Bernard aborrecía francamente el esfuerzo que le costaba escribir sus encantadoras comedias y, tras la aparente facilidad que reflejaban sus obras, se ocultaba una labor tenaz y fatigosa, que él postergaba siempre que le era posible. Si alguien proponía ir a visitarlo, el comediógrafo le animaba así: "Venga usted, se lo ruego. Y de preferencia en la mañana, que es cuando trabajo". Una noche, antes de acostarse, resolvió que al día siguiente se pondría a trabajar temprano, y le dijo a su doncella: "Elisa, despiérteme a las siete. Si para las ocho no me he levantado, no me moleste hasta el mediodía". En cierta ocasión en que un contertulio le confió: "En ninguna parte duermo tan bien como en el salón de lectura del círculo", Bernard le replicó: "Cómo se nota que no ha hecho usted la prueba en mi gabinete de trabajo".

Gustárale o no afanarse en el trabajo, los resultados de su esfuerzo alcanzaban éxito asombroso. Una de sus obras, *L'Anglais tel qu'on le parle*, es constantemente representada por compañías de aficionados del extranjero. Solamente con una obra conoció Bernard el fracaso. En el corto tiempo que la pieza estuvo en cartel, un amigo le telefoneó para pedirle una entrada gratuita. Bernard le replicó: "Sólo regalamos filas enteras".

Tristán nunca quiso tomarse en serio. En cierta ocasión recibió un golpe al tropezar accidentalmente con un mozo de cuerda que cargaba sobre los hombros un enorme reloj de péndola. Lejos de montar en cólera, se sacudió el polvo y dijo al cargador: "¿Por qué no usa usted reloj de pulsera, como todo el mundo?" La frase se hizo famosa y se la recuerda a menudo.

Otra vez, en un restaurante, dijo al camarero que le había servido la sopa que, lamentándolo mucho, no le era posible comerla. Llevose la sopa el camarero y trajo otra, pero Bernard se excusó: tampoco ésta la podía comer. Acudió al fin el dueño del establecimiento, quien aseguró que ningún cliente se había quejado hasta entonces de sus sopas. "No dudo que sean deliciosas", reconoció Bernard, "pero no tengo cuchara".

Ya convertido en uno de los primeros comediógrafos y humoristas de su país, su colega Maurice Donnay le indujo a presentarse candidato a la Academia Francesa. Conocidos son los complicados trámites a que deben sujetarse quienes desean figurar entre los Inmortales. No es el menor de ellos la solicitud

que ha de ser dechado de exquisita composición, esmeradamente escrita de puño y letra del solicitante en papel fino y entregada con toda solemnidad al Secretario Perpetuo de la "docta casa". Para Tristán era demasiado engorroso tanto ceremonial, así que se limitó a garrapatear su carta y hacerla llegar por la red *pneumatique* hasta el escritorio del Secretario Perpetuo. Éste apenas se había recobrado del sobresalto cuando le llegó un segundo recado, en que el escritor le comunicaba que, después de haberlo pensado mejor, decidía no presentarse candidato a la Academia. "El traje cuesta demasiado", explicaba Tristán más tarde. "Esperaré a que fallezca alguien de mi tamaño".

No fue esto una fanfarronada de su parte sino muestra de la indiferencia en él característica. No podía sufrir la etiqueta y era escandalosamente descuidado en el vestir. La corbata la llevaba siempre torcida; los zapatos, a menudo, sin limpiar, y ninguna prenda le sentaba como es debido. Nada de extraño tenía que se presentase en un banquete luciendo esmoquin y unos pantalones viejos.

Igual indiferencia mostraba hacia el dinero. Ganaba grandes cantidades pero se le escapaban de las manos sin que él supiera cómo. Llegó un momento en que se enteró, con gran asombro, de que estaba casi arruinado. Su apoderado le regañaba como si se tratase de un chiquillo, y por fin le hizo saber que tenía que reducir sus gastos. *"Ah*

mais non!" exclamó Bernard; "¡Ya tengo sobrados fastidios, para empezar con privaciones!" Sin embargo, retiró cuanto tenía en el Banco de Francia para liquidar sus deudas. Cuando salía del edificio, al pasar frente al vigilante armado que estaba en la puerta, le dijo, con una inclinación de cabeza: "Gracias, amigo. Ahora ya puede marcharse a casa".

Sus apuros monetarios se veían aumentados por culpa de su pródiga generosidad. No pasaba delante de un mendigo sin detenerse a darle algo, y corrió la voz entre los vagabundos de que era presa fácil. Un viejo *clochard* se estacionaba regularmente a la puerta de Bernard. Cierto día, a comienzos de julio, como Tristán lo viera de pie en el sitio de costumbre, alargándole un billete de una cifra nada despreciable, le dijo: "Mañana salgo para Normandía. Ahí van dos meses de anticipo. También usted tiene derecho a sus vacaciones".

"No es difícil ser ocurrente", opinó en cierta ocasión, "si se tiene malicia". Pero él nunca fue malicioso. "Su ingenio era la máscara del sentimentalismo, y aun a veces la risa de un alma angustiada", ha escrito su hijo, Juan Jacobo Bernard, en unas memorias llenas de encanto y ternura.

Bernard era hombre de gran corazón. "A veces hacemos burla de las ilusiones que se forjan los que aman", escribió, "pero mejor sería hablar de la ceguera de quienes no aman". Tal ceguera era para él des-

conocida. Adoraba a su familia, y en las memorias de su hijo se le muestra como un padre alegre y encantador. Hacía las cosas más inesperadas y absurdas en casa; se levantaba a media comida para ponerse una servilleta al brazo e imitar a algún pomposo *maître d'hôtel* o, si tenía invitados, abandonaba el comedor para reaparecer un minuto o dos después trasformado en trampero de las regiones árticas. "Nunca llegaré a la segunda infancia", solía decir. "Me he quedado definitivamente en la primera".

La poesía le entusiasmaba. Juan Jacobo hace referencia a veladas estivales, en la quinta de la familia en Bretaña, apartada y envuelta en un silencio sólo turbado por el batir del lejano mar y el lamento ocasional de un chorlito, durante las cuales su padre recitaba muchos de los innumerables poemas que se sabía de memoria. Recitaba los conocidos versos con pasión, y al terminar había lágrimas en sus ojos.

Tristán Bernard era israelita. En la segunda guerra mundial, cuando llegaron los nazis después de la caída de Francia, empezaron a hacer redadas de judíos, sin reparar en su edad. En 1943, Bernard, que a la sazón contaba 77 años, también fue arrestado. Lo introdujeron con muchos otros en un inmundo vagón de carga y lo enviaron al horripilante campo de concentración de Drancy, en el norte. Para los demás prisioneros fue inolvidable imagen de entereza. "Amigos", advertía a sus aterrados compañeros, "hasta ahora hemos vivido esclavos del temor. En lo sucesivo viviremos sostenidos por la esperanza".

Como años atrás, cuando se reunía con su familia en la tranquila cabaña bretona, ahora, en su indescriptible encierro, pasaba muchas de aquellas horas interminables recitando las fábulas de La Fontaine, los poemas líricos de Verlaine y los épicos pareados de Corneille. Quienes le escuchaban eran franceses. El acento de su literatura vernácula tal vez contribuyera a infundir serenidad a los que iban a morir.

Tristán sobrevivió a su espantosa prisión, pero un nieto suyo fue de los que perecieron en Mauthausen. Retornó aquél a París enfermo y débil. La sordera se había apoderado de él. Cuando sus amigos le aconsejaron que usase audífono, rechazó la idea en estos términos: "¿Para qué? Siempre oye uno las mismas cosas". Y ni aun entonces, consumido y acongojado como estaba, dio cabida a rencor alguno. "Las penas y las tribulaciones no me han hecho cambiar", afirmaba. "Odio solamente una cosa: el odio".



Ese hombre a quien, al regresar a casa al anochecer, lo reciben con una sonrisa, lo invitan a quitarse los zapatos, le arreglan mullidos cojines en el piso y le obsequian con una comida deliciosa ... es un señor que vive en un restaurante japonés. — S. J.

Artefactos maravillosos para los inválidos

Se han hecho ingeniosos inventos gracias a los cuales los inválidos pueden decir: "Sí, estoy lisiado; pero soy capaz de valerme por mí mismo".

POR LOIS MATTOX MILLER

HACE ALGUNOS años, cuando la rehabilitación física podía apenas considerarse como el niño prodigio de la ciencia médica, recibí una carta de Tom Wilson, joven abogado a quien la poliomielitis había privado del uso de brazos y piernas. "Venga a verme", escribía; "he vuelto a trabajar casi normalmente".

Esto fue para mí una gran sorpresa por venir de una persona cuya capacidad física había quedado limitada al uso parcial de las manos y los dedos. Más asombrada quedé algunos días después cuando visité a mi amigo en el Instituto de Medicina Física y Rehabilitación del Centro Médico de la Universidad de Nueva York. Rodeado de extraños dispositivos, Tom, en efecto, se hallaba entregado al trabajo "casi normalmente".

Lo hallé sentado en la cama, dictando cartas en un micrófono que llevaba prendido de la solapa del pijama. Férulas mecedoras, sujetas a una bandeja de cama que tenía enfrente, le sostenían los antebrazos y muñecas y así le permitían escribir en un extraño mecanismo: un teclado suelto que por mando a distancia, hacía funcionar una máquina de escribir eléctrica que había al lado de la cama. Sonó el teléfono y Tom movió la palanca de un conmutador y habló al aparato que estaba cerca de su cabecera, sostenido por largo brazo metálico.

Cuando le llevaron una bandeja con el almuerzo, se calzó en las muñecas un par de soportes parecidos a puños de camisa, y con ellos pudo manejar fácilmente cuchillo y tenedor. "En seguida verá usted cómo puedo deslizarme de la cama a la silla de ruedas", observó con orgu-

llo. "Y poco hay relacionado con mi profesión que no pueda hacer ya. Naturalmente, dependo de todos estos aparatos, pero ¡benditos sean, puesto que me permiten bastarme a mí mismo!"

En los 10 años trascurridos desde ese entonces, Tom Wilson ha llegado a ser abogado de varias compañías. Mucho es lo que debe a su indomable espíritu, pero no está menos en deuda para con los muchos ingeniosos aparatos que le permiten atender a cuanto exige la vida cotidiana.

Quienes no sufren de impedimento alguno, es raro que caigan en la cuenta de cuántas pequeñas acciones, normalmente ejecutadas sin esfuerzo consciente, son esenciales a la cotidiana rutina. Tales personas saltan de la cama, se bañan, se afeitan o se aplican cosméticos, se ponen diversas prendas de vestir y preparan el desayuno... antes siquiera de haber iniciado realmente las tareas del día. No obstante, para la persona paralítica o falta de algún miembro, esas rutinarias bagatelas pueden revestir caracteres formidables, y hasta un cordón de zapato o un botón de camisa se torna a veces en endiablado problema de abrumadora complejidad.

Hasta hace unos años, los lisiados o impedidos solían decir: "No puedo", y dependían de los demás hasta para sus menores necesidades. Mas luego; a raíz de la segunda guerra mundial, la nueva especialidad médica denominada rehabilitación física dio origen a un modo de pensar totalmente distinto, basado en la creencia de que casi todo defecto físico puede compensarse y aun superarse, siempre que la persona lisiada tenga el deseo de valerse por sí misma y la voluntad para lograrlo. Así pues, en vez de decir, "no puedo", los baldados por accidente o enfermedad han podido decir: "No puedo hacerlo como tú, pero sí de otro modo".

El tener que hacer las cosas de otro modo trajo consigo la improvisación de aparatos auxiliares y artefactos que capacitan a los lisiados para ayudarse a sí mismos, y esto en tal medida que hoy tales dispositivos llenan las páginas de un voluminoso catálogo. Con ayuda de ellos, millones de personas baldadas están ya en condiciones de hacer una vida independiente y útil como trabajadores y jefes de familia. El Dr. Howard Rusk, uno de los precursores de la rehabitación y en la actualidad director del Instituto de Medicina Física y Rehabilitación de la Universidad de Nueva York, ha declarado: "Con la posible excepción del espíritu humano mismo, creo que esos artefactos han contribuído más que ninguna otra cosa a hacer de la vieja expresión *baldado e impedido*, algo obsoleto y carente de sentido".

Los primeros ensayos encaminados a producir tales dispositivos no fueron sino el resultado de la colaboración de pacientes y terapeutas que se esforzaban por crear algo con los materiales de que disponían: alfileres, presillas de sujetar papeles,

En el congreso internacional de rehabilitación que se reunió en agosto pasado en la Ciudad de Méjico pudimos darnos cuenta del esfuerzo extraordinario que están haciendo en este campo todos los países de Iberoamérica. En Méjico la labor se extiende a todos los que padecen impedimentos (inclusive ciegos, débiles mentales, mutilados en accidentes, cardiacos y muchos más); y en los talleres del Instituto Mejicano de Rehabilitación técnicos especializados, no pocos de ellos lisiados que aprendieron a valerse por sí mismos, fabrican ahora brazos y manos, pies y piernas artificiales, juegos de barras articuladas, estribos y otros aparatos ortopédicos para provecho de otros enfermos.

En Bogotá el Instituto Colombiano de Rehabilitación Franklin D. Roosevelt, fundado hace 14 años, trabaja para rehabilitar a los niños más pobres. Labor semejante desempeñan, entre otros, el Instituto Hondureño de Rehabilitación, de Tegucigalpa, y el Hospital Rosales, de San Salvador.

Para reincorporar a un lisiado a la sociedad se necesita el concurso de un gran equipo de especialistas en muchas ramas de la medicina y los servicios sociales; pero el esfuerzo se pierde si no se cuenta con la cooperación de la familia del lisiado y de la comunidad. Todo el mundo debe aprender a aceptar la invalidez y apoyarla, comprendiendo que en ese ser en quien faltan atractivos físicos hay algo que vale mucho más: su espíritu, su inteligencia que puede desarrollarse bajo el estímulo de la comprensión y el amor. Helen Keller llegó a ser una de las mujeres más extraordinarias de la historia y Franklin Roosevelt fue uno de los grandes estadistas de este siglo. Ojalá sirvan estos ejemplos para que las puertas de los colegios, de las oficinas, de los talleres y de las empresas no se cierren delante de nuestros hermanos inválidos.

— ELVIRA CONCHA DE SALDARRIAGA, *miembro de la directiva del Instituto Colombiano de Rehabilitación Franklin D. Roosevelt, y secretaria en Colombia de la Sociedad Internacional para el Bienestar de los Lisiados.*

fajas, esparadrapo, cola, etc. Más tarde, en el Instituto, el Dr. Rusk y sus colaboradores idearon una prueba para calificar la habilidad del paciente en la ejecución de unas cien acciones propias de la vida cotidiana. Cuando quiera que el resultado se juzgaba deficiente o nulo, se ideaba alguna otra manera de resolver el problema. Así pues, la necesidad vino a ser madre del Taller de Aparatos Ortopédicos. Cada paciente tenía sus propias ideas sobre cómo resolver sus problemas; enfermeras y terapeutas ideaban modos de simplificar los artefactos necesarios. En breve, el taller estaba trabajando a todo vapor.

La gran mayoría de esos dispositivos son sencillos y por añadidura ingeniosos. Los calzadores de mango largo y unos zapatos con cintas elásticas anudadas previamente, resultan útiles para quienes no pueden doblar la espalda o agacharse. Una "varita de utilidad general" viene con diversos accesorios: cepillo para el cabello, borla para aplicarse polvos, gancho para operar cremalleras, un "agarralotodo" para recoger cosas del piso o bajarlas de anaqueles altos, y hasta un cepillo de baño hecho de esponja de caucho que contiene una pastilla de jabón.

En 1950 el grupo del Instituto ob-

tuvo una donación de la Fundación Nacional contra la Poliomielitis. Entonces organizó un programa de investigaciones para crear dispositivos con que las personas lisiadas pudieran valerse por sí mismas y envió cartas a hospitales, centros de rehabilitación, médicos y terapeutas pidiendo muestras o especificaciones de los artefactos que estuvieran empleando con éxito. Esta "caza" de adminículos dio por resultado un catálogo de 400 páginas ilustradas: *Dispositivos para ayudarse a sí mismo en la rehabilitación*, que se publicó en 1958. Después la Fundación contra la Artritis y el Reumatismo estableció una oficina encargada de dispositivos auxiliares en el propio Instituto, que mantiene la obra al día y presta servicios a médicos y terapeutas mediante una publicación mensual llamada *Device News* (Noticias sobre dispositivos).

Hoy existen aparatos auxiliares para casi todo tipo de impedimento. Hay docenas de dispositivos manuales que permiten a los artríticos y paralíticos escribir o afeitarse por sí mismos. Hay un cortaúñas que se sujeta a la mesa y se hace funcionar con una cuerda a manera de pedal. Ponerse un par de medias de nilón parecería tarea insuperable para una mujer que no puede doblar la cintura, pero se ha simplificado mediante una armazón de acero montada en un largo bastón. La media enrollada se pone en la armazón y sobre el pie se va desenrollando a medida que se tira del bastón hacia arriba.

Años atrás, la modista Helen Cookman se ofreció voluntariamente para dirigir en el Instituto un programa de investigaciones sobre el vestido. El resultado ha sido una serie completa de "modelos funcionales para lisiados", que pueden adquirirse ya hechos en las tiendas, cortarse en casa por medio de patrones, o confeccionarse adaptando la ropa corriente. Trajes de hombre, abrigos de mujer, faldas y vestidos están hechos para satisfacer todo requisito especial. Por ejemplo, ponerse los pantalones era antes una verdadera pesadilla para los artríticos o para quienes usan piernas artificiales o gruesos bragueros. La señora Cookman creó un modelo de inspirada sencillez: unos pantalones para hombre o mujer con una cremallera que corre a todo lo largo de la prenda y va oculta en la costura de ambas piernas.

Para el hogar, las compañías de gas y electricidad han promovido la fabricación de cocinillas que pueden manejarse fácilmente y sin peligro desde una silla de ruedas. Hay también gran variedad de equipos telefónicos para quienes no pueden sostener el aparato o hacer girar el disco.

Para ayudar a quienes deben trasladarse de un sitio a otro, se han ideado sillas motorizadas y equipadas con dispositivos hidráulicos para bajar o subir el nivel del asiento. (Por intermedio del Consejo Nacional de Inventores de los Estados Unidos se ha ofrecido un premio de 5000 dólares para el genio que in-



LEA este valioso y bien documentado relato

Suscribiéndose al

CIRCULO LITERARIO

Que le ofrece los siguientes beneficios:

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán enviados a su casa por correo certificado sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario. El único requisito consiste en que el suscriptor compre un mínimo de cuatro de los libros seleccionados en los primeros doce meses.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

vente una silla de ruedas capaz de subir escaleras.) Ya existen sillas de ruedas plegables y ligeras para que quienes tengan piernas artificiales o paralizadas puedan viajar en automóvil. En la actualidad, muchos hemipléjicos, así como personas que han perdido una o ambas piernas, conducen su automóvil valiéndose de accesorios que actúan los frenos y el acelerador desde la columna del volante. Por cierto que tales conductores "impedidos" tienen mejor reputación de aptos y prudentes que los que poseen brazos y piernas buenos y sanos.

Quizá el más conveniente y maravilloso de todos los dispositivos es un pequeño aparato electrónico, provisto de pilas, creado por los laboratorios de la compañía de teléfonos Bell. Al aplicarlo contra la garganta, a modo de laringe artificial, produce un sonido vibratorio con el cual la persona cuyas cuerdas vocales le hayan sido extirpadas quirúrgicamente puede formar palabras.

Hasta donde he podido averiguar, en ninguna otra parte son más aparentes las bendiciones de estos dispositivos que en los prósperos talleres de Abilities, Inc.,* de Long Island. Todos los 400 empleados de la empresa sufren de algún impedimento físico, incluso el director de la compañía, Henry Viscardi, que anda con piernas artificiales desde la cintura. Sin embargo, todos trabajan el día entero y ganan los salarios corrientes, y el producto que sale de sus manos (en su mayoría piezas eléctricas y electrónicas para aviones y proyectiles dirigidos) iguala y con frecuencia supera las normas industriales.

Los obreros de Abilities se valen de toda clase de utensilios y dispositivos, por lo general especialmente adaptados a sus necesidades particulares, para hacer su diaria tarea rápida e intachablemente, con un mínimo de fatiga. Bancos de trabajo, tornos y máquinas de esmerilar se han puesto al nivel adecuado para uso de los operarios que no pueden abandonar sus sillas de ruedas. Para comodidad de un mecánico sin piernas, una sencilla palanca manual remplaza el pedal de su prensa taladradora. Un paralítico que no puede mover brazos ni piernas efectúa su trabajo de soldador de cables con los brazos suspendidos de cabestrillos sobre el cazo de metal fundido. Se ha comprobado que durante un largo período el volumen de trabajo que desempeña es mayor que el de un obrero sin impedimento: los cabestrillos le evitan la fatiga que normalmente resulta de subir y bajar los brazos.

Una institución subsidiaria de Abilities, la Fundación de Recursos Humanos, se dedica por entero a estudiar cómo hacer la vida más llevadera y productiva para los baldados de todo el mundo. Trabajando con un subsidio de la Oficina de Rehabilitación Vocacional, esta Fundación ha inventado ya un apa-

*Véase *Dadnos la herramienta*, en SELECCIONES de marzo de 1960.

rato que tiene maravillados a los médicos e investigadores científicos por su sencillez y sus posibilidades.

Se trata de un dispositivo telemétrico de 225 gramos de peso y (más pequeño que una radio de transistores corriente) que el obrero puede llevar en el bolsillo. Este aparato trasmite continuamente a una sala de control central el pulso y respiración del individuo, su tensión arterial, temperatura y electrocardiograma. Así el obrero baldado está sometido a un examen físico constante mientras trabaja.

Hace poco pregunté a Viscardi si su nuevo "telémetro" podría calificarse como una bendición entre los dispositivos. "Todo dispositivo es una bendición", me replicó, "siempre que gracias a él alguien pueda decir: *Sí, soy lisiado, pero perfectamente capaz de valerme por mí mismo*".



Teatralidad

Como el director de cine y televisión Alfred Hitchcock es tan riguroso que no tolera el más mínimo error, trabajar a sus órdenes suele ser empresa agotadora. Un tramoyista de Hollywood contaba el caso siguiente:

—Un día hacíamos una función de televisión. En determinado momento me tocaba a mí salir a toda prisa a derramarle un poco de salsa de tomate en la camisa a un actor que se suponía herido de un balazo. Por desgracia una cámara giró inesperadamente y me enfocó en el acto de echarle el rojo líquido . . .

—¡Qué barbaridad! —exclamó uno que escuchaba el relato—. Y ¿qué hizo usted?

—Pues ¿qué iba a hacer? Me tuve que comer al actor —repuso el tramoyista.

—B. C

Luigi Lablache, célebre bajo del siglo XIX, se hospedó en Londres durante una gira artística en un hotel donde se alojaban varias celebridades del teatro, entre ellas el famoso enano general Pulgarcito. Un día mientras el cantante descansaba entró a interrumpir su reposo un turista inglés que, muy agitado, le explicó que tenía grandes deseos de ver a Pulgarcito.

—A sus órdenes —dijo el espigado cantante en su voz más grave.

El intruso se quedó mirándolo desconcertado:

—Yo lo vi ayer en las tablas . . . y era usted mucho más pequeño . . .

Lablache sonrió socarronamente.

—Sí: así es como tengo que aparecer. Pero cuando llego a casa, en la intimidad, me desencojo para estar a gusto.

—Alan Wagner, en *Prima Donnas and Other Wild Beasts* (Editores Argonaut)

¡Ese espejo no miente!



Jamás adivinaríamos cuáles son nuestras características más distintivas a los ojos de un antropólogo

Por Robert Ardrey

*Condensado de "African Genesis"**

SI ENTRAMOS en el cuarto de baño, cerramos la puerta y nos miramos al espejo con atención y sin prejuicios, nos hallaremos en presencia de un mamífero tan primitivo y poco especializado que resulta difícil de describir.

No poseemos cuernos que se alcen a manera de instrumento musical sobre nuestras cabezas. A nadie se le ocurriría matarnos para apoderarse de nuestros colmillos. El vello es ridícula parodia del pelo que protege a los animales. Nuestra piel no vale nada; ningún intrincado dibujo la adorna, y carece del mimetismo necesario para que pasemos inadvertidos en el medio que nos rodea; tampoco posee valores decorativos, así que haría muy mal papel si se la clavara en la pared. Nuestros dientes no tienen ventajas especiales que nos permitan mascar heno, horadar madera o perforar venas yugulares. Nuestras uñas son tan inofensivas que si un gato nos da un arañazo, no se lo podemos devolver.

A un zoólogo que viniera de otro planeta le sorprendería, ante todo, que como mamíferos hayamos podido sobrevivir por más de cien millones de años y evolucionar tan poco. Pues la evolución es un proceso de perfeccionamiento y de especialización, y desde ese punto de vista el hombre, en conjunto, debe ser considerado como un ser cuya anatomía es más primitiva que la del gorila y otros monos, los cuales, gracias a sus piernas cortas, largos brazos y pecho dotado de podero-

sos músculos, están admirablemente adaptados a la vida arbórea.

Poseemos, es verdad, un rostro achatado, con los ojos dispuestos en el frente de la cabeza, lo que nos da una particular visión estereoscópica, apta para percibir el relieve. Las yemas de los dedos, sumamente sensibles y protegidas por uñas planas, nos dan un exquisito sentido táctil. Pero estas características no son exclusivas de los seres humanos, sino de los primates, y las compartimos con chimpancés, mandriles y tities. El desarrollo del cerebro es también típico de muchos primates.

Entonces, ¿no ha logrado el hombre adquirir especialización propia? Sí, hasta cierto punto. Mirémonos de nuevo en el espejo. En criatura alguna encontraremos algo comparable a nuestros pies planos que se afirman tan bien en el suelo, ni a nuestra región glútea, magníficamente desarrollada. Miremos con orgullo nuestras grandes asentaderas. Cierto que el arco del pie se puede caer, y que mucha gente sufre de un sacroilíaco defectuoso, pero esto sólo se debe a que estas características de nuestra raza han sido adquiridas recientemente, y podrían beneficiarse con una o dos mutaciones más.

La especialización del pie humano hace posible mantener el equilibrio en posición erguida y efectuar movimientos rápidos sin necesidad de ponerse en cuatro pies. Ningún mono posee esta ventaja. Podrá mantenerse erguido momentáneamente, o avanzar bamboleándose alguna distancia, pero sus manos no alcanzan nunca a liberarse por completo de los requisitos de la locomoción. Del mismo modo, el especial desarrollo del conjunto de músculos que tiene su centro en las asentaderas, nos da agilidad y nos permite volvernos, torcernos e inclinarnos sin perder nuestra estabilidad. Así como el cerebro coordina nuestra actividad nerviosa, la región glútea coordina nuestra actividad muscular. Ningún mono puede enorgullecerse de poseer un centro muscular comparable con el nuestro, y esto representa para él una deficiencia más fundamental que la falta de un cerebro bien desarrollado.

Sigamos mirándonos. Jactémonos del tamaño de nuestro cráneo si eso nos agrada, pero recordemos que es la especialización de los pies y las asentaderas la que ha hecho posible todo lo demás, y la que nos distingue de otros primates vivientes o desaparecidos, con la única excepción del Australopiteco (llamado por algunos el "eslabón perdido").

Existe una última diferencia que nos favorece. Mirémonos una vez más en el espejo del baño y observemos ese saliente óseo llamado mentón. Toquémoslo con reverencia. Al aplastarse el rostro de los primates, la mandíbula se acortó, perdió la estructura de una V angosta

---

ROBERT ARDREY es autor dramático y estudiante de antropología. Al visitar el África lo deslumbró la evidencia, recientemente hallada, de que el hombre evolucionó en ese continente. Su libro, *African Genesis*, se difundió ampliamente y suscitó muchas controversias.

Vieja Lavanda Fulton

La exquisita calidad
y la deliciosa
fragancia de las creaciones
Vieja Lavanda Fulton
encierran una fresca y vibrante
sensación de inseparable primavera...



y tuvo necesidad de ser reforzada. En el mono apareció una pequeña abrazadera ósea en el interior de la V, destinada a vincular ambos lados. Se la conoce con el nombre de puente simio, y se la encuentra en todos los monos. Mas palpemos la parte inferior de la mandíbula; allí sólo hallaremos un hueco. No existe el menor indicio de tal hueso. Nuestra raza, desde el *Pithecanthropus erectus* hasta el Hombre de Neandertal, se limitó a reforzar la quijada. Luego apareció, dentro de la familia humana, nuestra especie particular, el *Homo sapiens*, y en la última etapa evolutiva surgió en nuestra mandíbula un contrafuerte: el mentón.

El mentón es en verdad algo único, y sólo a causa de él los paleontólogos de un futuro distante podrán, al examinar los fósiles, clasificar nuestra raza y distinguirla de las demás clases de primates, humanos y prehumanos, aparecidos antes de nosotros. No existe otro rasgo tan distintivo. Afeitémoslo con respeto.



Salida

"¿Habrá mujeres astronautas?" le preguntaron a Robert Gilruth, jefe del proyecto de exploración tripulada del espacio, de los Estados Unidos. Después de pensar un rato, éste repuso:

"Por el momento no hay planes de emplear mujeres en los vuelos del programa sideral. Sin embargo, en la lista de abastos y provisiones para el descenso de una tripulación en la Luna, existe un margen de 55 kilos para equipo de recreo". — *Star* de Washington

El hábito hace al monje

Durante muchos años el modisto Christian Dior había venido haciéndole las vestimentas al padre benedictino Baudoin, viejo amigo suyo. Cuando Dior lanzó su discutida disposición por la que se reducía el largo de la falda en todo el mundo, se apresuró a enviar un telegrama: "Eso no reza con usted, padre Baudoin; tranquilícese".— T. W.

Kassagy, el prestidigitador, iba en un tren rumbo a Bruselas, en un compartimiento en que viajaba también un sacerdote. Como hacía mucho calor, Kassagy se quitó la americana, y le dijo al ensotanado clérigo: "Lástima que usted no pueda hacer otro tanto, padre". Éste sonrió, salió del compartimiento y volvió dos minutos después con los pantalones cuidadosamente doblados sobre el brazo.

"Lástima que usted no pueda hacer otro tanto", le dijo a Kassagy.

— NANA

Justicia rápida y oportuna

El interesante sistema de letrados arbitradores de Pensilvania brinda una solución sencilla y barata al grave conflicto creado por el enorme número de litigios judiciales.

Por Paul Friggens
Condensado de "The Kiwanis Magazine"

Hace casi cinco años, los jueces municipales de Filadelfia estaban con el agua al cuello. Tenían 7100 casos que resolver (algunos databan de 1940) y se presentaban 600 nuevos cada mes. A más de 14.000 ascendió la cifra de demandantes y demandados que llevaban años y años en espera de que se ventilasen sus litigios; a más de 50.000 la de testigos propuestos por las partes. Hoy está todo al día, y se resuelven los nuevos casos en el expeditivo plazo de tres a seis meses. "Se está haciendo otra vez pronta y cabal justicia", me dijo un funcionario judicial. La clave de esta ejemplar rapidez procesal la da el sistema recientemente establecido, con carácter obligatorio, de "letrados arbitradores". Una novísima ley dispone que todas las demandas cuya cuantía no pase de 2000 dólares se sustancien por un tribunal arbitral de tres abogados designados por orden alfabético de entre una lista de 2500 voluntarios. Al paso que un juez abrumado de trabajo sólo puede conocer, a lo sumo, de 150 casos al año, los tribunales arbitrales pueden entender en un millar de ellos por mes.

Acabo de ver cómo se desenvuelve el nuevo sistema. Fue en el bufete de un abogado de Filadelfia. El demandante era un empapelador (lo llamaremos Jones), que llevaba tres años procurando cobrarle 200 dólares a un contratista.

En el tribunal figuraban abogados muy notables de la ciudad. Uno de ellos había abandonado el estudio de un pleito de 350.000 dólares

para escuchar la reclamación del modesto obrero. Nos reuníamos en la biblioteca de su bufete. Los árbitros prestaron el juramento de rigor. Se hizo comparecer al demandante.

"Mi hijo y yo trabajamos día y noche para concluir el encargo a tiempo", declaró Jones. "El sábado vino el contratista y me informó que no estaba conforme con el trabajo. Discutimos. Le dije: Bien, págueme lo hecho, y me retiro. Me entregó un cheque; pero luego dio orden al banco de que no me lo pagase".

He aquí la declaración del contratista:

"Este hombre puso en una pieza el papel que no debía, y empapeló mal otra. También quisiera ver las facturas de tanto papel como me ha cargado en cuenta".

El procedimiento se parecía mucho al de un tribunal ordinario; sólo que era mucho más rápido. Cuando un verboso abogado se explayaba en largo alegato, el presidente ordenó: "¡No discutan más! Interróguese al testigo".

No había taquígrafos y, por consiguiente, los letrados podían actuar con menos formalidad. El tribunal me pareció imparcial e inclinado a fundar su sentencia en consideraciones estrictamente legales.

Ambas pruebas, la testifical y la documental, requirieron menos de dos horas y dejaron a los arbitradores (y a mí) convencidos de que Jones tenía la razón. El tribunal condenó al contratista a pagar los 200 dólares que debía más los intereses a razón del seis por ciento. Esta demanda hubiera requerido una vista pública de dos días ante un juez y un jurado, en el supuesto de que se hubiera conseguido la providencia necesaria para ese trámite final.

"Va para tres años —me confió el empapelador— que ando de Ceca en Meca con mi reclamación. Y vea usted: esos tres abogados la han resuelto en un par de horas. ¿Por qué no se les ocurriría esto antes?"

Por la voz de este hombre hablaban miles de ciudadanos de Filadelfia, ciudad en cuyos tribunales, repletos de demandas y pleitos, se hacía involuntaria mofa de la ley. En su primer año de actuación, los tribunales de árbitros despacharon 9000 casos. Walter Alessandroni, decano del Colegio de Abogados de Filadelfia, me manifestó que éste es un hecho sin precedente en la historia de la justicia norteamericana.

"Un solo juez hubiera necesitado 60 años para conocer de todos esos casos. O, viceversa, 60 jueces, actuando simultáneamente, hubieran necesitado un año entero para ventilarlos. Es más —recalcó—: es incalculable la economía que se ha hecho en salas de audiencia, personal y gastos procesales". Para el primero de noviembre de 1962, los tribunales arbitrales habían examinado 31.000 casos.

Aquella misma tarde se trataron varias reclamaciones de daños y perjuicios por averías a automóvi-

les. Quise asistir a la que presentó el Municipio contra un chofer que se había subido a la acera con su coche y había derribado un poste del alumbrado público. Como el hombre no negaba los hechos, uno de los abogados le preguntó:

—Bien; ¿y qué alega usted ahora en su defensa?

—Que la culpa es del Municipio —barbotó el demandado encogiéndose de hombros—: si no hubiera plantado allí el poste, yo no hubiese chocado con él.

En un abrir y cerrar de ojos el tribunal arbitral condenó al chofer a pagar el precio del poste. Uno de los árbitros me hizo el siguiente comentario:

"¡Y pensar que para una minucia como ésta se reunía y encerraba a deliberar todo un solemne jurado y se malgastaba un día entero!"

He aquí otra ventaja del juicio arbitral forzoso: la mera perspectiva de un procedimiento tan sumario precipita los arreglos particulares en miles de litigios. Y tales arreglos no le cuestan un centavo al Municipio, que sólo paga a los árbitros por los casos en que intervienen.

El mecanismo del arbitraje forzoso es de una eficacia admirable. El mismo día en que se admite una demanda en la casa consistorial de Filadelfia, el comisario de arbitrajes, Frank Zal, se la adjudica por teléfono a uno de los tribunales. Reparte de 25 a 30 casos por día. De entre los abogados voluntarios escoge los que deberán formar los tribunales, designa sus presidentes y le reparte a cada uno tres casos, que debe ventilar en un plazo de 30 días. Cada abogado que actúa como árbitro conoce de seis a 12 casos al año y recibe emolumentos de 25 dólares por cada uno. Al presidente, a quien incumben los preparativos, y que debe, además, buscar local apropiado, se le concede un suplemento de 10 dólares. Los fallos de estos jueces tienen la misma validez y surten iguales efectos que los de los tribunales ordinarios.

Todo indica que los letrados arbitradores han procedido con la mayor rectitud al dar sus fallos. Hasta ahora sólo se ha apelado de un 2,5 por ciento de sus decisiones, y se ha confirmado el 80 por ciento. El presidente del tribunal municipal, Adrian Bonnelly, que, por razón de su cargo, está facultado como nadie para calificar los resultados, me ha dicho: "Esos letrados arbitradores hacen pronta y completa justicia, lo que redunda en beneficio de los pequeños comerciantes y demás personas de escasos recursos económicos".

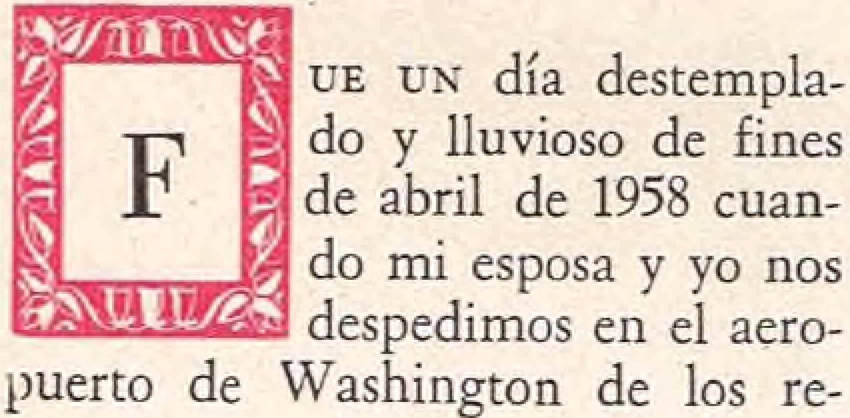
Rechazamos el viejo dicho de que la jirafa parece un animal armado por una comisión. Ninguna comisión es capaz de producir una cosa tan revolucionaria, tan audaz y de concepción tan radicalmente nueva.

—B. V.

La asonada roja contra Nixon en Sur América

En su último libro el antiguo Vicepresidente de los Estados Unidos ofrece una relación de primera mano de lo que le ocurrió, tanto en Lima como en Caracas, cuando visitó aquellas capitales en compañía de su esposa en 1958.

Por Richard Nixon   *Condensado de "Six Crises"**



Fue un día destemplado y lluvioso de fines de abril de 1958 cuando mi esposa y yo nos despedimos en el aeropuerto de Washington de los representantes de los países sudamericanos que íbamos a visitar. Tranquilizamos a nuestras dos chicas, Patricia y Julia: aquello no sería más que una vacación corta, estaríamos de vuelta en casa en menos de tres semanas. También dije a los reporteros que el viaje sería de pura rutina y falto de interés desde el punto de vista noticioso.

En las primeras paradas mis predicciones salieron bastante ciertas. En el Uruguay fuimos recibidos cordialmente tanto por las autoridades como por el pueblo. Aunque unos cuantos comunistas trataron de abuchearnos, bien pronto fueron acallados. En la Argentina asistí a la toma de posesión del presidente Arturo Frondizi, hablé ante grupos de obreros y asistí a una asamblea de estudiantes; una vez más, el cambio de ideas fue placentero. Dos veces me interrumpieron los comunistas, la segunda un "estudiante" que pasaba de 30 años, pero sin consecuencias.

En Bolivia alcancé a ver unos cuantos comunistas entre la multitud llevando carteles antiyanquis; no obstante, sus gritos se ahogaron entre las aclamaciones de los mi-

*"Six Crises", © 1962 por Richard M. Nixon. Precio del ejemplar en inglés $5,95. Doubleday & Co., Inc., editores, 575 Madison Avenue, Nueva York.

llares de personas que bordeaban las calles.

Después llegamos al Perú ... donde nos esperaba una sorpresa. El recibimiento en el aeropuerto de Lima no pudo ser más gentil y efusivo. Pero cuando el desfile de automóviles comenzó a entrar en el centro de la ciudad, advertí cierta inquietud en el ambiente. No había mucha gente en las calles, y los pocos que nos reconocieron nos saludaron con indiferencia o con silbidos estridentes. En el hotel, mis subalternos me informaron que se repartían por la ciudad millares de hojas volantes en las que se invitaba a los "estudiantes, trabajadores y empleados" a reunirse en la Universidad de San Marcos al día siguiente con el fin de impedir que yo hablara allá. "Venid con nosotros a gritar con todas nuestras fuerzas: ¡Afuera Nixon! ¡Muera el imperialismo yanqui!", decía una hoja que me motejaba de "el representante más insolente de los trusts monopolistas". La firmaba: El Comité Comunista, Distrito de Lima.

¿Habría que huir del peligro?

El almuerzo oficial con el presidente Manuel Prado fue un ejemplo de cordialidad y elegancia latinoamericanas. Más tarde, en la recepción de la embajada de los Estados Unidos, el embajador, Theodore Achilles, me hizo pasar a su despacho privado para discutir nuestro programa del día siguiente. Con él estaban Roy Rubottom, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos; su delegado, Maurice Bernbaum y tres miembros de nuestra comitiva: sus informes corroboraron el hecho de que iba a presentársenos una crisis.

Debería ir yo a la Universidad de San Marcos, como estaba convenido, a pesar de las manifestaciones amenazantes? ¿O debería prescindir de la visita, aunque después se dijera que había salido huyendo ante los peruanos hostiles a los Estados Unidos? Me aseguró Rubottom que si iba a San Marcos sería difícil evitar actos de violencia; que había cierto peligro personal para mí, y que hasta el menor incidente que pudiera ocurrir se convertiría en noticia sensacional que podría menoscabar el prestigio de los Estados Unidos en toda la América del Sur.

El rector de San Marcos le había dicho confidencialmente a un funcionario de la Embajada que ojalá desistiera yo de la visita y no me expusiera al peligro. No obstante, él no retiraría públicamente la invitación: el hacer eso equivalía a confesar que había perdido la autoridad sobre su propio plantel.

Esa tarde, durante la comida, planteé informalmente el problema de mi visita a la universidad a algunos altos funcionarios del gobierno peruano. Todos me expresaron la gran inquietud que sentían, pero todos, sin excepción me dijeron: "Por favor, no cite mis palabras ... públicamente". Comprendí que, en

cuanto a ellos tocaba, yo no era más que un dignatario visitante, al paso que los comunistas eran sus huéspedes permanentes con quienes tendrían que habérselas después de que yo me hubiera marchado. También vi claro que los comunistas tenían mucho más poder en el Perú del que se imaginaban mis asesores en Washington. Mis cálculos acerca de la magnitud de la crisis que se aproximaba fueron más precisos entonces. La decisión de ir o no a San Marcos se tornaba de vital importancia y, cuando nos dejaron solos, le pedí al embajador Achilles su franca opinión acerca del proceder que mejor sirviera los intereses de los Estados Unidos.

Se tardó dos o tres minutos en responder; luego me dijo poco más o menos lo siguiente: "Desde el punto de vista de seguridad personal, no debería ir. Las turbas latinoamericanas son indómitas y se expone usted no solamente a sufrir un chasco sino también lesiones personales. Por otra parte, cuando me pongo a considerar las alternativas, no encuentro ninguna que no dé a los comunistas un triunfo de propaganda. Una característica común a los pueblos de este hemisferio es su admiración por la gente valerosa: menosprecian a los medrosos.

"Si usted no va a San Marcos, los comunistas en toda la América Latina van a jactarse de que los estudiantes de una de las más antiguas y famosas universidades del Hemisferio Occidental detestan de tal modo a los Estados Unidos, que se opusieron a la visita del Vice-presidente a su alma máter y que éste se abstuvo de ir por temor de la recepción que le tenían preparada".

Ya habían sonado las dos de la madrugada cuando me acosté. Dormí muy poco. Una chusma se había congregado en la calle, fuera del hotel y alcanzaba a oír su acompasada canturria: "¡Fuera Nixon! ¡Fuera Nixon! ¡Fuera Nixon!"

Mientras me revolvía en la cama, analizaba cuidadosamente los factores de la resolución que debía tomar. El objeto de mi viaje era dar a conocer a los Estados Unidos entre nuestros vecinos del Sur como amigo libre, democrático y poderoso. Si decidía no ir a San Marcos, faltaría a mi consigna, por lo menos en el Perú. Si iba, en cambio, tendría la oportunidad de demostrar que Estados Unidos no elude sus responsabilidades ni escurre el bulto ante las amenazas. Era ya casi de día cuando resolví de primera intención ir, reservándome la posibilidad de cambiar de opinión si los acontecimientos alteraban la situación. Poco antes de las diez de la mañana, dejé a mi señora en el hotel y bajé con el objeto de cumplir con la ceremonia de depositar una corona ante la estatua del general José de San Martín.

A San Marcos

La policía me abrió calle entre la multitud y por ella pasé hasta el Monumento de San Martín, que

está en la plaza, directamente en frente del hotel. Como unas mil personas se habían reunido en la plaza desde dos o tres horas antes (según me dijeron) para ver cómo afrontaba el desafío de los comunistas...que era la noticia del día en todo el Perú. Dos infantes de marina norteamericanos me ayudaron a llevar la enorme corona hasta el pedestal de la estatua. En seguida retrocedí tres pasos y me cuadré. Aunque el protocolo solamente exige permanecer en esa posición 30 segundos aproximadamente, yo me mantuve firme, en silencio cerca de dos minutos.

Había llegado la hora de decidir. Di la vuelta, me acerqué a Jack Sherwood, mi acompañante del Servicio Secreto, le dije "a San Marcos", y me dirigí a mi coche. Sherwood sabía lo que tenía que hacer. La noche anterior le había dado instrucciones: si resolvía ir a San Marcos solamente él, el coronel Walters, que era mi intérprete, y yo saldríamos del coche; la policía no haría uso de armas.

Nuestros automóviles desfilaron lentamente por las calles casi desiertas. Dos cuadras antes de llegar a la plazuela de la Universidad alcanzamos a oir los gritos frenéticos de la chusma; seguía la cantinela, "¡Fuera Nixon! ¡Fuera Nixon! ¡Fuera Nixon!" avivada a veces con un "¡Muera Nixon!"

Como a 50 metros del portón de la Universidad díjele al chofer que parara. Walters, Sherwood y yo salimos del coche y caminamos directamente hacia la multitud. Aunque eran más de 2000...contra tres, los que estaban al frente retrocedieron. Su sorpresa saltaba a la vista. Me pareció que se apaciguaban los chillidos y la rechifla. Tratando de llamarles la atención hablé en inglés mientras que Walters traducía mis palabras a grito en español: "Quisiera hablar con ustedes. Si tienen quejas contra los Estados Unidos expóngalas y yo trataré de contestarlas. Esta es la manera, democrática y libre, de ventilar nuestras diferencias".

Miedo, más que odio

Por unos pocos momentos creí haber dominado la situación. Los que estaban frente de mí seguían retrocediendo y me interné entre los manifestantes. Algunos de los estudiantes más jóvenes se callaron; pero los más viejos de la retaguardia, los verdaderos cabecillas, encendieron de nuevo el tumulto. Insultaban soezmente a los que me estrechaban la mano. Los líderes eran unos pocos agitadores comunistas profesionales. La gran mayoría estaba constituída por estudiantes de 14 a 18 años. Y lo que más me sorprendió en ellos fue el no advertir rencor, sino mas bien miedo en sus ojos. No teníamos armas. La policía, siguiendo mis instrucciones, no me acompañaba; y sin embargo, el mero hecho de que nos atreviéramos a avanzar hacia ellos ponía temor en sus corazones.

Si alguna vez tuviera que escribir una tesis sobre la manera de manejar a la gente amotinada, expondría las siguientes conclusiones: como la turba es caprichosa e irracional, no hay que hacer nada que tienda a acentuar estas características; la multitud es víctima de un enojo colectivo y el individuo que se enfrenta a ella no puede dejarse llevar de la ira porque esto sería rebajarse a su mismo nivel y convertirse en fácil presa de ella. Tiene que mostrarse frío, impasible y dueño de sus emociones. Como una turba está formada básicamente de cobardes, quien se enfrenta a ella nunca debe mostrar miedo; como no es inteligente, hay que confrontarla, siempre que se pueda, con alguna maniobra inesperada.

De todos modos, esa fue la táctica que seguimos ante la turba de San Marcos. Al principio surtió efecto. Pero apenas comenzó a inclinarse la balanza en favor nuestro, sentí algo que se desviaba al chocar con mi hombro. Sherwood se tapó la boca con la mano. Walters me dijo al oído: "Señor vicepresidente; están tirando piedras". Yo me acerqué a Sherwood y le dije: "Está bien, vámonos de aquí. Pero retirémonos poco a poco, sin darles la espalda".

Nos dirigimos hacia nuestro coche, andando siempre hacia atrás y hablando con los más cercanos como si nos despidiéramos amistosamente. Cuando nos metimos entre el automóvil volaban las piedras en rededor nuestro. Pronto estuvimos fuera de su alcance y me volví a Sherwood para decirle algo. Cuando me respondió vi por qué se había llevado la mano a la boca: una piedra le había roto uno de los dientes frontales.

Hubo otras citas que cumplir esa tarde y dondequiera que fui me aclamaron como héroe. La multitud bordeaba las calles por donde pasaba nuestra caravana de automóviles y ahogaba con sus vítores los chillidos de los pocos alborotadores que se atrevieron a salir. Entre otras cosas, logré la mayor conferencia de prensa que había tenido hasta entonces en el viaje; en ella hice hincapié en que en la Universidad de San Marcos menos de 200 agitadores profesionales habían organizado una manifestación de 2000 estudiantes que colmaron de ignominia a todo el Perú.

"Los comunistas que urdieron tal atrocidad no son verdaderos peruanos —añadí—; cuando uno de ellos me escupió la cara, escupía en el buen nombre del Perú; escupía sobre la reputación de San Marcos y sobre la de todos los varones ilustres que lucharon y murieron por la libertad de palabra".

Al terminar la conferencia, los reporteros peruanos se pusieron de pie y aplaudieron.

Nuestra visita a Ecuador y Colombia durante los cuatro días siguientes constituyó un placentero y bienvenido intermedio después de aquellos dos días llenos de inciden-

tes en el Perú. En dondequiera que fui grandes multitudes, cordiales y acogedoras, acallaban los chillidos de los pocos revoltosos que se presentaban.

A Caracas

Cuando salía nuestro avión del aeropuerto de Bogotá, nunca pensé que al día siguiente iba a exponer la vida en medio de las turbas desaforadas de la ciudad de Caracas, en donde líderes comunistas habían estado preparando su revancha.

"La Agencia Central de Inteligencia avisa al Servicio Secreto de Washington que ha recibido informes relativos a rumores de un complot para asesinar al Vicepresidente en Venezuela".

Este mensaje, despachado por U. E. Baughman, jefe del Servicio Secreto, me lo enseñó Sherwood dos días antes de nuestro proyectado arribo a Caracas.

Sherwood dispuso que los agentes del Servicio Secreto que nos habían precedido al Ecuador y Colombia, siguieran a Caracas en vez de regresar a Washington. Así tendríamos una escolta de 12 hombres del Servicio Secreto en la capital venezolana. Al mismo tiempo, dieron instrucciones a la embajada de los Estados Unidos en Caracas para que urgiera a las autoridades de Venezuela a extremar sus medidas de seguridad.

El Departamento de Estado consideraba a Venezuela el país más importante de nuestra gira. Apenas hacía cinco meses que había caído la odiada dictadura de nueve años de Marcos Pérez Jiménez y el exdictador se había asilado en los Estados Unidos. Nuestro gobierno, que no es partidario de que los mandatarios caídos, no importa cuan despreciables, se enfrenten al pelotón de fusilamiento sin previo juicio, dio asilo a Pérez Jiménez y a uno de sus lugartenientes. Eso fue trigo para el molino de la propaganda comunista.

Aterrizamos en el aeropuerto de Maiquetía, como a 40 kilómetros del centro de Caracas, la mañana del martes 13 de mayo. Cuando hicieron rodar la escalerilla hasta la portezuela de nuestro avión, mi esposa y yo nos detuvimos en lo alto de la rampa a recibir el tradicional saludo de 21 cañonazos y la música de los himnos nacionales. Fuera de las pistas, sobre la azotea de observación del aeropuerto, había una multitud de manifestantes tremolando carteles y gritando de tal modo que casi no se podía oir la música ni las salvas.

"Lluvia roja"

El coronel Walters me susurró al oído:

—No son amigos, señor vicepresidente.

Me pareció que esa era la perogrullada más grande que se había dicho en todo el viaje.

—Dejemos los discursos para otra ocasión y vámonos directamente a los coches.

Dije esto, tomé del brazo a Pat, mi esposa, y encabecé el desfile sobre la tira de tapiz rojo. Así que llegamos a la puerta del edificio terminal, la banda volvió a tocar el himno nacional venezolano. Me pareció que estaba lloviznando y miré hacia arriba. Centenares de gentes se agachaban sobre la barandilla de la azotea de observación para escupir sobre nosotros, mientras escuchábamos de pie su himno nacional. Entre los salivazos los había de color café, procedentes de bocas que mascaban tabaco... observé esas manchas asquerosas en el traje nuevo de Pat. Pero aguantamos el chaparrón hasta que terminó el himno.

La policía no hizo absolutamente nada. Aunque me horrorizaba el ver a Pat sometida a semejante prueba, me sentía orgulloso de tenerla junto a mí. Cuando nos encaminábamos al coche, ella se apartó un poco para darle una palmadita a una niña en el hombro y estrecharle la mano. La chica, que había sido una de las del grupo de gritones y escupidores, volvió la cabeza y lloró de vergüenza.

El trayecto por la autopista, del aeropuerto a Caracas, fue espantoso. Varios automóviles particulares, para desorganizar el desfile, zigzagueaban entre los coches oficiales. En el mío iba conmigo el ministro de Relaciones Exteriores; Jack Sherwood y Walters ocupaban las sillas plegables del frente y Wade Rodham, agente del Servicio Secreto, se sentó adelante con el chofer. Mi esposa nos seguía en otro coche, en compañía de la señora del ministro de Relaciones, mi adjunto militar, mayor Donald C. Hughes y dos agentes del Servicio Secreto.

El ministro, hombre apacible y bienintencionado, no dejaba de frotarse las manos tratando de darme excusas y explicaciones.

—Como hace tanto tiempo que el pueblo de Venezuela viene careciendo de libertad, ahora trata de expresarse, quizá más vigorosamente de lo que debiera. Nuestro nuevo gobierno no quiere hacer nada que pueda interpretarse como coacción de la libertad.

—Si su nuevo gobierno no tiene los pantalones ni el buen sentido para dominar una poblada como aquella —le respondí—, muy pronto terminará la libertad para todos en Venezuela. ¿No se da cuenta de que la turba está dirigida por los comunistas?

—Espero que no diga eso en público, pues nuestro gobierno teme hacer nada que pueda conturbar o enfurecer a los comunistas en Venezuela. Ellos nos ayudaron a derrocar a Pérez Jiménez y nosotros tratamos de hallar una fórmula de convivencia.

Piedras rojas

Tan pronto como llegamos a las calles de la ciudad, oí un golpazo contra el coche. Nos recibían a pedradas. Momentos después, el cho-

fer frenaba en seco. Nos habíamos metido en una emboscada... una de las cuatro que nos tenían preparadas, según lo que supe después. Un tropel de manifestantes salió de su escondite y se echó a la calle tirando piedras, batiendo cartelones, escupiendo y profiriendo soeces insultos.

No sé cómo el chofer logró abrirse paso entre la multitud y nuestros coches desfilaron a toda prisa por la Avenida Sucre hacia el Panteón Nacional en el centro de Caracas, en donde yo debía depositar una corona sobre la tumba del Libertador, Simón Bolívar. En nuestro coche, que tenía cerradas las ventanillas, hacía un calor sofocante; lo que me hizo pensar en un tanque blindado listo a entrar en combate.

Entonces fue cuando tropezamos con una verdadera congestión de tráfico; una barricada de autobuses y automóviles atascados frente a un gran camión que habían dejado estacionado deliberadamente en medio de la vía. Apenas nos habíamos detenido cuando nos vimos agredidos por una multitud salida no se sabe de donde. El populacho arrancó las banderas de Venezuela y de los Estados Unidos enastadas al frente del coche, pateó y golpeó los guardafangos, las portezuelas, y un hombrazo gordísimo se arrojó sobre la cubierta del motor. Seis agentes del Servicio Secreto salieron de un auto que venía detrás y trataron de dispersar a los que rodeaban nuestra "limousine". Ni un solo agente de la policía venezolana se bajó de su motociclo para ayudarlos. Al cabo de dos o tres minutos, nuestros propios guardianes habían despejado el tumulto.

A cuatro cuadras de la tumba de Bolívar, tres nudos de automóviles, camiones y autobuses nos cerraban el paso. Por lo pronto, nada sucedió hasta que oí decir a Sherwood: "Ahí vienen". De una callejuela lateral, irrumpió una turbamulta de unos doscientos o trescientos energúmenos arrojando piedras, blandiendo palos y trozos de tubo de hierro, que se apeñascó alrededor del coche. Una piedra rompió una ventanilla y se quedó incrustada allí rociando de partículas de vidrio la cara del ministro de Relaciones.

—¡Mi ojo, mi ojo! —gimió.

Durante 12 minutos, que me parecieron 12 horas, estuvimos allí oyendo los alaridos de la turba y los golpes que daban contra las portezuelas y ventanillas con tubos y palos. Los que no tenían esas armas arremetían contra el coche a puñetazos y puntapiés. La saliva que contra él arrojaban era tan nutrida que el chofer hubo de poner a funcionar los limpiaparabrisas.

De nuevo nuestros agentes del Servicio Secreto entraron en acción. Sin hacer uso de sus armas, empujaban y separaban a los atacantes del automóvil. Pero apenas lograban apartar a uno, volvía otro. Ya habían cambiado su cantaleta de "¡Fuera Nixon!" por otra más amenazante: "¡Muera Nixon!"

El populacho pedía sangre. Yo me quedé sentado, tan estoicamente como me fue posible, aunque miraba con mucha frecuencia el automóvil que venía atrás. Pat hablaba con la señora del ministro de Relaciones, con tanta calma como si los apuros en que nos hallábamos no fueran peores que los que se pasan en una de aquellas congestiones de tráfico dominicales en las carreteras de California.

Uno de los cabecillas del tumulto —prototipo del matón asalariado— procedió a despedazar la ventanilla de mi lado con un tubo de hierro. Los vidrios volaron en astillas entre el auto y alcanzaron a herirnos levemente en la cara, a Walters, a Sherwood y a mí.

Luego oimos que el matón daba una orden y el coche comenzó a mecerse. Intentaban volcarlo y quizás prenderle fuego. Por un instante cruzó por mi mente el temor de que podían asesinarnos. Sherwood debió de pensar lo mismo, pues sacó el revólver y dijo:

—¡Vamos a salir de unos cuantos de estos hijos de..."

En el asiento del frente, con el sudor chorreándole por la nuca, vi a Rodham que también desenfundaba el suyo y se disponía a hacer frente a los atacantes de mi lado.

Tomé entonces una rápida determinación. Me incliné hacia adelante, tomé a Sherwood del brazo y le dije que no disparara. Un tiro de revólver hubiera sido el pretexto para que la chusma se desmandara sin que nadie la hubiese podido contener.

El coche seguía meciéndose cada vez con más violencia... cuando de pronto arrancó y avanzamos. El conductor de una camioneta de periodistas que iba delante había logrado abrirse paso, aunque en contravía, y tras él siguieron los dos primeros coches de nuestro desfile.

Mientras los otros automóviles de la comitiva subían por una calle estrecha hacia la plaza del Panteón, donde íbamos a depositar la corona, tomé otra decisión del momento. A juzgar por nuestra pasada experiencia, era indudable que los comunistas nos tendrían preparada una nueva sorpresa para la ceremonia ante la tumba de Bolívar, y le ordené al chofer que doblara en la primera esquina en dirección contraria a la plaza.

Al ministro de Relaciones por poco le da un ataque.

—¡Tenemos que seguir la escolta de policía! —gritó.

—Si ellos son los que nos van a proteger —le respondí—, mucho más seguros vamos solos.

Nuestro chofer venezolano, que se había portado a las mil maravillas desde el principio, salió por un callejón a otra avenida amplia y allí paramos. Salí del coche y fui a ver a mi esposa que venía en el de atrás. Pat no había perdido su serenidad. "Se portó con una intrepidez varonil", comentaba más tarde Don Hughes.

En seguida nos encaminamos a



por supuesto!.. yo soy un bebé Johnson!
...y todo bebé JOHNSON es un bebé feliz, porque especialidades JOHNSON para Niños custodian su bienestar.
Especialidades Johnson para Niños
ACEITE
JABON
POLVO
PAÑALES
COLONIA
SHAMPOO
• Científicamente preparadas de acuerdo a la delicada piel infantil.
• Rigurosamente controladas durante todo su proceso de fabricación.
CREMA
HAGA FELIZ A SU BEBE: TRATELO CON JOHNSON!
Si es de J&J
lo garantizan 83 años de experiencia mundial.

nuestra embajada y, mientras Pat y yo entrábamos en la residencia del embajador, Hughes dijo en alta voz lo que todos pensábamos: "Ya estamos en territorio norteamericano... ¡qué descanso!"

Esa tarde, hasta bien entrada la noche, partidas de manifestantes dirigidas por los comunistas recorrieron las calles de Caracas. Una de las pandillas hasta intentó marchar contra la embajada poco después de haber entrado yo; la guardia de infantes de marina fue reforzada con cerca de 400 soldados venezolanos; aquello parecía una fortaleza.

Mis primeros visitantes fueron los cinco miembros de la junta militar que habían asumido el gobierno. Recibí al almirante Wolfgang Larrazábal, presidente provisional y a sus cuatro compañeros con cortesía pero con frialdad deliberada. Ellos habían aceptado con beneplácito la ayuda de los comunistas contra Pérez Jiménez y ahora no sabían cómo manejar a sus aliados. Yo le dije que la libertad no podía sobrevivir en ninguna coalición con los comunistas. Mis palabras, evidentemente, no tuvieron efecto alguno en el ánimo de Larrazábal: más tarde, ese mismo año, lanzó su candidatura presidencial con el apoyo comunista y fue derrotado.

En otra conferencia hablé con Rómulo Betancourt, actual presidente de Venezuela. Hícele notar que pocos se dan cuenta de que los dictadores de la izquierda pueden ser tan absolutistas y brutales como los dictadores de la derecha. Que los comunistas se habían sumado a la revolución no porque odiaran la dictadura sino porque querían ejercerla ellos mismos.

Excusas y flores

Al día siguiente los diarios de Caracas aparecieron cubiertos de anuncios y de mensajes en que los funcionarios prominentes y los organismos oficiales manifestaban su pesar por lo que había ocurrido. Uno de esos anuncios me llamó especialmente la atención; decía así: "¿Qué le hubiera pasado a Polonia si los polacos le hubieran hecho a Khrushchev lo que nosotros le hicimos a Nixon?" Toda la mañana llegaron docenas de ramilletes de flores y centenares de telegramas y recados personales procedentes de venezolanos de todas las clases sociales que presentaban sus excusas por los incidentes de la víspera.

El almirante Larrazábal y sus colegas llegaron a la embajada para llevarnos a un almuerzo oficial, al cual fuimos escoltados por un desfile de vehículos que parecía una invasión armada. Su "limousine" negra iba flanqueada por tanques de guerra y seguida de 12 camiones blindados llenos de tropas equipadas para campaña. Atravesamos la ciudad sin incidente alguno. El almuerzo fue espléndido y se prolongó mucho más de lo que yo esperaba. A las tres de la tarde recordé a mi anfitrión que ya se había

pasado la hora fijada para nuestra partida. Finalmente, a eso de las 4:30 se presentó un coronel venezolano, se cuadró y dijo: "Todo está listo". Entonces comprendí que el almuerzo se había prolongado deliberadamente. La intención de las autoridades venezolanas era sacarnos de Caracas por las mismas calles por donde habíamos entrado para demostrar que sí eran capaces de hacer guardar el orden.

Si el gobierno había pecado de descuido el día anterior, estaba dispuesto a no dejar nada a la casualidad en el presente. No solamente disfrutamos de una escolta militar superabundante, sino que nuestros mismos vehículos se habían convertido en arsenales. En el piso del coche que ocupamos el almirante Larrazábal y yo, había ametralladoras de mano, revólveres, rifles, botes de gases lacrimógenos y cartucheras de munición de reserva. Al pasar rápidamente por las calles, la ciudad parecía desierta, a no ser por tanques u otros vehículos blindados que vimos apostados en todas las esquinas.

En el aeropuerto, junto a la portezuela del avión, nos detuvimos un momento a hacer un saludo de despedida a los funcionarios venezolanos y a las fuerzas militares que nos habían escoltado, y al contemplar el edificio terminal, ahora desierto, no pude menos de pensar: "Cuando llegamos había desorden y exceso de libertad en esta capital de Venezuela; ahora que nos vamos, el orden es completo . . . pero sin libertad. Ambas situaciones son malas, y sin embargo simbólicas de los problemas de muchos países de la América Latina."

Quince mil personas nos dieron la bienvenida en el aeropuerto nacional de Washington la mañana siguiente. El presidente Eisenhower omitió el protocolo para saludarnos. Lo acompañaba todo el Gabinete. Allí estaban los dignatarios del Congreso, tanto demócratas como republicanos. En las declaraciones que hice en el aeropuerto traté de hacer ver el hecho de que por cada rostro hostil, había encontrado mil rostros amigos en la América Latina.

Pasadas las ceremonias de bienvenida, mi esposa y yo ocupamos con el presidente Eisenhower el asiento trasero de su coche; nuestras hijas Patricia y Julia se sentaron en las sillas plegables, camino de la Casa Blanca. La angustiosa prueba del viaje había pasado . . . un viaje que yo no había deseado porque me parecía que iba a ser monótono.

Los VUELOS espaciales parecen ejercer extrañas influencias. Una señora cuyo marido suele recorrer de cuando en cuando las cantinas, llamó a una taberna de Beverly Hills para preguntar por él. Al informársele que no estaba allí, dijo: "Muy bien, me comunicaré con las demás estaciones rastreadoras de la órbita". —A. R.



SECCIÓN DE LIBROS

El cantar de las soledades

Condensado del libro de* DONALD CULROSS PEATTIE

El nombre de John James Audubon constituye un símbolo de respeto a los pájaros que él conoció y amó. Y sin embargo, pocos son los que conocen la extraordinaria existencia que se oculta tras él. Hijo adoptivo de un oficial de la marina francesa, emigró a los Estados Unidos cuando la nación era aún joven y sus vastas soledades estaban por dominar y, en imágenes tomadas directamente del natural, captó para siempre la belleza de sus aladas criaturas. Donald Culross Peattie, distinguido escritor y naturalista, traza con este libro un inolvidable retrato de Audubon.



La vida creadora de John James Audubon la constituyó su amor por las bellezas naturales de su país adoptivo. Su espléndido legado a la posteridad fue su magna obra, *Las aves de Norteamérica.* Hoy, cada colección de los volúmenes que comprende este monumental conjunto de grabados al acuatinta, se considera de inestimable valor. En los museos y bibliotecas más importantes del mundo, noventa de las colecciones subsistentes se guardan como irremplazables tesoros de ornitología.

La obra, que no es un simple libro de aves, consta de cuatro enormes volúmenes, cada uno de los cuales mide un metro de alto por medio de ancho y contiene más de un millar de figuras de pájaros pintados en tamaño natural y con científica exactitud, en una de esas fusiones del arte y de la ciencia que raramente se producen.

Para hacer esas pinturas directamente del natural, Audubon recorrió incansable las soledades norteamericanas de comienzos del siglo XIX y, explorando el país fue desde Filadelfia hasta Nueva Orleáns, a pie unas veces y otras en los medios de trasporte de la época, casi tan fatigosos. Impulsado por una visión que tan sólo su esposa compartía, soportó durante sus años mozos la pobreza, el ridículo y las penalidades físicas. Muchos de los ejemplares de aves que pintó en tan dramáticas circunstancias, hoy se han extinguido casi totalmente.

Cuando tuvo concluidos sus retratos, pasó 12 años más en la tarea de reproducirlos y publicarlos por su cuenta, en una época en la cual cada lámina tenía que ser laboriosamente grabada y cada litografía coloreada a mano.

Y, finalmente, aunque hasta sus 34 años había fracasado rotundamente en cuanto negocio emprendiera, llevó a cabo una hazaña comercial realmente asombrosa al viajar por Europa y Norteamérica para vender personalmente 165 colecciones de *Las aves de Norteamérica* a mil dólares cada una. Sólo merced a tales ventas podía sufra-

gar el elevado costo de publicación de la obra. La reina de Inglaterra y el rey de Francia se suscribieron a la colección.

Al presente, incluso las láminas sueltas de series descabaladas, han alcanzado un valor que hubiese dejado atónito al propio Audubon; un ejemplar en buen estado de la lámina del pavo montés (generalmente considerada la ilustración más valiosa del libro) se cotiza a más de mil dólares.

Pocos son los hombres cuyo genio y cuyos designios sobreviven un siglo después de su muerte. En ese lapso, el nombre de Audubon se ha convertido en símbolo universal de respeto a la alada belleza de los pájaros que él conoció y amó. Pero más que un símbolo, su vida misma es manantial de inspiración para la vida de otros hombres.

Seguimos creyendo en esa noble idea de que querer es poder. Desde este punto de vista, John James Audubon es brillante ejemplo del triunfo de la perseverancia. Sin embargo, mi estimación por él se engendra más bien en mi propia pasión por lo que él representó como artista, como ocioso y errabundo caminante, como amante de los pájaros. Audubon fue todo esto en una época en que los beneméritos colonizadores, mis antepasados, daban muerte a las palomas mensajeras por millares para engordar con sus irisados despojos a los cerdos; una era en que los hom-

Cervato de cola blanca



bres prendían fuego a bosques inmensos de árboles de madera dura, últimas extensiones vírgenes de la zona templada, porque su desaparición no se producía tan rápidamente como era de desear.

Por supuesto que, en una civilización así, aquello para lo que vivía Audubon resultaba grotesco. Casi única excepción entre los inmigrantes, él no marchó a América en busca de oro, ni por hacerse de un pedazo de tierra, ni a fin de eludir las consecuencias de alguna falta cometida en su patria. Sus motivos fueron únicamente la curiosidad y el gusto . . . ¡algo tan excepcional como estimable lo mismo en la América de nuestros días como en la de aquéllos! No vemos con buenos ojos al hombre a quien parece no importarle gran cosa cómo va el mundo, que se preocupa tan poco por la humanidad que ni siquiera antepone su propia familia a todo otro interés. Por eso, los hombres empujaron a John James Audubon a la bancarrota; lo metieron en la cárcel; hicieron burla de él, lo tacharon de insensato, y vendieron como chatarra las planchas de cobre de *Las aves de Norteamérica.*

Sin embargo, hoy se le considera como una especie de santo nacional. En Nueva Orleáns, donde él y su familia estuvieron a punto de morirse de hambre, tiene una magnífica estatua sobre cuya cabeza se posan los gorriones. Aun en vida llegó a conocer la fama; entonces no daba un paso sin que los periódicos se ocuparan de él; y mucho más tarde, los hombres se ufanaban de poder decir que lo recordaban.

El niño y los pájaros

Los ORÍGENES de Audubon se hallan envueltos en el misterio, aunque se sabe que nació en la ciudad portuaria de Aux Cayes, en Haití. Fue adoptado por el capitán Jean Audubon, oficial retirado de la armada de Luis XVI. El niño tenía cuatro años y un rostro agraciado, de expresión inquisitiva, cuando el capitán Audubon (que había expulsado a los piratas de Cabo Haitiano y acompañaba al almirante de Grasse cuando el general británico Cornwallis se rindió a Jorge Washington para poner término a la guerra de independencia norteamericana) se lo llevó consigo a la plácida ciudad francesa de Nantes.

Los recuerdos de Haití que acompañaron al niño se desvanecieron muy pronto. Todo lo que años después conseguía recordar era que su padre le enseñó a contemplar los pájaros y que antes de que descubriera que las copas de los árboles no rozaban el cielo, ya los pájaros constituían para él "una locura". "Tan sólo aquellos aéreos camaradas se amoldaban a mi fantasía". Así, el capitán se mostró comprensivo para con el muchacho cuando éste se presentó un día con media docena de tordos muertos que le había comprado a un campesino.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —le preguntó Germaine, la cocinera.

—Los guardaré para estarlos mi-

rando —le respondió el niño.

—¡Vaya, no los guardarás mucho tiempo! —le pronosticó ella—. ¡Qué horror!

—Tengo que conservar alguno —explicó gravemente el chiquillo—. No me puedo acercar lo bastante a ellos cuando están en los árboles.

Su padre tomó un libro de la estantería y le dijo:

—Bueno, aquí tienes; siempre podrás mirar éstos.

—Pero ésos no son los pájaros tal y como yo los veo —insistió el muchacho.

Y entonces tuvo la inspiración que sería el principio de *Las aves de Norteamérica*: "¡Los lápices de colores que me regalaron el día de mi cumpleaños! ¡Pintaré los pájaros yo mismo!"

En sus memorias, el propio Audubon reconoce: "De mis lápices salió toda una familia de pájaros lisiados". Cada año, a partir de entonces, solía tirar cuanto había hecho en los doce meses pasados y volvía a empezar de nuevo. A ello obedece que no se conozcan dibujos de Audubon fechados con anterioridad a 1805, cuando tenía 19 años. Sólo un artista podía ser capaz de aquella cruel urgencia que condenaba a la destrucción los dibujos que tanto había amado y en los que trabajó con tanto ahínco.

La educación del muchacho comprendía, además del dibujo, lecciones de música, baile, esgrima, inglés y geografía; una educación extremadamente liberal para aquella época. El capitán y su amable esposa se proponían embellecer la existencia que debía llevar como caballero; no fue su vida la de un caballero, sin embargo. La Naturaleza misma, reclamándolo para sí, lo condujo a la selva. El muchacho, oculto entre las ásperas matas costeras para observar las gallinetas verdes, se estaba preparando para aquellas semanas de prueba en que se encontró bloqueado por las nieves junto al Misisipí mientras sus mercancías de traficantes se echaban a perder y le amenazaba la ruina de su negocio. El libro mayor de Audubon arrojaba un saldo en valores invisibles para otros de sus semejantes. Ser libre, ser fiel a sí mismo, seguir a un pájaro en el bosque o ceder a un impulso con su lápiz, constituían verdaderos bienes cuando todo lo demás era indigencia.

Desde el Viejo al Nuevo Mundo

La memoria de Audubon (o su capacidad para olvidar) corrió piadoso velo sobre sus años escolares en París. Sabemos poco de lo que hizo en el estudio de David, el pintor oficial del Imperio. ¿Qué diría David, el clasicista, de un jovenzuelo que no deseaba sino pintar pájaros tal y como son? ¿Conservaba Audubon algún minúsculo, vivo recuerdo de Haití? ¿El chillido de un loro o el vislumbre de un cerrojillo saltando entre las hojas? ¿Pensaba acaso en la hacienda de Mill Grove que poseía su padre adoptivo en la lejana Pensilvania? A aquéllos a quienes la Naturaleza ha elegido por favoritos les acometen

irresistibles añoranzas de nuevas tierras, la *nostalgia de partir*. De aquí que acaso fuera él mismo quien propusiese a su padre el viaje a América. Cuanto nosotros sabemos es que en 1803 se encontraba en la proa de un barco al tiempo que éste dejaba atrás el faro de Sandy Hook; y que las gaviotas de América acudían a darle la bienvenida.

La América a la que llegaba Audubon no era el mismo país al que otros habían emigrado. Para él nada existía realmente, salvo los pájaros, pues éstos eran lo único que tomaba en serio. Incluso el amor, el matrimonio y el hogar no fueron para él sino lo que son para las aves mismas: un emparejamiento de por vida, un nido aquí y allá, un largo vagabundeo y la certeza del retorno. La América de Audubon fueron el flamenco y el picamaderos; familias enteras de pájaros para él nuevos: el pavo silvestre, la urucureá, el antróstomus, el cardenal. Ninguno de ellos se conocía en el Viejo Mundo.

En Mill Grove, Audubon fue por primera vez su propio señor, dueño de extensas propiedades, y contaba con escopeta, perro y caballo . . . y con los pájaros de América que en breve se le darían a conocer. En aquella época aún no se concedía crédito a la idea de que los pájaros emigran. Los hombres seguían creyendo, con Plinio, que las aves invernaban bajo el agua o que se escondían en cuevas y en las oquedades de los árboles. Pero Audubon, interesado en un nido de una especie norteamericana del papamoscas (*sayornis*), se preguntaba cómo se las arreglarían aquellos pájaros para encontrar su camino, volando sobre el mar y la selva, hasta un lugar determinado. Que así lo hicieran era algo poco menos que milagroso, y Audubon buscó un modo de comprobar el hecho. "Así pues —dice— até un hilito plateado a la pata de cada uno, lo bastante holgado para que no los lastimase, pero tan seguro que no se lo pudieran quitar". Algo tan sencillo que a nadie se le había ocurrido. De este modo, sin saberlo, Audubon fue el fundador de la Sociedad de Pájaros Anillados, que cien años después seguiría el misterioso curso de los vuelos migratorios.

Conquista una novia

Aquellas fueron áureas horas para Jean Jacques. Tan inocente fue su edad viril como la de cualquier criatura del bosque. Fuerte y alegre, se levantaba con el sol y se iba a pasar el día con los pájaros. Pintaba y cazaba. En el bosque alfombrado de hojas conoció a su vecino, William Bakewell, súbdito inglés; y en casa de Bakewell, cuyos porches de dos pisos denotaban una existencia refinada, descubrió a la hija, Lucy Bakewell, a quien cortejó franca y ardientemente. Tan poco sagaz en sus resoluciones, esta vez Audubon ni siquiera tuvo que decidir por sí mismo: el instinto escogió por él, entre multitud de

mujeres, a la muchacha que más le convenía. Y ella debió de comprenderle en toda su verdad, pues durante los difíciles y azarosos años que vivieron nunca intentó, ni con un ademán siquiera, apartarlo del extraño camino que debía seguir.

El capitán Audubon, al enviar a su hijo a América, acariciaba la esperanza de hacer de él un hombre de negocios. Y por el momento, poco más podía hacer Jean Jacques que conformarse; o fingir que se conformaba. De este modo, Jean Jacques se convirtió en John James Audubon, ciudadano de la joven república, empleado en una casa comercial de Nueva York, donde traducía cartas y tenía que ocuparse de guantes y vinos importados de Francia, y de café y añil venidos de la América del Sur. Quejábase Audubon de que el Nueva York de 1806 y 1807 tenía demasiada gente y de que su ruido y ajetreo eran espantosos. Sus vecinos neoyorquinos, a su vez, se quejaban de los olores que salían de las habitaciones de Audubon, quien empleaba sus ratos de ocio en disecar y montar diversos ejemplares de pájaros. La bahía, los marjales de Nueva Jersey y Long Island, eran excelentes lugares de caza. Pero el imperio de los pájaros, aún por descubrir, caía hacia el oeste, más allá de los montes Apalaches. Allí, en la gran depresión acuosa del continente, entonces desconocida, se hallaba el abrevadero de inmensas migraciones de pájaros: la selva, que aguardaba al hombre que más habría de amarla. Ese hombre llegó, como comerciante, representando a su propia compañía: Rozier & Audubon. En Louisville (Kentucky), rudimentario poblado de un millar de habitantes, la sociedad instaló una tienda. Y al parecer no existía razón alguna para que él, en esta futura metrópoli, no llegara a verse convertido en el fundador de alguna gran empresa comercial.

Se le había dicho que no obtendría la mano de Lucy hasta que demostrara que era hombre de provecho. Y a tal fin, medía varas de tela, pesaba té, contaba los ingresos y hacía los balances mensuales. En 1808 regresó para pedir a Lucy en matrimonio, y ésta emprendió el viaje hacia su nueva vida en el oeste, llena de animación y honda confianza. Bien sabía lo mucho que él la amaba; creía conocer hasta dónde llegaba su pasión por los pájaros, pero no pudo adivinar lo mucho que éstos lo separarían de ella. Durante los 12 días de su viaje de novios por el río Ohio a bordo de una chalana, John y Lucy vieron más aves acuáticas de las que yo supongo que habré de ver jamás. A la sazón el Ohio era un alado universo, pues era por la primavera y los patos silvestres pasaban como un torbellino sobre sus cabezas, abandonando los calores del sur para dirigirse a los lagos del norte, donde morarían durante el breve veranillo ártico. Lucy sobrellevó con nobleza su insólita y trabajosa luna de miel, mas respiró satisfecha cuando llegó a su término.

El haragán de las tierras vírgenes

Concluido el idilio, el tono se vuelve más grave. Pasó la adolescencia, y el joven caballero francés es ahora el habitante de las tierras vírgenes, aficionado a gastar bromas y lleno del orgullo del cazador que lleva el morral bien cargado. Aquí está el haragán, el pelafustán, el vagabundo que, detestando oír cantar el gallo de su vecino, una y otra vez necesita partir en busca de nuevos horizontes. Las gentes de Louisville, desde bancos y puertas, le pasaban revista mil veces:

"Deja la tienda al cuidado de su socio mientras él anda por ahí en busca de nidos"... "consumado tirador: donde pone el ojo pone la bala"... "un bailarín maravilloso, mujer, pero a ti te quisiera yo ver si fueses su esposa, no sabiendo nunca a qué hora llegará a comer; se pasa los días enteros en el bosque"... "su mujer se te queda mirando de hito en hito cuando dices algo de él, y lo que piensa se lo calla"... "¡Pero esas pinturas!" —esto lo dice Nicolás Berthoud, un francés de noble cuna, viejo amigo y ahora cuñado de John— "esas pinturas, señor mío, son mejores que las de Barraband. Debe haber lo menos 200 en su cartapacio ¡y cada uno de esos pájaros está que no le falta más que hablar! No, amigo mío, ese hombre es un fenómeno de la Naturaleza, que aquí no está en su sitio. ¡Llegó demasiado tarde para hallarlo en el Paraíso y demasiado pronto para la era de la felicidad universal!"

En 1810 Rozier y los Audubon se trasladaron a Henderson, en Kentucky, con la esperanza de hacer mejores negocios en una ciudad próspera. Pero Henderson, como otras comunidades norteamericanas, había propalado sus ambiciones más que sus realidades. Sólo tenía 200 habitantes, instalados en cabañas de troncos. Sus necesidades eran escasas y primitivas, y la razón social no encontró allí puchero de oro alguno. No vendían más que tocino, whisky y pólvora, y los dos socios se turnaban en sus viajes de regreso a la civilización para renovar las existencias.

Cuando Rozier, a su vuelta, hallaba cerrada la tienda y a Audubon ausente, tenía la impresión de haberse embarcado en tratos con un chiquillo. Pero llegaba él y, pasándole el brazo por los hombros, lo invitaba a comerse un pavo, sonriendo de tal modo, que todas las recriminaciones que había pensado dirigirle quedaban reducidas a una débil queja. Audubon se mostraba entonces tan contrito, que su socio no podía menos que sentirse a disgusto consigo mismo y considerar su propia actitud poco generosa.

Lucy vestía aún su ya raído traje de novia, pero miraba siempre de frente, pues no existe orgullo mayor que el de aquéllos que lo sacrifican todo. Sin embargo, las deudas son cosa fea y la pobreza algo duro. Se daba cuenta ya de lo mucho que John se había alejado de ella; parecía conservarlo, mejor que en su presencia física a su lado, en la maravi-

lla de sus dibujos. Mas era tal la necesidad que tenía él de su esposa que ella podía decirse que lo poseía por entero, y esto era lo único que ella ambicionaba en la vida. Llámesele ciega y vana; dígase que estuvo ofuscada y que fue imprudente. Lo cierto es que obtuvo de la vida lo que deseó, y fue amada tanto y tan entrañablemente como ella amó. Lucy era una mujer llena de sentido, aunque de un sentido que no era el común.

Fracaso . . . y nueva vida

Cuando las empresas comerciales de Audubon fracasaron podemos imaginarnos lo que se dijo en Henderson. Es lo mismo que sigue diciendo la gente de hombres como Audubon, pues el mundo está hecho de Hendersons, algunos de ellos con millones de habitantes. La gente sigue viendo en Audubon un pintor maravilloso, un tipo encantador, "pero en cuanto a las cosas de la vida, sabe usted, en las que usted y yo nos distinguimos . . . " Mas ¿qué son, precisamente, "las cosas de la vida"? La vida de cada hombre es asunto suyo, y el fracaso de Audubon como traficante no fue ni la mitad de lamentable de lo que pudiera serlo el nuestro si ensayáramos a dibujar esos petreles que él pintó.

En cuanto a mí, seguiría descubriéndome ante John James aunque no hubiera conseguido lo que se propuso. Sonreíd si queréis, mas os aseguro que las miras del mundo no son bastante inocentes, puras ni elevadas. Hubiera fracasado Audubon y no por ello habría dejado de ser el hombre que fue: no habría arruinado empresa alguna, de nadie habría sido parásito, y sí habría sido fiel a su profesión. Audubon lo sacrificó todo a las cosas más bellas que pudo conocer; y no me refiero únicamente a los pájaros que pintó, sino a la vida misma en su aspecto de más sonriente ingenuidad. Son muy pocos los que reconocen a la Naturaleza como vida. Cuando la suerte nos juega una mala pasada, o cuando somos justos pero no generosos con otros, decimos: "Así es la vida". Pero la vida es también la dura, potente semilla de un árbol, la inclinación en el ala del aura, las entrañas de la madre, el prensil zarcillo de una vid, el trinar del tordo tras la lluvia: es todo cuanto palpita, y no esas tribulaciones que el hombre mismo se busca y a las que damos el nombre de vida. Lo único que yo pregunto es ¿quién, en la animosa América de los días de Audubon, supo más de la vida y la amó y sirvió mejor?

Fue en 1819 cuando su negocio se vino abajo definitivamente. La mano de la ley cayó sobre Audubon, y éste fue a dar a la cárcel por el pecado de insolvencia. Al verlo en bancarrota, sus acreedores se abatieron como la langosta sobre él y se apoderaron de cuanto tenía. Tres cosas le dejaron: su escopeta, sus ropas y aquel cartapacio que le acompañaba siempre. Desplumado, sin un céntimo en el bolsillo, dijo adiós a Henderson, a Lucy y a los

chicos (tuvieron cuatro hijos, pero por aquella triste época murieron sus dos niñitas). Audubon se fue a pie a Louisville: "el más triste de mis viajes, cuando los mismos pájaros me parecían hostiles, y yo apartaba de ellos los ojos". Pero una puerta se abrió para él: la de Nicolás Berthoud. Audubon se derrumbó en una silla.

—¡Lo he perdido todo! ¡No sirvo para nada! ¿Sabe de alguien que necesite un mozo de mulas o un leñador, o quiere que le desuellen una mofeta o le pinten un letrero?

—Vaya, *mon ami*, es usted hombre de múltiples talentos.

—Sí, pero inútiles.

—¡Aguarde, Jean Jacques! Ese letrero de que habla . . . Lo ha intentado usted todo, menos aquello para lo que ha nacido. Usted es un artista; ¿por qué no saca partido de ello? ¿Recuerda aquel retrato que pintó del jefe de los indios osage?

—*Tiens!* —exclamó John—. ¡Buena idea!

A cinco dólares por retrato, la gente acudió a él en masa. Se le encargó que pintara a una niña con su traje nuevo, a una anciana con su Biblia en las manos, a un chico en su ataúd. Cierta noche fueron a buscarlo desde una distancia de 30 kilómetros y lo condujeron a una casa inmensa y solitaria. Audubon reprodujo rápidamente las facciones de aquel moribundo, para él desconocido, cuyo rostro se hallaba libre ya de toda afectación; pero su lápiz rasgueaba aún sobre el papel, cuando el pionero que yacía en la cama traspasó la frontera de lo invisible: tan ávida se hallaba la gente en aquellos tiempos de conservar la valiosa aunque mortal personalidad, la misma que hoy la cámara fotográfica capta instantáneamente. En aquel entonces John se embolsaba más dinero por una hora de trabajo que antes por todo un día de esclavitud tras el mostrador. Pudo así comenzar a mandar dinero a Lucy y los chicos.

Enardecido con su gran proyecto

Con todo, cierta convicción clareaba ya como una aurora en la mente de Audubon. El coro de los pájaros le dirigía un insistente llamamiento que no podía desoír. Todos los pájaros de Norteamérica habían emprendido la marcha hacia el sur en su gran migración otoñal. Y también Audubon, a bordo de una chalana que bajaba por el Misisipí, volvió la espalda al invierno y, siguiendo el lento curso del río, se fue al sur, a la soñada Luisiana, donde se hablaba francés y donde había encinas, líquenes . . . y pájaros totalmente desconocidos para él. Su carpeta, hoja tras hoja, se fue llenando con sus dibujos de aquellas aves. Había decidido que cuando tuviera bastantes trataría de publicarlos. Éste era ahora el único designio de su existencia. De las dificultades, gastos y desaires que encontraría en su camino no tenía la menor idea; pero por de pronto tenía fe en sí mismo, y Lucy, creyendo en él y en su destino, lo li-

beró de la obligación de proveer a las necesidades de ella y de sus hijos. Para escándalo de sus vecinos, trabajaba ahora como maestra, allá en Cincinnati, tras de ceder su excéntrico marido a los pájaros. Se sentía sola entre extraños; sus hijos eran pequeños, sus vestidos estaban viejos, pero vivía esperanzada. "Ella decía —recuerda Audubon— que tenía yo que ser un genio, pues ciertamente no servía para otra cosa".

Por fin en Nueva Orleáns, Audubon, hojeando una *Ornitología Americana*, descubrió lo que por instinto presumía ya: que había pintado pájaros no estudiados aún por la ciencia. Y una nueva pasión —la del científico— prendió en el artista. La vanidad más legítima y la menos peligrosa de mostrar es la que nos lleva a poner nuestra obra a los pies de la mujer que nos ama. Me gusta imaginar la emoción de este hombre cuando envolvía los 60 dibujos que le envió a Lucy desde Nueva Orleáns. Y ésta ¿qué habrá sentido al verlos? Repasad vosotros mismos los grandes y pesados cuadernos de *Las aves de Norteamérica*. De súbito el mundo se os ha llenado de alas, y es como si la perdiz blanca comenzara a tamborilear, el pájaro carpintero a taladrar y todas las aves canoras rompiesen en tenues cantares por entre hojas y flores. Aquí se ve la mano de un maestro. No ha pretendido endulzar cosa alguna: la sanguinaria codicia del gavilán, la glotonería del quiscal versicolor, la audacia de los petreles sacudidos por el viento y azotados por las olas, el reñir de los picamaderos, el amor de una pareja de golondrinas de vientre rojo estrechamente acurrucadas en el nido colgado de una vieja viga. Me atrevo a creer que Lucy sintiose entonces convencida de que los pájaros los harían libres.

Por entonces, sin embargo, Audubon se vio obligado, bien a su pesar, a convertirse en profesor de dibujo. La mayoría de sus alumnos eran jovencitas de buena posición que se hubieran echado a temblar ante la sola idea de llegar a ser artistas. Audubon resumió aquella experiencia suya diciendo: "Cuando se enseña a una persona ostentosa u opulenta es preciso halagar y seguir halagando, o exponerse a no cobrar". Al artista le resulta desconcertante que otros, con mediocre talento para el comercio, obtengan un salario suficiente para vivir, mientras que él, a pesar del talento, que la gente dice admirar, es un mendigo obligado a ir de puerta en puerta.

Audubon se las arregló para que Lucy y los niños se le reunieran en Nueva Orleáns, pero aquel invierno hubo pocas migajas para la pequeña familia. Lucy, arrimando el hombro, calladamente consiguió una colocación como profesora de los niños de un barrio aristocrático. John se vio incluido también en el plan de estudios, y enseñaba francés, música, dibujo y baile, pero la tradición afirma que pasaba la mayor parte del tiempo en el bosque. Lo

cierto es que muchos de sus mejores dibujos datan de este período.

El triunfo

En 1823 decidió que ya tenía bastantes láminas que publicar. Con sus abultadas carpetas se dirigió a Filadelfia, la capital intelectual del país. Allí le acechaban la hostilidad y las rivalidades, mas algunos amigos acudieron en su ayuda. A la postre Edward Harris compró, sin vacilar y al precio que señaló el artista, todas las láminas sueltas del viejo cartapacio: primer reconocimiento del prodigioso volumen de una labor ímproba e incomparable.

Muy pocos son los hombres a quienes forma una única idea, y por añadidura una idea meritoria. Es cosa que ya en sí misma constituye un indefectible plan de vida. Así me digo al pensar cómo floreció la vida de mi héroe. No es que fuese perfecto; era vanidoso, personal y artísticamente, como tan a menudo suelen serlo los creadores. Su memoria no era de fiar; rara vez estropeaba un buen cuento por hacer honor a la verdad. Pero frecuentemente se le acusó de falsear la Naturaleza cuando en realidad sólo estaba perpetrando una broma, como solía gastarlas Abrahán Lincoln por los días en que era abogado. Asimismo, mientras Audubon estaba observando a los pájaros se iniciaba la revolución industrial, y él se desentendió en absoluto de un problema que embargaba todas las mentes. En lugar de ello, atraía nuestra atención hacia los pajarillos cantores que revoloteaban embelesados por entre blancos espinos en flor.

Hasta aquí Audubon sólo había recibido ayuda de algunos íntimos, pero ahora disfrutaría del apoyo y singular estima de potentados y celebridades de dos continentes. Se le instó a que presentara sus dibujos en Europa, donde podían ser grabados adecuadamente y gozarían de mayor aprecio. Tal fue, en adelante, su objetivo, y finalmente, con los ahorros que Lucy había reunido en dos años, y con sus bendiciones, se embarcó.

A partir de este momento empieza la edad de oro de sus triunfos. Sus obras se exhibieron en Liverpool, donde su chaquetón de piel de lobo, sus largos cabellos y su aquilina mirada hicieron de él una figura llamativa. A las puertas de la exposición se agolpaba el público, y Audubon sacó un centenar de libras esterlinas. Lizars, el grabador examinando atentamente aquellas grandes láminas, descubrió la que representa a la serpiente de cascabel atacando a unos sinsontes en su nido. "¡Dios mío! —exclamó—. ¡Nunca he visto cosa igual!" Y al concluir la visita, añadió: "Señor Audubon, las gentes aquí no lo conocen, pero cuente usted con que ya lo conocerán". La carta que siguió registra un brusco ascenso en el termómetro del entusiasmo provocado por su obra: "Me festejan, me agasajan, me eligen miembro honorífico de sociedades, y estoy ganando dinero con mi exposición y mis cuadros. Todo es señor Audubon esto

y señor Audubon lo otro. Confío en que el señor Audubon no acabe por convertirse en un necio envanecido". Una de sus cartas iba envolviendo un estuche, de cuyo interior cayó un broche de oro, la más delicada joya de la calle Príncipe (me figuro que Lucy la habrá apreciado más por el placer que él hallaría al verla en la tienda que por su valor intrínseco). Y la carta decía: "La gente ya no cabe ni en las salas de exposiciones de la Real Sociedad; un experto ha valorado el cuadro del pavo montés en 100 guineas; Lord Elgin se alza para brindar en honor de Audubon; Sir Walter Scott lo invita a su casa y lo recibe afectuosamente". Llueven los suscriptores a las láminas de *Las aves de Norteamérica.* En breve, con la suscripción de la Reina en el bolsillo, Audubon emprenderá la conquista de París. Lo que no le sería difícil, toda vez que la obra contaba ya con la aprobación del eminente Cuvier, del duque de Orleáns y de Carlos Luciano Bonaparte.

Norteamérica se postra ante un hijo suyo al que previamente había rechazado y que acaba de conquistar las capitales europeas. El regreso de Audubon fue, pues, un triunfo. Los periódicos daban cuenta de todos sus movimientos; destacaban sus exploraciones en Labrador, Florida, Tejas y Wyoming. El presidente Jackson se enorgulleció de estrecharle la mano

El resto de su vida lo pasó en campaña, o en Europa vigilando la publicación de sus libros. Sus últimos años fueron apacibles, y los pasó rodeado de su mujer y sus hijos en su casa del río Hudson. Allí, con la más cálida cordialidad, el espléndido anciano recibía a su antiguo socio Rozier, también convertido ahora en un patriarca, tan preeminente en Misurí como lo era Audubon en Londres y París.

Mucho antes de que el espíritu se desprendiera del curtido cuerpo de Audubon, un crepúsculo se abatió sobre el naturalista. La oscuridad se hizo en su mente. Él sabía que Lucy estaba allí, con sus fornidos hijos; también a veces, le rodeaban hombres que le seguían llevando honores, pero él ya no advertía su presencia. El crepúsculo se hizo noche cerrada y las sombras lo envolvieron: así pasaron las alas de la muerte. Fue breve el instante de morir; después se inició una prolongada inmortalidad. La vida que Audubon llevó no se ha apagado en el mundo. Lo que él amó está aún aquí: el vuelo de la tángara, el huevecillo del azulejo depositado sobre la tierna yerba al pie de un roble... La vida es tierra sagrada. Y sobre ella, con paso de leñador, anduvo John James Audubon; sobre ella se aventuró por sendas nunca holladas, sin que escapara a su atención un ala que se moviera entre los matorrales, y gozándose en el don mismo de la vida, lo trasmitió, como un creador, a su prójimo.



m$n. 23.— Febrero de 1963

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Cubierta: "Zorra y cachorros", por Robert Lougheed